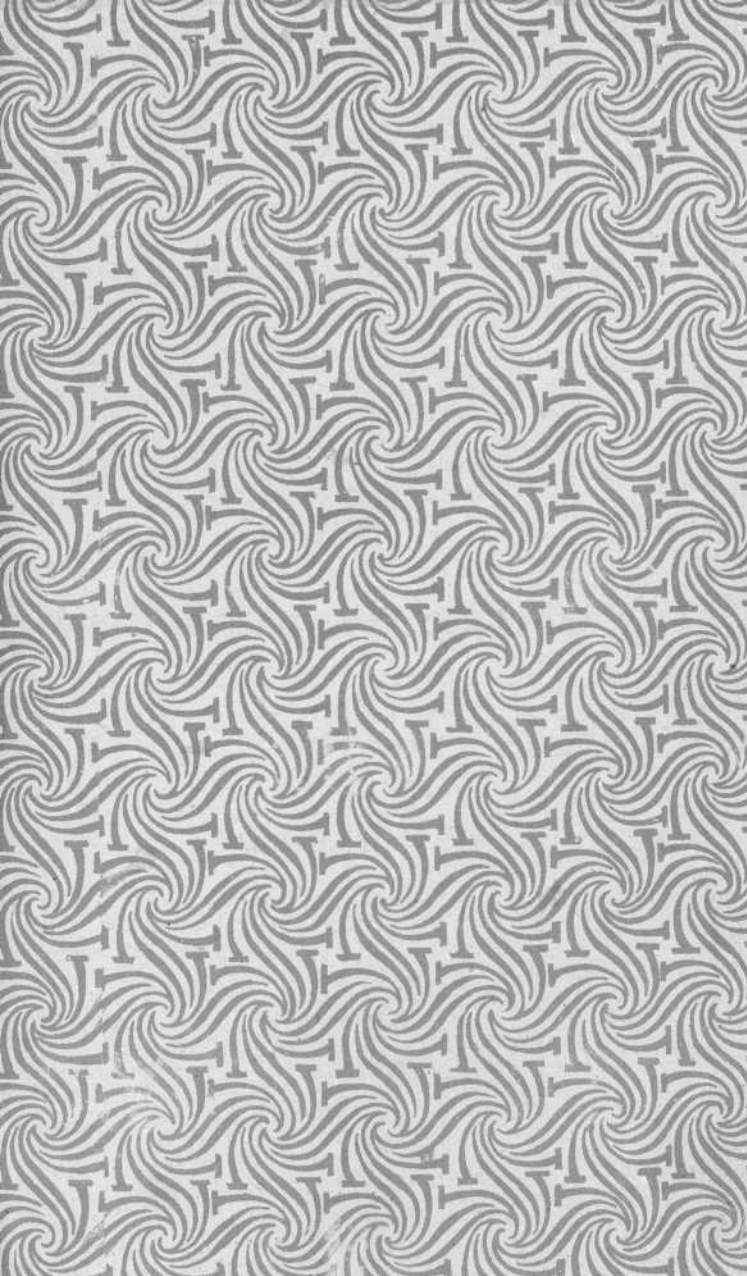


P. LUCAS DE S. JOSÉ, C.D.

LA SANTIDAD  
EN EL CLAUSTRO

RAFAEL CASULLERAS  
LIBRERO-EDITOR  
BARCELONA







LA SANTIDAD EN EL CLAUSTRO

LA SANTIDAD EN EL CLAUSTRO

8-1-1509

# La Santidad en el claustro

o

## Cautelas del Seráfico Doctor místico San Juan de la Cruz

comentadas por el M. R. P.

**Fr. Lucas de San José**

Carmelita Descalzo



BARCELONA  
RAFAEL CASULLERAS

librero - editor

Clarís, 15

1920

La Santidad en el claustró

Doctor  
místico San Juan de la Cruz

Comendador por el M. R. P.

ES PROPIEDAD

El Encas de San José

Carretera Nacional



RAFAEL CASULLERAS

Impreso en

Ciudad de

1920



## PRÓLOGO

*Muchas personas me suplicaron repetidas veces que escribiera algo que fuera como continuación de las obritas, publicadas años atrás con los títulos de Confidencias a un Joven y Desde mi Celda, para que sirvieran de instrucción a los jóvenes que ya están dentro del claustro, como en aquellas procuré instruir a los que aún viven fuera. Y nunca tuve ocios bastantes para intentar siquiera complacer a aquellas personas tan bondadosas, que así me honraban sólo con hacerme tales ruegos.*

*Más la Divina Providencia se dignó otorgarme ahora una corta temporada de reposo en esta gran ciudad: y lo he dedicado a escribir este pequeño libro, el que creo que de alguna manera puede servir para el fin mencionado.*

*Escrita muy aprisa esta obrita, y sin más libros de consulta que los tres o cuatro que aquí se citan con alguna frecuencia, forzosamente ha de resultar un poco pobre, sobre todo debiendo tratar materias tan trilladas, sin poderlas adornar con las galas de una erudición rica y variada. Y siendo el objeto de este libro comentar esta preciosísima perla literaria y doctrinal, llamada CAUTELAS de S. Juan de la*

*Cruz, parecerá un pobrísimo estuche de una riquísima joya.*

*Tal como es lo recomiendo a la indulgencia de los lectores.*

*Aunque está especialmente consagrado este libro a Religiosos, y a Religiosos Carmelitas, creo que puede ser muy útil a toda clase de personas.*

*En mi corazón lo he dedicado a nuestros jóvenes Religiosos. En ellos he pensado muchas veces escribiendo a los pies del Crucifijo. A ellos especialmente les pertenecen estas páginas, porque con sus ruegos y santos entusiasmos, las inspiraron; y las he escrito con la dulce esperanza, y casi con la alentadora seguridad, de que, leyéndolas algunos de esos corazones, tan llenos de vida y de esperanzas, sentirán nuevos alientos para amar un poco más a Nuestro Señor Jesucristo, y ser útiles a sí mismos y a la Orden de la Virgen. Con esto quedarán plenamente satisfechas las ambiciones del pobre*

**AUTOR**

*Washington, D. C. Fiesta de S. Pedro Tomás, 28 de Enero de 1920.*

## CAPÍTULO I

### PRELIMINARES

1. EN NOMBRE DE JESÚS.—2. HIJOS DE PADRES ILUSTRES.—3. EL JUEZ DE UNO MISMO. SE NOS PIDE MUCHO. PASAJE DE LA SANTA MADRE.—4. OBLIGACIONES ESPECIALES.—5. LA ORDEN DE LA VIRGEN.—6. ESTIMA DE SU PROFESIÓN.—7. SAN JUAN DE LA CRUZ, ESPECIAL MAESTRO.—8. CINCO MINUTOS DE EXAMEN.—9. CASI SIEMPRE ESTÁ EN LA CUMBRE.—10. PERO NO OLVIDÓ A LOS PRINCIPIANTES.

1. Leemos en el sagrado libro de los Hechos de los Apóstoles que San Pablo obraba grandes milagros con sólo invocar sobre los enfermos el nombre de Jesús. De lo que admirados muchos judíos intentaron curar a los enfermos posesos, conjurando al espíritu malo en nombre de «aquel Jesús a quien Pablo predica». Entre todos los que pretendieron valerse del nombre de Jesús y de la autoridad de San Pablo para curar a los enfermos, se distinguieron los siete hijos del Sumo Sacerdote Escevas. Estaban, pues, conjurando a un pobre enfermo, que estaba poseído del espíritu malo; más el espíritu maligno replicó a los conjuros de ellos diciéndoles: «A Jesús confesé y a Pablo co-

nozco: más vosotros, ¿quiénes sois? y, arrojándose sobre ellos aquel hombre, en el cual había un espíritu pésimo, de tal manera los dominó y prevaleció contra ellos, que salieron de la casa del enfermo desnudos y llagados» (1).

Nuestro Padre San Juan de la Cruz pone a ese pasaje bíblico este breve comentario: Lo cual no fué sino porque no tenían ellos—los hijos de Escevas—las disposiciones que convenían... porque tiene el Señor ojeriza con los que, enseñando la ley de Dios, ellos no la guardan, y, predicando buen espíritu, ellos no lo tienen, que por esto dice San Pablo (Ad Rom. II-20). Tú que enseñas a otros, no te enseñas a tí. Y por David dice el Espíritu Santo: «Al pecador dijo Dios: ¿Por qué platicas tú mis justicias y tomas mi ley en tu boca, y tú has aborrecido la disciplina y echado mis palabras a tus espaldas? (Psalm. XLIX, 16-17)» (2).

Es, por consiguiente, muy reprehensible y peligroso pretender honrarse con la autoridad de un personaje, cuando no se pone también gran empeño en asimilarse su espíritu.

2. Nosotros, los Religiosos, tenemos muchos y muy grandes títulos externos de que con justicia nos podemos gloriarnos. Pertenecemos a una Orden insigne, cuyos Santos, nuestros Fundadores y Reformadores son incomparables, cuyas glorias son altísimas, cuyas gracias nadie puede contar. Nues-

(1) *Acta Apos.*, XIX, 13 y sigs.

(2) *Subida del M. C.*, Lib. III, Cap. XLIV.

tra dignidad, y aún nuestra salvación misma, exigen de nosotros un grande y continuo esfuerzo para que el espíritu interior de cada uno, esté de acuerdo y en armonía con aquellas glorias externas. Sería ciertamente bochornoso que, como a los desdichados hijos de Escevas, con verdad y justicia se nos pudiera decir: «Conocemos el Evangelio que profesáis y la Orden a que pertenecéis: respetamos el hábito que vestís, y veneramos a los grandes Santos de quienes tenéis a gloria llamaros hijos: Pero, fuera de ese hábito que lleváis, y de esa Orden que os prestó el nombre, y de esos Santos, de quienes os consideráis hijos y sucesores, y os decís imitadores, no os podemos conocer, no sabemos quiénes sois, no os reconocemos autoridad para hablarnos en nombre de aquellos a quienes no imitáis».

3. Y no sería lo peor que los hombres nos pudieran hablar así; ni nos puede satisfacer que sus juicios nos sean alguna vez favorables, porque, al fin, esto no sería tan difícil conseguirlo, al menos por algún tiempo. El nombre y el hábito aún valen mucho entre los hombres, quienes ordinariamente no suelen ni pueden llegar muy al fondo de nuestro ser. Su juicio ha de atenerse a lo que en nosotros *aparece*; y por las apariencias, o por lo que a ellos les parece, nos juzgan; y juzgándonos, nos estiman, nos odian o nos desprecian.

Pero las apariencias, el hábito y la profesión, de por sí, valen muy poco ante Dios; porque su mirada infinitamente certera y perspicaz, no se

para, como la mirada humana, en la superficie de nuestro ser; sino que penetra hasta las más íntimas reconditeces de nuestra alma; llega hasta ese misterioso hombre *interior*, del que tantas veces queremos huir, sin que jamás de él nos podamos totalmente separar. Porque ese hombre interior somos nosotros mismos. Él constituye todo nuestro ser moral; en él está el secreto más íntimo y verdadero de los móviles e intenciones de todos nuestros actos. Y porque posee el secreto verdadero de todas nuestras acciones, nos puede decir la verdad, de nuestra situación moral. Y nos la dice ciertamente cuantas veces con toda sinceridad nos ponemos en comunicación con él: La conciencia es su voz.

Y, como al fin, nadie será reprobado por Dios, sin que antes su propia conciencia, de alguna manera, le haya avisado de que iba errado, ni, entre los que han llegado al uso de razón, será alguno remunerado por obras de las cuales su propia conciencia, de algún modo, no le haya asegurado que eran buenas, resulta que, en verdad y ante Dios, cada uno es moralmente lo que su recta conciencia, o la voz íntima de ese hombre interior, sinceramente escuchada, le dicen que es.

Para saber, pues, lo que en realidad soy, y lo que moralmente valgo, no debo fijarme en lo que otros piensan o dicen de mí: ni tampoco en lo que mi hábito o mi profesión me hacen parecer; sino que debo especialísimamente atender a lo que me dicta mi conciencia, la que debo formarme según

el espíritu de las leyes que he profesado, y según las disposiciones de mis superiores, quienes para mí están en lugar del mismo Dios. El hábito austero, el nombre de corporación venerable, la espiritual filiación de Santos insignes tienen gran valor como estímulo, y aún pueden traer consigo, y seguramente traen en favor de quien los lleva; como ciertos derechos o particulares bendiciones de Dios, o muy especiales protecciones de los Santos. Pero es la propia conciencia, así formada, la que ha de decir a cada uno lo que realmente es.

A los Religiosos se nos exige mucho más ciertamente que a las personas del mundo. Y estas personas que no practican la virtud, son las más exigentes con los que hicimos profesión de seguirla. La Santa Madre Teresa de Jesús nos advierte esto mismo en este notabilísimo pasaje, en el que, hablando de las personas que son favorecidas de Dios, dice así, la gran Santa e inspirada Maestra:

*•Hay mil ojos para un alma de estas, adonde para mil almas de otra hechura no hay ninguno...* Bien se puede aparejar un alma que así permite Dios que ande en los ojos del mundo, a ser mártir del mundo, porque si ella no se quiere morir a él, el mismo mundo la matará. No veo, cierto, otra cosa en él que bien me parezca, sino no consentir faltas en los buenos, que a poder de murmuraciones no las perfeccionen. Digo que es *menester más ánimo para, si uno no está perfecto, llevar camino de perfección, que para ser de presto mártires: porque la perfección no se alcanza en breve, sino*

es a quien el Señor quiere por particular privilegio hacerle esta merced. El mundo, en viéndole comenzar, le quiere perfecto; de mil leguas le entiende una falta que por ventura en él es virtud, y quien le condena usa de aquello mismo por vicio, y así lo juzga en el otro» (1).

Los Religiosos con razón nos gloriamos del hábito que llevamos, y de nuestro espiritual parentesco con aquellos grandes Santos de quienes nos llamamos hijos y somos sucesores. Pero la conciencia nos ha de decir a cada uno cual sea moralmente nuestra posición verdadera dentro de nuestro estado.

4. Y no basta que mi conciencia no me reproche como a hombre, o como a simple cristiano, porque Dios me juzgará como miembro de la Orden religiosa a la cual me llamó y en la que juré servirle. Lo que serviría para un simple fiel, no me bastará a mí como religioso. Y lo que sería excelente para los miembros de otras Ordenes, puede no ser perfecto para mí, que debo aspirar a la perfección, según el espíritu de la Orden que abracé.

Cierto que la perfección o santidad, en sí misma considerada, es siempre la misma, puesto que uno es el fin, o término de la perfección; uno solo el Maestro que nos señaló el camino para alcanzarla, y una la savia que le nutre y vivifica. Pero Jesús, que nos señaló al mismo Dios como término sublime de la perfección humana en este divino impe-

(1) *Vida*, Cap. XXXI



rativo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto», nos advirtió también que en la casa de su Padre *había muchas mansiones*. Y a aquellas muchas mansiones, o grados de los escogidos en el cielo, corresponden los diferentes grados y aún modalidades de perfección que cada uno ha de conseguir aquí, mediante la fidelidad a su vocación particular y personal. A esto ha vinculado Dios gracias especiales, sin las cuales de poco o nada nos servirían los mayores esfuerzos de nuestra voluntad.

A todos nos quiere Dios santos, como nos dice San Pablo; pero a cada uno nos exige que lo seamos según el espíritu del estado que hemos tomado y de la Orden que hemos elegido. Los Santos Fundadores o Reformadores de cada Orden, como fueron elegidos por Dios para guiar a muchos y por esto fueron enriquecidos por la Providencia con especiales dones, son los más perfectos modelos para los miembros de aquella Orden. Todos dicen a sus hijos como San Pablo decía a los filipenses: «Sed imitadores míos y seguid a los que así caminan según el ejemplo nuestro que tenéis» (1).

Por esto Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús decía: «Tengamos delante nuestros fundadores verdaderos, que son aquellos santos Padres de donde descendimos; que sabemos que por aquel camino de pobreza y humildad gozan de Dios... Si decimos que son estos principios para renovar la

(1) *Ad Philip.* III-17.

Regla de la Virgen su Madre, y Señora y Patrona nuestra, no la hagamos tanto agravio, ni a nuestros santos Padres pasados, que dejemos de conformarnos con ellos». (1) Y en otra parte añade: «Y quien le pareciere áspero, eche la culpa a su falta de espíritu, y no a lo que aquí se guarda; pues personas delicadas y no sanas, porque lo tienen, con tanta suavidad lo pueden llevar, y váyanse a otro monasterio, donde se salvarán conforme a su espíritu». (2)

5. En la mente y en el corazón de la Santa estaba muy fija la idea de que, reformando su Orden, honraba de un modo muy especial a la soberana Reina del Cielo. Por esto, al historiar la fundación del primer convento de la Reforma—San José de Avila—dice: «Plegue al Señor sea todo para gloria y alabanza suya y de la gloriosa Virgen María, cuyo hábito traemos. Amén». (3) Y en otra parte dice: «Vi a Cristo que con grande amor me pareció me recibía y ponía una corona, y agradeciéndome lo que había hecho por su Madre: Otra vez, estando todas en el coro en oración, después de Completas, vi a Nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo de él parecía ampararnos a todas». (4) Y, como si esto no bastare, el Señor la quiso manifestar el gran premio que se le esperaba por haber trabajado tanto en la reforma de la Orden Mariana, pues, apareciéndosele

(1) *Fund.* Cap. XIV.

(2) *Vida*, Cap. XXXVI.

(3) *Vida*, Cap. XXXVI.

(4) *Ibidem*.

una vez, la dijo estas regaladísimas palabras: «Esfuézate, pues ves lo que te ayudo: he querido que ganes tú esta corona. En tus días verás muy adelantada la *Orden de la Virgen*. (1)

Así, pues, todos los miembros de la Orden del Carmen pertenecemos a la Orden de la Virgen, y como hijos de la Virgen nos hemos de conducir.

6. El honor y también la seguridad de cada religioso consisten principalmente en un constante esfuerzo para armonizar sus acciones y sentimientos con el espíritu y la doctrina de aquellos Santos a cuyo instituto voluntariamente se consagró. Prueba terrible de que peligras en su vocación, si es que no la perdiste ya, quien siente poco afecto y tiene poca estima a la doctrina de aquellos Santos a quienes, al entrar en la Orden por ellos fundada, o reformada, eligió por Maestros y modelos de su vida espiritual. Estremézcase de saludable temor quien en las horas de recogimiento, de paz y quietud de espíritu advierte que su conciencia le acusa de que no tiene aún el espíritu de aquellos a quienes él llama sus Padres, ni hace ordinario o habitual esfuerzo para conseguirlo.

Nada hay tan conveniente en la vida de un religioso como estas interrogaciones a su propia conciencia acerca de su propio estado moral. Debe hacérselas de vez en cuando y a tiempo en que su espíritu está en quietud y paz; de otro modo el ruido de los que nos rodean, o las agitaciones

---

(1) *Relaciones*, Rel. XIV.

propias no nos permitirán escuchar bien los dictámenes de nuestra conciencia.

Escuchemos a Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús: Hablando de aquellas palabras del *Padre Nuestro*, *hágase tu voluntad*, etc. dice: «Pues decir a un religioso que está mostrado a libertad y a regalo, que ha de tener cuenta con que ha de dar ejemplo, y que mire que ya no son solas palabras con las que ha de cumplir cuando dice esta palabra, sino que lo ha jurado y prometido; y que es voluntad de Dios que cumpla sus votos, y mire que si da escándalo que va muy contra ellos, aunque no del todo los quebrante; que ha prometido pobreza, que la guarde sin rodeos, que esto es lo que el Señor quiere, no hay remedio, aún ahora, de quererlo algunos; ¿qué hiciera si el Señor no hiciera lo más con el remedio que puso?». (1)

7. Los Religiosos tenemos en nuestros Fundadores el modelo de aquella perfección especial que Dios quiere de nosotros. Así, por ejemplo, la perfección de los Religiosos Franciscanos debe ser modelada según el espíritu del gran Patriarca de Asís. Y los Carmelitas tenemos por modelo juntamente con aquella celestial Maestra de espíritu Santa Teresa de Jesús, al incomparable escritor místico, al delicadísimo cantor de los amores divinos hacia las almas, al sutil y profundísimo investigador de las más íntimas reconditeces del espíritu humano, San Juan de la Cruz. Desde la cumbre

---

(1) *Camino de Perfección*, Cap. XXX.

de su simbólico Carmelo, este gran psicólogo y maestro de la mística, enseña y guía a cuantas almas aspiran a la más alta perfección, y especialmente a cuantos nos honramos con su mismo hábito y profesión.

Pero la semejanza de hábito, esta nominal filiación con los más grandes e inspirados maestros de espíritu, aunque nos puede honrar, y mucho, ante las gentes, no sería nunca un título de verdadera gloria si la conciencia, con verdad y justicia, nos pudiera acusar de que en espíritu estábamos tan alejados de esos Santos, y les éramos tan disemejantes como los que con ellos no tienen relaciones de profesión, ni de espiritual parentesco. Porque es gran verdad que el hábito de por sí no santifica ni salva, sino que obliga. El hábito carmelitano honra mucho, pero también obliga muy seriamente.

No pienso haya una sola persona Religiosa que no considere como altísima distinción el poder llamar Padre suyo, y Maestro a su Fundador. Y así ningún hijo, o hija del Carmelo podría vivir un solo día en paz consigo mismo, si su conciencia le acusara de que es hijo descastado de aquel gran Padre. Ninguno de nosotros podría soportar el terrible peso de la sola duda de que nuestros Santos Fundadores pudieran aplicarnos alguna vez aquellas terribles palabras de San Juan: «Aunque estaba entre los nuestros puesto que de *nosotros salieron, no eran de los nuestros*». (1)

(1) S. Joann. II-19.

8. Creo sinceramente que son de los mejor empleados de nuestra vida aquellos momentos que consagramos a comparar nuestra situación moral presente, con el espíritu y doctrina de Nuestros Santos Padres. Para santificarnos bastarían *cinco minutos* diarios que empleáramos para hacernos ante Dios estas o semejantes preguntas: ¿Soy yo verdadero Religioso según el espíritu de mi Orden? ¿Hago siquiera mediano esfuerzo para vivir en mi vida privada y pública una doctrina de perfección evangélica según aquel peculiar espíritu de Nuestros Santos Fundadores? Si ahora tuviera que presentarme ante Dios para rendir cuentas de mi vida y de mi vocación, tal como hasta ahora he vivido y vivo, ¿me atrevería a invocar al Santo Padre para que me ayudara en retorno de mi fidelidad en procurar la imitación de sus virtudes y la práctica de sus doctrinas?...

No dudo que esto nos causaría alguna vez ciertas inquietudes, pero serían inquietudes saludables. Vale más que suframos algunas molestias, a no que vivamos engañándonos a nosotros mismos. Sería en verdad cosa terrible que después de habernos fatigado en lo que se nos antojaba un bien, nos encontráramos con que al fin perdimos el tiempo y tan sólo conseguimos aumentar responsabilidades por no haber trabajado donde y como Dios quería que trabajásemos. Por esto nos dice Nuestro Santo Padre en uno de sus celestiales avisos: «¿qué aprovecha dar a tu Dios una cosa, si él te pide otra? Considera lo que Dios querrá, y

hazlo, que por ahí satisfacerás mejor tu corazón que por aquello a que tú te inclinas. (1)

Cierto que no tenemos obligación de ser Santos, porque esto es una gracia extraordinaria que Dios da a quien le place; pero por la profesión religiosa nos hemos impuesto como un deber muy sagrado, como el principal empeño de nuestra vida, como una obligación profesional, el esfuerzo constante para conseguir la perfección o santidad; y claro está que este esfuerzo ha de ser dirigido y regulado, no según nuestras inclinaciones y gustos personales, sino según el espíritu de nuestra vocación. Y este espíritu debemos entenderlo según que con la doctrina y el ejemplo, nos lo enseñaron nuestros Santos Fundadores.

9. San Juan de la Cruz es el maestro que Dios suscitó para que enseñe y explique el espíritu de su vocación a muchísimas almas. Desde las alturas de su místico Carmelo nos señala las sendas por donde debemos subir a las cumbres de la perfección. Dios nos dice de él a cada uno de nosotros, como dijo a Moisés sobre el tabernáculo que tenía que construir: «Mira y haz según el ejemplar que en el monte te fué mostrado». (2) Pero Nuestro Santo Padre casi siempre nos habla desde altísimas cumbres, donde le perdemos de vista hasta los que hemos hecho profesión de seguirle.

Casi todas sus obras están consagradas a las almas que han llegado ya, o están muy cerca de la

(1) Aviso 69

(2) Exod. XXV-40.

Íntima y sobrenatural unión con Dios. Parece como si el Señor tuviera grandes impaciencias para comunicarse a ciertas almas privilegiadas; no quiere esperar a la otra vida para manifestarles algunos de los infinitos tesoros de luz y de amor que para sus escogidos tiene reservados.

Gozan esas almas de comunicaciones tan inefables con la Divina Bondad, y suelen verse engolfadas en tales inmensidades de luz, que, de algún modo ya preguntan aquí de ciertos goces de la bienaventuranza infinita. Los espíritus vulgares no pueden sospechar siquiera esas intimidades, ya en esta vida, entre el Creador y las criaturas; y muy pocos son relativamente los que a tan alto estado llegan.

Nuestro Santo Padre en la explicación de estos misterios no tiene quien le aventaje ni quien le iguale; es el Doctor Místico por excelencia; el cantor sin igual de los divinos amores de Dios a los hombres, y de los hombres a Dios. Preparar a las almas a esta divina unión, y guiarlas en ella, es el fin principal que busca el Santo en todas sus obras inmortales.

Por esto, de acuerdo con el fin que al escribirlas se propuso, hay en los escritos principales del Santo Doctor tanta elevación en los conceptos y aún en el estilo, que, si bien estas obras son el encanto de los espíritus elevados, causan miedo a las almas medianas, y se apartan del magisterio del Santo.

10. Pero este miedo o apartamiento del Santo



Padre a causa de su misma elevación, es peligroso e injusto. Sería realmente muy peligroso que algún hijo del Carmelo, partiendo de la creencia más o menos fundada, de que Dios no le llamaba a estado de contemplación, pensase que podía prescindir de las enseñanzas del Santo Padre, y que debía buscar en otra parte el ideal de su profesión religiosa. Porque, aunque puede ser verdad que muchos no subiremos nunca a las alturas de la contemplación (que, al fin ésta no es necesaria para que uno sea muy virtuoso y aún muy santo, y el Señor la da y la quita a quienes quiere y cuando le place), también lo es que ninguno de nosotros se puede considerar desligado del deber sacratísimo de estudiar y de practicar aquel austero, sano y vigoroso ascetismo Carmelitano, que fué característico de nuestros Padres, que tantas almas santas han dado al cielo y tantos amigos sinceros a la humanidad.

Y Nuestro Santo Padre es no sólo Doctor místico, sino también gran maestro de un admirable ascetismo. Es verdad que ordinariamente mora en las místicas alturas del Carmelo, donde no le pueden seguir sino las almas que tienen vuelos como de águila real; pero no se olvida de los pobrecitos que en orden a la perfección estamos aún en las estribaciones o ribazos de este místico monte. El Santo nos dice también y por cierto de un modo bien original y compendioso, cuanto necesitamos saber y practicar para ser muy buenos y muy santos *a lo Carmelitano*.

Gran Maestro y originalísimo en la ascética, no menos que en la mística es San Juan de la Cruz. Su pequeñísimo libro de las *Cautelas* me encanta tanto como sus famosísimas obras *Subida del Monte Carmelo*, *Noche oscura del alma* y *Cántico espiritual*.

Que se explayen en hora buena en aquellas páginas sublimes los de mayores ingenios y virtudes; yo, que desde el primer ribazo de este monte espiritual no puedo sino mirar con noble y santa envidia a quienes a las altas cumbres ya llegaron, me detendré en el estudio y meditación de estas pocas páginas de mi Santo Padre.

Son como las primeras plantas o flores que se encuentran en la misma entrada de este místico monte, de este jardín amenísimo de las almas. Estudiarlas para mejor aspirar su vivificante aroma, para mejor asimilármelo, y ayudar si puedo a que también otros lo hagan, es el objeto que persigo.

Y es esta ocupación nobilísima y puede ser muy útil, pues como el mismo Santo nos dice, no se necesita más que asimilarse bien la doctrina de estas cortas páginas para ser un perfecto religioso y llegar a «gozar del dulce refrigerio del Espíritu Santo».

Este pequeñísimo libro que en la edición de las obras del Santo Doctor del Carmelo, apenas tiene seis hojas, contiene cuanto un alma consagrada a Dios en una Orden religiosa necesita saber y practicar para llegar a la más alta perfección.

Quien con fidelidad practique estas *Cautelas*

será verdadero hijo de San Juan de la Cruz. Si alguno desdeñare las enseñanzas que ellas contienen, o pusiera poco empeño en practicarlas, no sé cómo podría llamarse Religioso, pues en ellas se encierra seguramente el genuino espíritu Evangélico, como lo veremos muy claramente después que con especial atención las hayamos estudiado.

En estas *Cautelas*, está todo lo esencial, y solo lo esencial, de la perfección religiosa. Y así, cualquier persona consagrada a Dios, que fielmente las cumpla, perfecta, será seguramente según el espíritu de su propia Orden. Y muy lejos estaría de la perfección quien el espíritu de estos sapientísimos avisos desdeñare, cualquiera que sea la Orden a que pertenezca. Fácilmente podrá verlo quien con atención leyere estos humildes comentarios.



está verdadero hijo de San Juan de la Cruz. Si alguno deseara las enseñanzas de ellas conser- ven o quisiera poco empeño en practicarlas, no sé cómo podría llamarlas Religiosas, pues en ellas se encierra seguramente el genuino espíritu Evangé- lico, como lo veremos muy claramente después que con especial atención las hayamos estudiado.

En estas Cartas está todo lo esencial y solo lo esencial de la perfección religiosa. Y así, cual- quier persona consagrada a Dios, que firmemente las cumpla, perfecta será seguramente según el espí- ritu de su propio Orden. Y muy lejos estará de la perfección que el espíritu de estos apóstolismos ayuso deseara, cualquiera que sea la Orden a que pertenezca. Fácilmente podrá verlo quien con atención leyere estos humildes comentarios.

## CAPÍTULO II

## ORDEN Y ENLACE DE ESTAS CAUTELAS

1. PRÓLOGO DEL SANTO.—2. UN COMPENDIO DE PERFECCIÓN Y PALABRAS RUTINARIAS.—3. EL MUNDO Y SUS TRES PRINCIPALES ALICIENTES. TRES AVISOS CONTRA ELLOS.—4. EL DEMONIO Y SU TRIPLE TENTACIÓN CONTRA LOS BUENOS.—5. TRES AVISOS CONTRA ELLAS.—6. LA PROPIA NATURALEZA Y SUS PELIGROSAS INCLINACIONES.—7. TRES ÚLTIMAS CAUTELAS.—8. ALTÍSIMA PERFECCIÓN AL ALCANCE DE TODOS.

1. La perfección altísima que alcanzarán las personas religiosas que fielmente observen estos avisos o *Cautelas* de Nuestro Padre San Juan de la Cruz, la facilidad con que por este medio la pueden conseguir, el orden que han de guardar, los intensos goces y completa seguridad con que en esas alturas de la virtud se vive, lo explica el mismo Santo en este prólogo, tan breve y tan admirable, que puso a los mismos avisos:

«El religioso que quiere llegar en breve al santo recogimiento, silencio, espiritual desnudez y pobreza de espíritu», donde se goza el pacífico refrigerio del Espíritu Santo, y se llega un alma a unir

con Dios, y se libra de todos los impedimentos de toda criatura de este mundo, y se defiende de las astucias y engaños del demonio, y libra de sí mismo, tiene necesidad de ejecutar los documentos siguientes:

Con ordinario cuidado, y sin otro trabajo ni otra manera de ejercicio, no faltando de suyo a lo que le obliga su estado, irá a gran perfección a mucha priesa, ganando todas las virtudes por junto y llegando a la santa paz.

Para lo cual es primero de advertir, que todos los daños que el alma recibe nacen de los enemigos del alma, que son: mundo, demonio y carne. El mundo es el enemigo más dificultoso. El demonio es más oscuro de entender. La carne es más tenaz que todos, y duran sus acometimientos mientras dura el hombre viejo.

Para vencer uno de estos enemigos, es menester vencerlos todos tres; y enflaquecido el uno, se enflaquecen esotros; y vencidos todos tres, no le queda al alma más guerra».

2. Estos nueve avisos del Santo Doctor místico son un tratado completo de perfección cristiana y religiosa. En ellos se previene al hombre contra toda suerte de enemigos de su santificación. No son necesarios más milagros, virtudes ni penitencias, porque estos avisos bastan, no sólo para salvarse, sino también para llegar a una perfección alísimas. Quien en espíritu y en verdad cumpla todas y cada una de estas *Cautelas*, o avisos, será un gran santo con toda seguridad, pues nos dice

el Santo Padre, que guardando estos avisos «con ordinario cuidado, y sin otro trabajo ni manera de ejercicio, no faltando de suyo a lo que le obliga su estado, irá a gran perfección a mucha priesa, ganando todas las virtudes por junto y llegando a la santa paz».

Antes de comenzar el estudio de cada cautela en particular, creo conveniente un breve estudio de conjunto para que el lector pueda más fácilmente ver el orden y enlace que tienen entre sí estas nueve *Cautelas*, y su directa oposición a los tres enemigos del alma, contra los cuales las escribió el Santo Padre.

Bien sabemos por el catecismo que aprendimos ya desde los primeros años de nuestra vida, que *el mundo, el demonio y la carne*, son los tres grandes enemigos del hombre. Pero estas tres palabras son tan usadas y tan traídas entre personas piadosas, que a fuerza de repetir las, nos fijamos poco ordinariamente en lo que ellas significan; no atendemos a la relación que su significado puede tener con nuestro estado moral presente.

El agua de por sí purifica y limpia, pero no suele conservar pura y tersa la superficie de las rocas sobre las que continua y suavemente se desliza, pues fácilmente crea en ellas substancias que las afean y desfiguran. Así también las palabras son el medio soberano que Dios nos dió para que con ellas mutuamente nos hermoseáramos nuestras almas, comunicándonos luz, verdad y afectos.

Pero, cuando repetimos mucho unas mismas

palabras, pasan ellas por nuestros oídos o por nuestra lengua, sin dejar nada útil en nuestra alma; más bien crean o dejan en nosotros el hábito de oír o de hablar por rutina, que es el gran enemigo, así de la disciplina del espíritu, como de la perfección moral.

Por cada cien veces que pronunciamos las palabras *mundo*, *demonio* y *carne* quizá las noventa y nueve las decimos por rutina, esto es, sin fijar nuestra atención en el verdadero significado de ellas, ni en las relaciones que estas ideas así expresadas, pueden guardar con nuestro estado moral presente: veamos ahora qué entiende el Santo Padre por estas palabras, y cómo las relaciona con los puntos más débiles o vulnerables de nuestro ser.

3. Por la palabra *mundo* no quiere expresar aquellas personas o cosas que son francamente malas, o contrarias a la virtud, porque el Santo supone, y con razón, a las almas consagradas a Dios, ya suficientemente prevenidas contra todo aquello que sea declaradamente malo. El Santo Padre entiende por el *mundo* todas aquellas personas o cosas que (fuera de nosotros mismos, y exceptuando al diablo, contra quien el Santo da avisos aparte), nos pueden ser impedimento para nuestra perfección. Y esto nos sucedería si esas personas o cosas fuesen causa de que en nosotros naciesen y se desarrollasen; primero; Algunos afectos hacia personas determinadas, las cuales, sin ser propiamente pecaminosas, pues de éstos



no se trata aquí, no fuesen completamente ordenados según las adorables exigencias del Corazón de Dios con las almas que le están de especial manera consagradas. Segundo: Algunas codicias o deseos excesivos de bienes temporales. Tercero: Ciertas inquietudes injustas, o imprudentes sollicitudes que nos hagan entrometer en asuntos, especialmente domésticos, que no nos están particularmente confiados. De aquí estas tres cautelas o avisos contra el amor desordenado a las personas, la codicia excesiva por los bienes temporales, y la sollicitud inquieta por lo que no nos incumbe. El Santo, nos dice en resumen:

Primera Cautela: «No ames más a unos que a otros porque no sabes tú quienes sean más dignos de amor; olvídalos a todos y tenlos por extraños; y así cumplirás mejor con ellos, que poniendo la afición que debes a Dios en ellos». Segunda Cautela: «Emplea tu cuidado en cosas más altas que los bienes temporales. Busca primero el reino de Dios, que lo demás nos será añadido». Tercera Cautela: «Jamás pongas el pensamiento, y menos las palabras, en lo que pasa en la Comunidad, ni en algún religioso de ella. Porque si quieres mirar en algo, aunque vivas entre ángeles, muchas cosas te parecerán mal por no entender tú la sustancia de ellas.

4. El demonio es otro agente al que, queramos o no, hay que tener en cuenta tratándose de nuestro ser moral. Es un agente extraño, pero puede entrometerse mucho y muy sutilmente en nuestros

asuntos y pensamientos más íntimos y personales. Es verdad que, sino queremos, no puede tener dominio despótico sobre nosotros, porque Dios nos creó libres: El libre arbitrio es nuestra realeza.

Ningún ser creado puede directamente causar violencias en nuestra voluntad, pero el espíritu maligno tiene sobre nosotros un poder terrible de *sugestión*, y, sino tenemos mucha vigilancia y oración, bien se puede entrometer entre los repliegues más íntimos y secretos de nuestro ser y causarnos males sin cuento.

La vitalidad de las Ordenes religiosas consiste en la armonía de todos sus miembros, en la perfecta coadunación de las energías de todos a un fin determinado, y la condición primera para que un religioso adelante en la virtud es que sepa adaptarse perfectamente al modo de ser, a la marcha armónica de la congregación; en que sepa desenvolver toda su actividad y cualidades personales, pocas o muchas, dentro de los límites de la severa disciplina regular de su instituto.

De este modo quizá su personalidad sobresaldrá poco; tal vez quede eclipsada dentro del todo corporativo y social. El bien se hará, pero quizá las gentes no sabrán quién principalmente lo hizo. De esta manera la actuación del religioso es menos brillante para su persona, no reviste la fascinadora nota de la singularidad; pero seguramente es más eficaz y también más útil así para la corporación, como para la santificación del individuo.

Pero todos llevamos acá dentro del alma un

fondo de orgullo. Es el dejo o resabio del primer pecado de la humanidad. Este orgullo, ordinariamente inadvertido por nosotros mismos, y que tanto nos cuesta siempre confesar, nos inclina poderosamente a obrar por nuestra cuenta, a confundirnos lo menos posible con el todo de corporación; nos impulsa a la *singularidad*, que es tan enemiga de la perfección personal, como del bien de la corporación a la que el religioso se debe.

El demonio conoce muy bien este punto flaco de nuestro natural; por esto lo explota tanto en detrimento de la virtud. Aviva estos sentimientos de orgullo; y de una manera muy sutil, para que no sospechemos su influencia malévola, fomenta en nosotros susceptibilidades peligrosas. En gran multitud de pormenores de la vida religiosa nos sugiere, y quizá también nos haga creer; 1.º Que, siguiendo nuestra inclinación personal y gusto particular, haremos el bien mejor que siguiendo el camino llano de la disciplina regular, o que el Superior nos señale. 2.º Que el Superior no está muy acertado en ciertas disposiciones. 3.º Que no se nos comprende, pues estamos convencidos que no se nos hace justicia; o que hay interés en humillarnos, o, al menos, alguna negligencia en secundar nuestras aspiraciones, que juzgamos muy legítimas, o en atender nuestro parecer, que creemos ser muy acertado.

5. El Santo Padre nos advierte que es muy difícil ver o adivinar la acción del espíritu maligno en estas susceptibilidades del amor propio, pues

tan bien disimuladas o encubiertas suelen presentarse. De aquí que para atajar al espíritu maligno en su mismo principio, donde tan sutilmente sabe introducirse, el Santo nos da estos tres avisos o *Cautelas*.

Cuarta Cautela, y primera contra el demonio: «Jamás fuera de lo que de orden estás obligado, te muevas a cosa por buena que parezca y llena de caridad... sin orden de la obediencia. Porque las acciones del religioso, no son tuyas, sino de la obediencia; y si las sacare de ella, se las pedirán como perdidas». Quinta Cautela y segunda contra el demonio: Jamás mires al Prelado como a menos que a Dios, sea el Prelado quien fuere, pues le tienes en su lugar... porque te digo que con hacer mirar en estos modos, a grande multitud de religiosos tiene el demonio arruinados en la perfección». Sexta Cautela y tercera contra el demonio: «Procura humillarte siempre en el pensamiento, en la palabra y en la obra, holgándote del bien de los otros como del de tí mismo, y queriendo que los antepongan a ti...».

6. Pero, además de los perjuicios que nos pueden causar las personas o cosas con sus atractivos, y el demonio con sus sugerencias, hemos de estar prevenidos también contra nosotros mismos; porque hay en nosotros muchos apetitos y aversiones que es necesario contener y regular.

Nuestra naturaleza, ya tan debilitada en general por el pecado del primer hombre, y en cada individuo más o menos empobrecida por faltas

personales, exige en cada uno especial estudio y vigilancia.

A un enfermo, por mucho que se le quiera, se le niegan muchas de las cosas que más vivamente apetece, pues tiene caprichos para él mismo muy peligrosos. Moralmente todos estamos más o menos enfermos; y por lo mismo, con mayor o menor viveza y con más o menos inconciencia, todos sufrimos aberraciones, que se pueden reducir a dos principales, de que se derivan todas las demás: 1.º Pretendemos constituir a nuestra pobre persona como el centro alrededor del cual quisiéramos que girasen todos, especialmente aquellos con quienes más de cerca tenemos que vivir. Y como esto no puede ni debe ser, esta natural inclinación, sino es prudente y enérgicamente reprimida, será una fuente abundantísima de faltas, y también de molestias o sufrimientos. Sin el hábito de dominarse a sí mismo, el hombre será vencido, y tal vez sin darse cuenta, por esta mala inclinación.

Con este egoísmo en el espíritu es natural sentir aversión contra todos los que nos rodean y no piensan, ni sienten, ni proceden, como nosotros, según nuestro amor propio, quisiéramos que pensasen y obrasen. Y esta aversión puede tener casi infinitas gradaciones; porque, desde aquel primer movimiento de una contrariedad, casi imperceptible, ante una acción, quizá inconsciente, de una persona querida, hasta las explosiones de un odio terrible contra enemigos poderosos que se conceptúan irreconciliables, pueden ser tantas y tan va-

riadas las repugnancias que siente el corazón, que no es posible clasificarlas con exactitud, ni reducirlas a número.

7. Contra esta terrible aberración, enemiga de la paz del corazón, de la caridad y de la justicia, Nuestro Padre San Juan de la Cruz nos da un aviso, o Cautela admirable, en la que nos hace ver y considerar a las personas que nos rodean desde el verdadero y seguro punto de vista, según las miras de la Divina Providencia, pues nos dice en la séptima de sus Cautelas, que es la primera contra la carne: «Debes entender que no has venido al convento sino a que todos te labren y ejerciten... son oficiales que te han de labrar de palabra, de obra y de pensamiento contra tí...»

Una segunda aberración, casi siempre muy inconscientemente, solemos sufrir. Es el tomar el placer o el gusto, que encontramos en la ejecución de nuestros actos, como la regla y el fin de nuestras acciones. Así convertimos el placer en norma del deber. Sé muy bien que esto no está en nuestra intención; pero en la práctica es cierto que este suele ser el secreto de gran número de nuestros actos y de nuestras omisiones. Pues no podemos negar que ordinariamente ejecutamos con puntualidad y diligencia aquello que nos agrada, mientras que somos muy lentos y flojos en el cumplimiento de aquella multitud de pequeños deberes que nos disgustan; y aún muchas veces creeremos encontrar motivos más o menos paleados para evadirnos

de cumplir aquellas obligaciones que nos son molestas.

Contra esta inclinación Nuestro Santo Padre nos da sus dos últimos avisos, (Cautelas octava y novena, o sean, segunda y tercera contra la carne) que son de un ascetismo severo, es verdad; pero sanísimo, y que bastara su exacto cumplimiento para hacer de cada religioso una gran figura moral, y aún un santo, sin otras virtudes ni más milagros. Pues nos dice el Santo: «Jamás dejes de hacer las obras por la falta de gusto o sabor que en ellas hallares, si conviene al servicio de Dios que ellas se hagan. En sus actos, el varón espiritual, antes que lo sabroso, ha de buscar lo trabajoso y desabrido. Con lo cual se pone freno a la sensualidad, porque de otra manera ni perderás el amor propio, ni ganarás el amor de Dios».

8. Lo que el Santo Padre se propuso, pues, con sus sapientísimas y famosas *Cautelas* fué conducir a todos sus hijos e hijas a la más alta perfección, y esto de una manera muy sencilla y fácil, puesto que aquí no se trata de nada que no esté al alcance de todos, pues el Santo se dirige al hombre interior; quiere sobre todo penitencia de razón y disciplina del espíritu.

Todos, cualquiera que sea su temperamento, su instrucción o sus ocupaciones, pueden observar estos avisos, ya que no se trata aquí de rigurosas penitencias, ni de grandes obras, ni de muchos rezos, ni de difíciles lecturas, ni siquiera de largas horas de oración. El Santo se limita a regular

nuestras aficiones y solicitudes para con las personas y bienes temporales, a las que denomina con el nombre genérico de *mundo*, previniéndonos contra las sugerencias del *demonio* y contra las más sútiles insinuaciones del amor propio, al que llama *carne*.

Vencidos así estos tres enemigos, *mundo*, *demonio* y *carne*, nos dice el Santo, no tiene ya el alma contra quien luchar, pues se eleva a tanta altura que ya ninguna criatura la puede alcanzar, y comienza ya en esta vida a gozar «el pacífico refrigerio del Espíritu Santo».

Ahora veamos de comentar con respeto y veneración cada una de estas *Cautelas*, insertando primeramente el texto íntegro de cada una de ellas.



### CAPÍTULO III.

#### PRIMERA CAUTELA CONTRA EL MUNDO

##### EL PRÓJIMO

1. TEXTO DEL SANTO.—2. DUREZAS APARENTES Y OPINIONES ERRÓNEAS.—3. LA FORMACIÓN INTERIOR; IDEAL DEL BUEN EDUCADOR.—4. CÓMO CONOCER LA MENTE DE UN AUTOR SANTO.—5. DEFECTOS EN LAS BIOGRAFÍAS DE LOS SANTOS.—6. SAN JUAN DE LA CRUZ Y SU TRATO SOCIAL.—7. SUS CARTAS.—8. EN ELLAS SE MANIFESTÓ TAL CUAL ERA.—9. EL AUTOR DE LAS «CARTAS» NO PARECE EL MISMO QUE EL DE LAS «CAUTELAS».—10. ES PRECISO EXPLICARLAS. TEXTOS DE SANTA TERESA.

1. «Para librarte perfectamente del daño que te puede hacer el mundo, has de usar de tres caute-  
las.

La primera es, que acerca de las personas tengas igual amor, igual olvido, ora sean deudos, ora no lo sean, quitando el corazón de aquéllos, tanto como de éstos; y aun en alguna manera más de los parientes, por temor que la carne y sangre no se aviven con el amor natural, que entre los deudos siempre vive, el cual siempre conviene mortificar para

la perfección espiritual. Tenlos a todos como por extraños, y de esta manera cumples mejor con ellos, que poniendo la afición que debes a Dios, en ellos. No ames a una persona más que a otra, que errarás, porque aquel es digno de más amor que Dios ama más, y no sabes tú a cuál ama Dios más. Pero olvidándolos igualmente a todos, según te conviene para el santo recogimiento, te librarás del yerro de más y menos en ellos. No pienses nada de ellos, ni bienes ni males; huye de ellos cuanto buenamente pudieres. Y si esto no guardas, no sabrás ser religioso, ni podrás llegar al santo recogimiento, ni librar-te de las imperfecciones que esto trae consigo; y si en esto te quieres dar alguna licencia, o en uno o en otro te engañará el demonio, o tú a tí mismo, con algún color de bien o de mal. En hacer esto hay seguridad, porque de otra manera no te podrás librar de las imperfecciones y daños que saca el alma de las criaturas».

2. Muy dura parecerá seguramente a muchas personas la doctrina contenida en esta primera *Cautela contra el mundo*.

«Quita tu corazón de los deudos y de los que no lo son.... y aun en alguna manera más de los parientes... Tenlos a todos como por extraños. No ames a una persona más que a otra.... olvidalos igualmente a todos. No pienses nada de ellos ni bienes ni males, y si esto no guardas, no sabrás ser religioso».

Estas palabras, entendidas así, al pié de la letra, aisladamente consideradas y sin explicación alguna

que suavize su aspereza, podrían parecer a muchos excesivamente duras. Al escucharlas las almas delicadas, han de experimentar como cierta sensación de frío, que les quite las simpatías por el Santo Doctor del Carmelo, y también las ganas de seguir leyendo. Creo que estos y semejantes pasajes han quitado no pocos amigos a Nuestro Santo Padre.

A un religioso, a quien tenía y tengo grande y justa veneración, pregunté una vez cómo debía entenderse este pasaje del Santo. El buen religioso sinceramente contestó: «Tampoco yo entiendo bien esto. Muchas veces he sido preguntado sobre lo mismo por personas muy respetables, y no he sabido responder sino que, a mi modo de ver, el Santo Padre escribió estos avisos, únicamente para los novicios, porque fuera del tiempo de Noviciado y Colegio, no veo cómo esto se puede fielmente observar».

He aquí lo que yo estimo lamentable error. Aun cuando constara (que no consta ciertamente) que el Santo escribiese tan sólo para los novicios estos célebres avisos, no podría yo admitir que el gran Reformador y educador diera a los jóvenes religiosos, a él confiados, enseñanzas del carácter de las aquí contenidas, que no pudieran ellos tomar como regla de conducta, sino durante el tiempo de formación religiosa.

Estas *Cautelas*, no contienen disposiciones puramente disciplinares, las cuales varían de mil maneras, según indefinidamente variables son las circuns-

tancias de la vida, a las cuales ha de adaptarse el religioso, lo mismo que los demás hombres.

3. Estas *Cautelas*, como se desprende de la simple lectura de ellas, tienden a la formación del hombre interior, a la formación de la conciencia del religioso; y esta formación interior, que es lo que constituye el carácter verdadero, la verdadera personalidad moral del hombre, ha de ser la misma en todas las condiciones y circunstancias de la vida humana.

Todo hombre debe saber acomodarse a cualesquier circunstancias en que se puede encontrar, y a los diversos caracteres con quienes ha de tratar o convivir; pero nunca, sin desdoro de sí mismo, puede abdicar de su personalidad moral. El religioso puede ser el más flexible de los hombres; puede adaptarse a todos y a todo. Este era el lema de San Pablo, «saber convivir con todos para ganarlos a todos» (1); pero, adaptándose a todos, jamás puede dispensarse de ser y de aparecer como religioso. Esto sería claudicar en el más fundamental de sus deberes, que es presentarse siempre respetable para que respetadas sean siempre en él por todos, su doctrina, su profesión y su persona.

La formación en sus discípulos de ese hombre interior, siempre consciente de sus actos; de esa personalidad moral, tan flexible que, sin violencia alguna, sepa acomodarse a todo, y tan fuerte que jamás se quebrante o rompa por nada ni por nadie,

(1) I ad Corinthios.

es el ideal de todo verdadero educador. San Juan de la Cruz, providencialmente destinado a la Reforma de una Orden tan venerable y venerada, y a la educación religiosa de sus primeros miembros, seguramente que en su espíritu de hombre de gran talento práctico, y en su corazón de Santo, abrigaba estos ideales. Y es indudable que la misma Providencia le dotaría de todas las condiciones para imprimirlas en el espíritu de aquellos sus afortunados discípulos.

El Santo les educaría, no precisamente para la vida de noviciado (para esto daría sapientísimas disposiciones disciplinares, mudables según circunstancias y tiempos,) sino para la vida religiosa que ellos debían practicar y transmitir a otros. Y por consiguiente, aun cuando pudiéramos suponer que estas Cautelas fueran dadas a los primeros novicios Carmelitas, jamás podríamos admitir que el Santo pretendiera inculcarles una doctrina que únicamente para el tiempo del noviciado y colegio les había de servir.

Como tampoco debemos creer que la doctrina que el Santo Padre quiso infundir a sus hijos, fuera tan dura como se podría colegir de los textos que hemos copiado, si literalmente habían de entenderse.

4. No podemos juzgar definitivamente de la mente de un autor por algunos pasajes aislados de sus obras, por terminantes que parezcan. Es preciso también atender a las ideas predominantes en sus escritos; y, si además los escritores son Santos y tratan de asuntos morales, es conveniente atender

a sus actos, porque los Santos son los hombres más armónicos del mundo; y así su conducta es exacto reflejo de su mentalidad en orden a cuestiones prácticas.

Y por consiguiente, si podemos demostrar que el Santo Padre, no *olvidaba* a las personas con quienes tenía que relacionarse, sino que se mostraba muy *solicito* por cuanto les podía convenir; ni era frío, o *indiferente* con ellas, sino, muy *afectuoso*, podremos tener la seguridad de que no es olvido *absoluto*, ni *indiferencia* o *desamor* para todos, lo que a sus primeros hijos quiso infundir para que ellos lo practicaran y nos trasmitiesen a nosotros, como la expresión genuina del espíritu de nuestro primer Padre.

5. Es cierto que las biografías que del Santo hasta ahora tenemos, o al menos, las que yo conozco, no nos dan la verdadera fisonomía moral de Nuestro Santo Padre; adolecen del defecto ordinario de casi todas las biografías de los Santos. Yo no sé por qué los escritores, especialmente los de ciertas épocas, suelen tener la manía de presentarnos a estos grandes Maestros prácticos de la Religión, como excesivamente desligados de la vida real, humana, práctica, que es común a aquellos Santos y a nosotros.

Nos cuentan con todos los detalles lo extraordinario, lo milagroso que los Santos hicieron; y callan el *cómo* ejercitaron lo sencillo, lo vulgar, lo humano que es precisamente la manera con que se santificaron: No nos describen la personalidad íntima; no

nós dejan ver la mente y el corazón, que fueron el móvil real, y dieron el verdadero valor a todas las acciones, así las más estupendas como las sencillas y vulgares de los Santos.

Leyendo tales vidas, sabemos cuanto de extraordinario los Santos realizaron, pero no lo que ellos fueron. Con semejantes relatos es imposible llegar a ver el fondo de esos grandes caracteres, que fueron a un mismo tiempo, tan elevados y tan sencillos, tan cuasi-divinos, y tan humanos, porque el enérgico esfuerzo personal, y la divina gracia (que nada destruye, sino que embellece y diviniza cuanto toca) os depuró de todo lo que de feo y desordenado el pecado aportó y aporta a la pobre naturaleza humana en cada hombre.

Por las biografías no podemos conocer bien cómo era el corazón de Nuestro Santo Padre; no podemos saber si realmente era frío o indiferente con las personas con quienes tuvo que relacionarse; si los tuvo a todos como a extraños y en completo olvido de amor, como parece aconsejar en este primer aviso.

6. Afortunadamente San Juan de la Cruz, aunque amantísimo como era de la soledad, no fué anacoreta, o solitario, que pudiese pasar su vida sin rozarse con los hombres, y vivir casi siempre, sin más compañía entre los seres de la creación, que las estrellas del cielo y las espesuras y fieras de los bosques. San Juan de la Cruz, como Reformador de una Orden religiosa, fundador de gran número de conventos, tanto para frailes como para

monjas, prelado durante muchos años, y director de muchísimas conciencias, debía dejar entrever necesariamente, aun a pesar suyo, el fondo de su alma. Y lo hizo, y la podemos así contemplar, por cierto, muy sensible, solícita, afectuosa, paternal para las personas que tuvieron la dicha de poner en contacto sus corazones con el del Santo Carmelita.

7. Entre todos los escritos, las cartas privadas y confidenciales son las que mejor reflejan el alma de quien las escribe. Cuando nos creemos a salvo de las suspicaces miradas de personas extrañas, y aun de la vista de la persona misma a quien hablamos, nos solemos creer dispensados de ciertas reservas que nos imponemos siempre ante el público, y aun quizá, en la conversación verbal y familiar con la misma persona.

Pero en la correspondencia íntima y privada nos manifestamos tal como somos; tomamos nuestra alma entera para ponerla en íntimo contacto con el alma de nuestros amigos. Esto es lo que hace tan instructiva, interesante y encantadora la correspondencia epistolar de los Santos.

La de Nuestro Santo Padre forzosamente había de ser muy numerosa, puesto que, como hemos dicho, a tantas personas tuvo que tratar. Pero desgraciadamente casi todas estas preciosas reliquias literarias y doctrinales perecieron en aquella terrible tempestad que contra el Santo se levantó. Pero no quiso la Divina Providencia que todas ellas perecieran; algunas enteras, y fragmentos de otras se salvaron, las que, recogidas con religiosa piedad por



los hijos del Santo Padre, nos pueden servir hoy, así para contemplar las hermosuras del corazón del Santo, como para entender el genuino sentido de algunos pasajes de sus obras.

8. Veamos si la correspondencia de San Juan de la Cruz es, digámoslo así, al estilo comercial, esto es, si se limita al puro negocio o asunto que motiva la correspondencia, mostrándose en lo demás como *olvidado* de todo lo restante que atañe a la persona, e *indiferente* en el afecto a la misma. Esto debería ser según el sentido literal de la primera Cautela; pero el lector puede estar bien seguro que el Santo no se muestra así.

En una carta a una religiosa escribía lamentándose amargamente, aunque con resignación, de que desde que le habían metido en la cárcel, no había visto a su gran Madre, Santa Teresa de Jesús, ni a algunos de sus hermanos en religión. He aquí sus propias palabras: «Jesús sea en su alma, mi hija: Aunque no sé dónde está, le quiero escribir estos renglones confiando se los enviará nuestra Madre, si no anda con ella; y si es así que no anda, consuélase conmigo que más desterrado estoy yo, y solo por acá. Que después que me tragó aquella ballena, y vomitó en este extraño puerto, nunca mas merecí verla, ni a los santos de por allá. Dios lo hizo bien, que, al fin, es lima el desamparo, y para gran luz el padecer tinieblas». (1)

Es una gran lástima que no nos hayan quedado

(1) Carta a la M. Catalina de Jesús.

las cartas del Santo a su gran Madre, maestra y discípula a la vez, la robadora de corazones. Santa Teresa de Jesús. Pero, por lo que aquí dice, se colige lo que ya todos teníamos por muy seguro, a saber; que el Autor de las Cautelas tendría a Santa Teresa un poco más de afecto y aún de filial ternura que a la generalidad de las gentes. No le podemos creer indiferente en su afecto a la Santa.

A una piadosa señora escribe así: «Todas sus cartas tengo recibidas y sus lástimas y males y soledades sentidas, las cuales me dan a mí siempre tantas voces callando, que la pluma no me declara tanto. Todo es aldabadas y golpes en el alma para más amar, que causan más oración y suspiros espirituales a Dios que él cumpla lo que el alma pide para él».

A la misma señora le dice que le escriba más a menudo, y que las cartas «*sino fuesen tan corticas, sería mejor*». A la misma dama, que debía sentirse muy afortunada con la amistad del Santo, le decía en otra carta: «Gracias a Dios me ha dado la gracia de que no me olvide de los pobres como ella me dice, que harto me hace rabiar pensar si, como ella lo dice, lo cree. Harto mal sería, al cabo de tantas muestras... No me faltaba ahora más sino olvidarle; mire como puede ser lo que está en el alma como ella está» (1)

9. ¿Verdad que estos textos, que podríamos multiplicar indefinidamente, no parecen del mismo

(1) Cartas Xy XVIII a Dña. Juana de Pedraza.

autor que el de la primera Cautela contra el mundo ? Y no obstante, idéntico es el autor, y uno mismo el espíritu que anima a todos estos textos. Y es muy cierto que el Santo Padre jamás contradijo con su conducta su doctrina, ni pretendió enseñar a sus hijos lo que él primero no hubiese practicado.

Pero en este gran amante de la Cruz, su misma dulzura va siempre envuelta en un gran espíritu de abnegación. He aquí otro trozo de una de sus admirables cartas a las Religiosas de Beas: « Jesús María sean en sus almas, Hijas mías en Cristo. Mucho me consolé con su carta: págueselo nuestro Señor. El no haber escrito no ha sido falta de voluntad: porque de veras deseo su gran bien, sino por parecerme que harto está ya dicho y escrito para obrar lo que importa..... Nunca por bueno ni malo *dejar de quietar su corazón con entrañas de amor*, para padecer en todas las cosas que se ofrecieren. Porque la perfección es de tan alto momento, y el deleite del espíritu de tan rico precio, que aun todo esto quiera Dios que baste: porque es imposible ir aprovechando si no es haciendo y padeciendo virtuosamente, todo envuelto en silencio. Esto he entendido, Hijas, que el alma que presto advierte en hablar y tratar, muy poco advertida está en Dios: porque cuando lo está, luego con fuerza la tiran de dentro a callar y huir de cualquier conversación: porque más quiere Dios que el alma se goce con El, que con otra alguna criatura, por más aventajada que sea, y por más al caso que le haga..... y tengan por cierto que con ser mi caridad tan poca, *está tan*

*recogida hacia allá, que no me olvido de a quien tanto debo en el Señor;....» (1).*

Aquí está muy de manifiesto la hermosísima alma del Santo; amantísimo siempre de la penitencia. Pero con entrañas de amor quisiera aquietar el corazón de las personas que le estaban encomendadas: *Hacia ellas sentía muy recogida su caridad. Por consiguiente, no las tenía en olvido, y como por extraños. Y así es necesario no tomar estas palabras del Santo en esta su primera Cautela, tal como suena la letra, sino que es preciso explicarlas. La mayor dificultad en la doctrina de los Santos no está en su austeridad real, aunque sea mucha, sino en que sea mal comprendida.*

10. En el próximo capítulo procuraremos explicar cuál sea el genuino sentido de estas palabras del Santo Padre. Porque es muy seguro que, dentro aquella corteza que se presenta tan áspera, corre muy dulce y vivificante savia; y tras aquella letra, cuyo contacto causa frío en el alma, hay un gran espíritu de dulzura y de caridad. Pero primero quiero copiar aquí dos hermosísimos pasajes de la Sta. Madre Teresa de Jesús, en que ella nos cuenta cómo el Señor la instruyó en orden al afecto que podía tener a las personas que trataba.

«Como vinieron mis hermanos, y yo debo al uno tanto, no dejo de estar con él y tratar lo que conviene a su alma y asiento, todo me daba cansancio y pena; y estando ofreciéndolo al Señor y pareciéndome lo hacia por estar obligada, acordóseme

(1) Carta VII.

que está en las Constituciones nuestras, que nos dicen que nos desviemos de deudos, y estando pensando si estaba obligada, me dijo el Señor: *No, hija, que vuestros Institutos no son de ir sino conforme a mi Ley*» (1).

Según este hermoso pasaje de la Santa, está bien claro que, ni en nombre de la virtud, ni de las leyes del Instituto, está prohibido el afecto a los parientes. Ni a otras personas tampoco. Lo que sí es muy necesario evitar es el desorden en estos afectos y no el afecto mismo, porque el amor al prójimo, de suyo muy santo y laudable es. He aquí otro pasaje de la Santa: «Estaba un día pensando si era asimiento darme contento estar con las personas que trato mi alma, y tenerlos amor, y los, que yo veo muy siervos de Dios, que me consolaba con ellos, me dijo el Señor: «Que si un enfermo que estaba en peligro de muerte le parece le dá la salud un médico, que no era virtud dejárselo de agradecer y no le amar: que qué hubiera hecho si no fuera por estas personas; que la conversaciòn de los buenos no dañaba, mas que siempre fuesen mis palabras pesadas y santas. Consolóme mucho esto, porque algunas veces, pareciéndome asimiento, queria del todo no tratarlos» (2).

Veamos ahora cómo se debe entender la doctrina de San Juan de la Cruz, y también cómo hay que regular el propio corazón para que en sus afectos no se extravíe.

(1) *Relaciones*, Relación XLVI.

(2) *Vida* Cap. XL.



## CAPITULO IV.

### CONTINUACIÓN

1. LA CREACIÓN Y LA VIDA SEGÚN EL SANTO DOCTOR DEL CARMELO.—2. NO QUIERE A LOS HOMBRES SIN CORAZÓN.—3. EL AMOR AL PRÓJIMO SOSTÉN Y SEÑAL DEL AMOR A DIOS.—4. SAN JUAN DE LA CRUZ, CANTOR DEL CORAZÓN.—5. AMPLIOS HORIZONTES DEL ESPÍRITU Y DEL CORAZÓN.—6. EL TRIPLE CARÁCTER DEL AMOR DE LOS SANTOS.—7. AUTO-RETRATO DE SAN JUAN DE LA CRUZ.—8. POBREZA DEL CORAZÓN HUMANO Y UN PODEROSO REACTIVO.—9. AMOR UNIVERSAL Y PRUDENTÍSIMOS AVISOS —10. HOMBRES ANIÑADOS Y EL SISTEMA EDUCATIVO DE SAN JUAN DE LA CRUZ.—11. NO HAY DERECHO A QUEJARSE DE EXCESIVO RIGOR. EXAMEN DE CONCIENCIA.—12. LA FRIALDAD DEL CORAZÓN.—13. DISTINTIVOS MORALES.

1. San Juan de la Cruz, no obstante lo que en contrario podía parecer por la simple lectura de la primera de sus *Cautelas*, no condenó el puro y ordenado afecto a las personas. El mismo, y muy delicadamente, amó a cuantos tuvieron la suerte de tratarle. Y tan lejos estuvo el Santo de condenar las legítimas expansiones del corazón, que bien se

puede asegurar que el más puro y delicado amor tiene en el austero penitente de Duruelo su mejor apóstol y más delicado cantor en los tiempos modernos.

Nadie como él ha sabido representarse ante su mente y cantar tan delicadamente a toda la creación como un poema de amor. Su alma de poeta y de Santo considera a todas las criaturas como gracias derramadas por la mano del Amado. Y si de ellas se ocupa, es para que del *Amor* le hablen, y a más amar le ayuden; es para conjurarlas, diciéndolas a todas, a las flores, a las aves, a los montes y a las selvas:

— Si por ventura viéredes  
 Aquel que yo más quiero,  
 Decidle que adolezco, peno y muero;  
 porque únicamente,  
 Buscando mis amores  
 Iré por esos montes y riberas,  
 pues,  
 Ni tengo ya otro oficio  
 que ya solo en amar es mi ejercicio.

Para el Santo, la vida tan sólo tiene valor en cuanto en ella se aprende, ejercita y depura el amor, pues suyo es este pensamiento, que vale por un libro entero, que yo no quiero comentar, para no empequeñecerlo, y para no privar a los lectores del placer de rumiarlo y meditarlo por sí mismos:

«A la tarde—de la vida—te examinarán en el



amor». Y si tan encarecidamente recomienda retiro de las gentes, y, usando sus mismas palabras, ese «*dichoso escondrijo del corazón*», no es ciertamente para deprimirlo y ahogar sus sentimientos, sino, todo lo contrario, para que así, depurado en el silencio y retiro, se disponga para «*poder arder más en amor*». (1)

2. No son los corazones helados ni las almas frías los que al Santo Doctor agradan; para él la suavidad de espíritu, la ternura del alma son efectos del amor de Dios en nosotros; mientras que la insensibilidad o dureza la considera como fruto del orgullo. «El alma enamorada, nos dice, es alma blanda, mansa, humilde y paciente. El alma dura, en su amor propio se endurece. Si tú, en tu amor, oh buen Jesús, no suavizas el alma, siempre perseverará en su natural dureza» (2)

Y si alguien quisiese objetarme que estos y semejantes pasajes de Nuestro Santo Padre deben entenderse tan solo del amor a Dios, replicaré con el tan conocido y enérgico texto de la Sagrada Escritura que nos dice que es mentiroso quien afirma que ama a Dios y no al prójimo porque «quien no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo amará a Dios a quien no ve? porque el mandato que tenemos de Dios, es este: que quien ama a Dios ame también a su hermano». (3)

(1) Véase carta XV a María de Jesús.

(2) Avisos 27 y 28.

(3) I Joann. IV, 20, 21.

Y el mismo Santo en diferentes partes de sus obras tiene textos bien terminantes, que a primera vista podríamos creer que se oponen al texto de la Cautela que estamos examinando.

«Quien a su prójimo no ama, a Dios aborrece».  
(1) He aquí un texto que no admite réplica ni necesita comentario.

3. Y tan lejos estuvo el Santo Doctor de condenar el afecto a las personas, con tal que sea puro y ordenado según Dios, que como sabio teólogo y profundo conocedor del corazón humano, quiere que fundemos sobre el amor a nuestros hermanos el amor que debemos a Dios, y que estos dos amores en nosotros, el divino y el humano, pero puro y ordenado, se apoyen y ayuden mutuamente, y que en perfecta armonía crezcan y den sus frutos. He aquí las palabras textuales del gran Maestro de espíritu y perfecto conocedor del corazón humano, así de sus nobles aspiraciones y hermosas necesidades, como de sus peligrosas debilidades:

«Cuando el amor y afición que se tiene a la criatura es puramente espiritual y fundado en Dios, creciendo ella—la afición—crece la de Dios, y cuanto más se acuerda de ella—de la criatura—tanto más se acuerda de Dios; creciendo lo uno al paso del otro».

Esta doctrina no asustará seguramente a ningún corazón sensible, delicado y puro. Pero hay

---

(1) Otros Avisos, Aviso 9.

que atender también a estos otros avisos del prudente Maestro para no entender mal su doctrina.

«Cuando el amor a la creatura nace de vicio sensual, o de inclinación puramente natural, al paso que aqueste crece, se va resfriando en el amor de Dios y olvidándose de El, sintiendo remordimiento de la conciencia con la memoria de la creatura. Lo que nace de carne es carne y lo que nace de espíritu es espíritu, dice Nuestro Salvador en su Evangelio. Y así el amor que nace de sensualidad, para en sensualidad, y el que de espíritu, para en espíritu de Dios, y le hace crecer, y esta es la diferencia que hay para conocer estos dos amores». (1)

Quiero, como confirmación de esto, copiar aquí este hermoso pasaje de la Santa Madre. «Acá solas estos dos cosas nos pide el Señor: amor de Su Majestad y del prójimo... La más cierta señal, que, a mi parecer, hay de si tenemos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios, no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor al prójimo sí. Y estad ciertas, que mientras más en esto os viéredes aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios: porque es tan grande el que Su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo, hará que crezca el que tenemos a Su Majestad por mil maneras; en esto yo no puedo dudar». (2)

(1) Véanse los avisos 184, 185, 186.

(2) *Moradas*, Mor. 5.

4. El Santo Padre, pues, no es enemigo del amor; por lo mismo que es Santo, es acérrimo defensor y cultivador del corazón. Y porque, al mismo tiempo que es gran Santo, es también gran poeta, canta y ensalza el amor con cantares tan henchidos de verdad y de armonía. El anhelo ardiente de toda su vida, su misión providencial y característica, no fué cohibir expansiones nobles y legítimas, sino levantar las almas a muy alta perfección, y de una manera muy segura y fácil, unir las íntimamente a Dios.

Para esto las quiere depuradas, no sólo de afectaciones sensuales y propiamente pecaminosas, sino también de todo afecto e inclinación natural que no tenga por principio próximo y fin inmediato a Dios. Pero no quiere elevar así las almas para que se queden en un estoico quietismo, en soporífero olvido de todo para que vivan moral e intelectualmente como si fuesen seres momificados.

No, no es esta la doctrina de San Juan de la Cruz; es todo lo contrario. Quiere los corazones así depurados para que con mayor pureza, más libertad y ardor puedan amar no sólo a Dios, sino también en Dios; y por Dios a todo lo que según Dios es puro, justo y amable. «Todas nuestras obras se han de comenzar de lo más alto del amor de Dios, si queremos que sean puras y claras» dice poética y hermosamente el mismo Santo. Y con más belleza aún, si cabe, dice en otra parte: «El alma que anda enamorada ni se cansa ni cansa»

y «quien supiera morir a todo, tendrá vida en todo». (1)

5. Cuánto más se elevan las águilas, más libre es su vuelo y más amplia y penetrante su mirada. Así también por semejanza acontece al corazón del hombre.

Cuando amamos por interés, o por la particular simpatía que nos inspiran las personas, el motivo de nuestro amor es demasiado pobre, estrecho y limitado; y por consiguiente, el movimiento, del corazón es también estrecho, limitado y pobre; se agota fácilmente en esas personas y le quedan pocas fuerzas para amar a otras.

Pero, cuando el hombre consigue ver como el primero y principal motivo de amabilidad en los demás, el amor a Dios; esto es, cuando sabe prescindir de las condiciones personales de sus semejantes, y consigue amarlos afectuosamente porque son hijos de Dios, porque Dios les ama y nos manda que los amemos como a nosotros mismos, entonces los horizontes del espíritu se agrandan infinitamente, el corazón adquiere gran libertad, y con la libertad, fuerza y energías para amar a la humanidad entera y a cuantos hombres encuentra en el camino de la vida. Por esto decía también la Santa Madre, hablando del alma que ha alcanzado alguna perfección en la caridad: «El amor que tenía al mundo, se le quita, y el que a sí, le vuelve en desamor; y el que a sus deudos, queda de suer-

(1) Avisos, 123, 152 y otros Avisos, aviso 2.

te que sólo los quiere por Dios; y el que a los prójimos y el que a los enemigos, no se podrá creer, si no se prueba; es muy crecido». (1)

Cuanto más el hombre se aproxima a Dios por la santidad de vida, más a Dios se asemeja; porque como dice en su estilo inimitable Nuestro Santo Padre «el alma que trabaja en desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios, luego queda transformada en Dios, de tal manera que parece al mismo Dios, y tiene lo que tiene el mismo Dios». (2)

Y como Dios ama a toda la humanidad en conjunto, y en cada alma se complace su amor providente y paternal, como si esa alma sola hubiera en la creación, así también saben amar los verdaderos amigos de Dios. Su afecto es tan universal que se extiende a todos, y tan particular, y aun individualista, que sabe consagrarse, al parecer todo entero, a cada uno de cuantos en el camino de la vida tienen la gran dicha de encontrarse con ellos.

6. Así fueron los Santos: A nadie excluyeron de su afecto; amaron a todos; pero no es rigurosamente exacto que su amor fuera igual en todos, pues tuvieron especial cariño a los que sabían eran más queridos de Dios. Pero su solicitud, paternalmente afectuosa, era mayor con los que sabían que estaban más necesitados. Y en verdad que nadie vive en mayor indigencia moral que quienes viven apartados de Dios.

(1) *Conceptos del Amor de Dios*, Cap. VI.

(2) *Aviso*, 158.

He aquí el triple carácter de los Santos que más se destaca en ellos cuanto mayor fué su santidad y más visible la misión que en el mundo tuvieron que cumplir. Un amor real, sincero, eficaz a todos; dulces predilecciones por los mejores; afectuosas y paternales solitudes por los más necesitados. Este es el carácter que dulcemente nos atrae en Nuestro Divino Redentor; el mismo que su amor y su gracia imprime en todos sus verdaderos amigos.

Por consiguiente, no podía ser otro el carácter de Nuestro Santo Padre, finísimo amante de Jesús y de su Cruz; y este mismo y no otro, el que deseaba imprimir en todos sus hijos, aunque parezca que nos recomienda lo contrario, cuando nos dice que consideremos a todos como a extraños, que a todos olvidemos y no pensemos siquiera en ellos.

Puesto que con este rigor, más aparente que real, el Santo no pretende sino disponernos para que a mayor número y mejor sepamos amar, y para los mismos más solícita y eficaz caridad podamos tener.

7. He aquí un bellissimo pasaje del Santo, que esclarece y confirma toda esta doctrina. Hablando de las grandes ventajas que reporta el hombre que sabe apartar su corazón del gozo en las criaturas, nos dice que así da lugar a la humildad para sí mismo, y a la *caridad general* para con los prójimos. Porque, no aficionándose a ninguno por los bienes naturales aparentes que son engañosos, le queda el alma libre y clara para amarlos a todos racional y espiritualmente, como Dios quiere que

sean amados. En lo cual ve uno que ninguno merece amor, sino por la virtud que en él hay. Y cuando de esta suerte se ama, es muy según Dios, y con mucha libertad; y si es con asimiento, es con mayor asimiento de Dios. Porque entonces, cuanto más crece este amor, tanto más crece el de Dios; y cuanto más el de Dios, tanto más este del prójimo. Porque del que es en Dios, es una misma la razón y una misma la causa». (1)

He aquí un auto retrato moral del Santo, austérrimo en su doctrina y en toda su vida, y afectuosísimo en su corazón. Parece intentar ahogar el corazón, y no quiere sino elevarlo y purificarlo para que más universal y, al mismo tiempo, más intenso sea su amor. Hace como las aves, que primero se encogen y parece ponen su pecho a tierra; pero es para mejor elevarse y remontar su vuelo.

8. Sabía bien el Santo cuán pobre es el corazón humano, cuán estrecho, individual y aún exclusivista en sus afectos. Sabía que la práctica de la virtud no mata, sino que más bien aviva la natural sensibilidad del corazón. No ignoraba que sus religiosos, a quienes como hábil Maestro instruía, ya en el mutuo trato entre sí, ya en sus relaciones sociales, y aun en el ejercicio de su ministerio, podrían aficionarse a algunos corazones y detenerse en ellos con detrimento del afecto y de la solicitud que deberían también a otras personas y a otros asuntos.

(1) *Subida del Monte Carmelo*, Lib. III, Cap. XXII.



En prever esto y en quererlo prevenir, dió el Santo prueba de ser perfecto conocedor del pobre corazón humano. Quiso, que, para otorgar nuestros afectos, supiéramos prescindir de todas aquellas condiciones naturales por las que en este orden nos pudieran parecer dignas de nuestro afecto las personas. Nos exige que nos fijemos únicamente en una condición de amabilidad en nuestros prójimos; en el amor que Dios ha puesto en ellos. Es lo que verdadera y eficazmente hace al hombre amable a todas las almas verdaderamente superiores, que han sido depuradas de los resabios, así de sensualidad como de egoísmo.

9. Y como esta condición de amabilidad se encuentra en todos los hombres, puesto que Dios a todos ama, universal será también en principio el afecto de quienes así fueron ya depurados. Y si general es el motivo porque aman, su corazón ha de sentirse con gran libertad y holgura, pues no está limitado por ninguna razón particular. Pero el amor de Dios a los hombres, aunque tan universal, admite también diferentes gradaciones, puesto que algunas almas han sido por Dios más favorecidas que otras; de la misma manera, el amor de los Santos a los hombres a ninguno excluye, pero a veces se intensifica en algunas almas de modo inefable.

Así amó San Juan de la Cruz a algunas almas como se ve por sus cartas. El Santo sabía bien que es muy difícil saberse deshacer de lo que por sangre o natural simpatía nos atrae; es muy cos-

oso elevarse a esas alturas, desde las cuales se puede mirar a los hombres como Dios los ve. Por eso nos dió una medicina tan amarga: «tenlos a todos por extraños» en cuanto no debes atender ni a tu interés, ni a sus condiciones personales para regular tu afecto y tu solicitud para con ellos. Y así por estos motivos, «no ames más a una persona que a otra porque errarás, porque aquel es digno de más amor que Dios ama más y no sabes tú a cuál ama Dios más», y si esto no sabes hacer, «no pienses nada de ellos, ni bienes ni males, huye de ellos cuanto buenamente pudieres».

He aquí un reactivo contra las naturales pequeñeces y debilidades del corazón humano; y aquí está lo característico del sistema educativo de San Juan de la Cruz.

Todos los maestros de la vida espiritual, así los que se limitan a enseñar la práctica general de la virtud cristiana, como los que pretenden llevar las almas hasta la más íntima unión con Dios, muy justamente se creen obligados a regular los sentimientos del corazón de sus discípulos; porque en el orden espiritual y moral, sin previa educación del corazón, se pierde lastimosamente el tiempo.

10. Quien no tenga el dominio de su corazón no será jamás un Santo, ni un hombre completo. Perderá en un instante lo que en años haya adelantado. Por defecto de esta formación o educación de los propios sentimientos, se encuentran por esos mundos a muchos hombres cargados de excelen-

tes cualidades, que no pasan de ser pobres niños. A unos les pierde una afición, a otros los compromete una amistad, a muchos les hacen desmerecer lo mucho que por otra parte valen una multitud de pequeñas susceptibilidades que no saben dominar.

Para curar esa gran debilidad humana los maestros dan multitud de reglas, más o menos complicadas. Algunos escribieron voluminosos tratados con este objeto. San Juan de la Cruz que en la *Subida del Monte Carmelo* hizo tan íntimo y admirable análisis de las debilidades del corazón, quiere aquí, en muy pocas líneas, curarlo radicalmente; va directo al principio del mal.

Prohíbe al corazón todo movimiento que en sí vaya envuelto con algún desorden, por pequeño que sea; o que le puede traer algún remordimiento, o causar algún retraso en el camino de la perfección. Por esto nos dice, «no te ocupes de nadie, ni pienses en nadie, ni ames a nadie, si no es mirándolos a todos desde muy alto, desde Dios mismo, y mirándolos y queriéndolos según Dios los ve y los quiere».

Y su lenguaje es tan enérgico que nos dice: «Y si esto no guardas, no sabrás ser religioso... y si en esto te quieres dar alguna licencia, o en uno o en otro te engaña el demonio, o tú a tí mismo con algún color de bien o de mal».

Esta amenaza, «no sabrás ser religioso si esto no guardas» nos ha de hacer pensar muy seriamente a cuantos tenemos el honor de ser, y llamarnos hijos del Santo. No reconocerá por suyos,

pues dice que no saben ser religiosos, a los que con fidelidad no guardan este aviso o Cautela.

Ya sabemos que el Santo Padre no quiere de ninguna manera cohibir o ahogar el corazón; pero quiere que todos nuestros afectos estén exentos, no sólo de toda vanidad e impureza, que de todo eso el Santo Padre supone ya aquí muy limpios a sus hijos y devotos, sino también de todo aquello que, ante la mirada purísima de Dios, pudiera empuqueñecer nuestro corazón; o limitarlo demasiado a algunas personas, con detrimento del afecto o de los cuidados que debe a otras personas y a otros asuntos.

11. Y no tenemos derecho a quejarnos de que con esto se nos pide demasiado; pues esta es la doctrina de nuestros Padres; este es el espíritu de nuestra Orden, esto es inherente a nuestra vocación. Para virtudes más vulgares y más fáciles, Dios tiene la generalidad de los cristianos. A nosotros nos pedirá más, porque mucho más nos ha dado.

La vocación es un don que nos honra mucho; y las gracias que Dios ha vinculado a ella, y que nos ha ido concediendo, no tienen número. Y es regla suya que nunca falla; exigir mucho a los que mucho ha dado. (1)

Por consiguiente tú, hermano mío querido, cualquiera que seas, religioso o sacerdote, lego o religiosa; todos los que a la perfección queremos

---

(1) Luc. XII. 48.

caminar teniendo por maestro a San Juan de la Cruz, no nos empeñemos en engañarnos a nosotros mismos. La doctrina del Santo es terminante y su amenaza terrible. «Si en algo quieres dispensarte en esto, no sabrás ser religioso», te dice. Y por lo tanto yo te suplico por tu propio bien un detenido examen de conciencia en orden a tus aficiones y amistades personales.

Sé perfectamente que ninguna tienes declaradamente mala, que en tu corazón jamás acaricias intenciones que estimes ser ofensa de Dios. Pero, no obstante la ausencia completa de toda mala intención en tí, que en toda justicia reconozco, te ruego que, de vez en cuando, puesto en la presencia de Dios, como si ya tuvieras que rendirle cuenta de toda tu vida, examines detenidamente los efectos que en tu corazón y en tu espíritu causan esas aficiones, o amistades personales que cultivas. Fíjate bien:

Si no causan algunas distracciones, y aún inquietudes frecuentes, en tu espíritu:

Si, desde que cultivas esas amistades, no te has vuelto un poco menos afectuoso con otras personas; sino eres un poco duro, quizá hasta injusto, con aquellas otras personas que no son del agrado, o simpatía de tus amistades, y que no menos que éstas necesitan de tus atenciones y de tu afecto:

Si te quitan con frecuencia una buena parte del tiempo que necesitas para atender a otras personas, dedicarte al estudio, o desempeñar otros negocios que te están encomendados:

Si repetidas veces te obligan a faltar a varios actos disciplinares a que la ley te obliga asistir:

Si las atenciones a esas amistades te vuelven menos sincero con tus Superiores, y contigo mismo, o te son causa de que faltes a alguna de las muchas obligaciones, grandes o pequeñas que como religioso tienes:

Si te vuelves más susceptible contra todos los que a tu particular modo de pensar, o de sentir en este punto no se adaptan.

En fin, examínate bien, y quizás notarás que esas aficiones que tú crees tan justas e inocentes, no te aproximan más a Dios, ni te ligan más suave y fuertemente al claustro, sirviéndote de estímulo para el cumplimiento de todas las obligaciones de tu estado, así las grandes como las más insignificantes.

Acaso te verás obligado a reconocer que, fomentando esas aficiones, te vuelves más frío en la piedad, menos sumiso a los estímulos de la gracia, más susceptible contra los que te amonestan, y menos amable a tus hermanos, y que te molestan más que antes las mil restricciones de la vida regular.

Si tu conciencia no te da respuestas francamente favorables en todas estas inquisiciones, si en algo te reprende, créame, esas amistades no te convienen, esas aficiones te hacen daño, y, por consiguiente vigílate y regula los movimientos de tu corazón. Aplícate el consejo del Santo Padre, y teme su terrible amenaza en que te dice: «Si en esto

te quieres dar alguna licencia, no sabrás ser religioso».

Pero no te digo que en absoluto rompas o evites el trato con esas personas, si hay justas razones para que sigas tratándolas. Solamente te digo que seas prudente y vigiles mucho los movimientos de tu corazón. El mismo Santo Padre dice: «El tratar con las gentes más de lo puramente necesario y la razón pide, jamás por santo que fuese a ninguno le fué bien». Fíjate que dice *«más de lo necesario y la razón pide»*. Y claro está que la razón y aún la caridad pedirán que a unos consagres más tiempo que a otros.

Luego, lo que el Santo pide es que regules tu afecto y tu trato con las gentes, por la razón y la prudencia y aun la caridad, y no por las inclinaciones o aficiones de tu corazón.

Hazlo así, y no será seguramente contra tí esta famosa Cautela y terrible amenaza del Santo.

12. Pero no vayas a creer que cumplirás fielmente la doctrina del Santo, si llegases a no sentir afecto por nadie, ni para nadie, pues debes tenerlo, y grande, y cuanto más vivo mejor, no sólo a Dios, sino también a todos los hijos de Dios que son todos tus prójimos, especialmente los que la Divina Providencia ha puesto junto a tí para que los ayudes, o te ayuden, o te den ocasión de merecer.

La frialdad de corazón para los demás no fué nunca, ni puede ser jamás señal de gran virtud cristiana y menos de perfección religiosa. La indiferencia o frialdad del corazón es señal de dureza

o a ella conduce, y esto, ya nos ha dicho el mismo Santo Padre, que no es hija de la caridad, sino del orgullo y del amor propio.

Y te advierto, hermano mío, y quiero que tengas bien presente esto: que no es tan *difícil regular* según Dios los afectuosos sentimientos del corazón, como *conservarlos* siempre vivos a través de tantas y tan variadas contrariedades como en el trato con nuestros prójimos necesariamente hemos de experimentar.

Cierto es que hay peligro de que el corazón tenga extravíos a causa de sus afectuosos sentimientos, pero mayor peligro hay en que se quede sin ningún afecto, y se muera de frío. Uno de los más grandes males que San Pablo notó en la humanidad, degradada por el antiguo paganismo, fué la falta de afecto entre los hombres.

Dios es caridad; y mejor participan de sus suaves influencias las almas que más se aproximan a El por la santidad de la vida que llevan. Gran tesoro ha recibido de Dios el que tiene un corazón naturalmente rico en afecciones. Para ser un santo no necesita más que saberlas regular y dirigir.

Dichoso el que en su corazón encuentra siempre un poco de bondad, de indulgencia y de afectuosa ternura para todos, sin distinguir clases ni personas. Esto asemeja a los Santos y aun al mismo Dios.

13. Aficionarse a determinadas personas, y dejarse llevar de esa afición, tan sólo porque naturalmente nos agradan o simpatizan, es propio de



caracteres débiles, de hombres añiados. Saber sujetar a la razón y a la prudencia esas naturales inclinaciones es de hombres serios que se estiman.

Para no querer a nadie, basta poseer un gran fondo de orgullo; pero para amar a todos es necesario ser muy bueno. Para no inclinarse, sino hacia los que a nuestros gustos e inclinaciones se adaptan y sólo a ellos mostrarse afectuosos, basta ser lo suficientemente fatuo o egoísta para verlo todo y tan sólo a través de la propia conveniencia.

Pero para mostrarse siempre afable, bondadoso y lleno de afecto a todas las personas que nos rodean, cualesquiera que sean sus condiciones personales, su carácter y su posición social, exige un esfuerzo tan grande, un sacrificio tan continuado de pequeñas susceptibilidades y de vivas inclinaciones, que resulta imposible sin grandes virtudes y abundantísima gracia de Dios.

Y, por consiguiente, hermano mío querido, no creas que el ideal de la virtud cristiana consiste en rodear de hielo al corazón para que a todo se haga insensible, a nadie quiera y de todos se olvide. Consiste en defenderle eficazmente, no sólo contra todo lo que puede extraviarle en la manifestación de sus afectos, sino también contra todo lo que puede robar o marchitar su perpétua lozanía. La eterna juventud del corazón a través de los secos y agostados eriales de la vida humana es la característica de los Santos.

Créame que la perfecta virtud cristiana, y la gran perfección religiosa consiste, no en que olvi-

des y desames a los demás, sino en que te olvides y desames a tí mismo; consiste en que, con perfecto olvido de tí, te sepas desvivir y sacrificar por los demás, prodigando siempre a todos bondades, afectos y ternuras, esperando únicamente de Dios la recompensa.

Esto depura más eficazmente el corazón, y agrada más a Dios y granjea mayor gloria que las más sangrientas penitencias y que la ejecución de las obras más ruidosas. Y no pienses que no sea esta la doctrina genuina de Nuestro Santo Padre y el verdadero fin que en todas sus enseñanzas se propone. Es él quien tan delicadamente ha escrito: «Los limpios de corazón son llamados por Nuestro Salvador, Bienaventurados; pues la bienaventuranza no se da por menos que amor». (1)

Mira que somos hijos de aquella mujer insigne que, como mujer y como Santa, tan hermosamente cantó:

Dichoso el corazón enamorado

que sólo en Dios ha puesto el pensamiento,

y de un Santo que nos dice: «La mayor honra que podemos dar a Dios es servirle según la perfección del Evangelio; y lo que es fuera de esto, es de ningún valor y provecho para el hombre». (2)

Y por lo tanto, el fin a que tienden todas las en-

(1) Aviso 161.

(2) Aviso 242.

señanzas de Nuestro Santo Padre; el efecto que con ellas quiere producir en el espíritu de todos sus hijos, no puede ser sino estimularnos eficazmente al más exacto cumplimiento de aquel divino mandato que encierra toda la doctrina del Evangelio, el que el Divino Salvador llamó *nuevo* porque el mundo no lo había conocido, y lo llamó *suyo*, como para indicar que es el cumplimiento y resumen de toda su doctrina: Os doy un mandato nuevo, que os améis unos a otros como yo os he amado».

Y lo dejó como distintivo de los suyos; y en esto conocerán todos «que sois discípulos míos, en el mutuo amor que os tuviereis». (1) Con esto quiso hacernos comprender que, bien entendido y practicado este mandato, solo él bastaba; y que sin él, todo lo demás no sirve para nada. Así lo entendió el Apóstol cuando dijo: «El que ama al prójimo cumplió la ley... puesto que la plenitud de la ley es el amor». (2)

Y por lo mismo, y, como resumen, dejamos bien consignado de que el fin del Santo Padre en esta Cautela, y en cualquier otra página de sus escritos, cualquiera que parezca el sonido de la letra, no es enfriar el corazón de sus hijos y devotos, ni en el amor a Dios, ni en el amor a los hombres. Lo que el Santo pretende, como bien lo declara en otra parte de sus obras, es que no seamos como niños en el modo de querer y de sentir, ni en

---

(1) Joann, XIII-34, 35.

(2) Rom. XIII-8, 10.

la manera de ostentar y nutrir nuestros afectos y sentimientos. Su último ideal es hacernos hombres de corazón, tan robusto y tan sano, tan olvidado de sí, y tan lleno de afecto para Dios y para los hombres que seamos capaces de amar como Jesús amó.

que el Divino Salvador llamó mundo nuevo por el mundo no lo llama conocido y lo llama nuevo, como para indicar que es el cumplimiento y resumen de toda su doctrina: Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros como yo os he amado.

Y lo dice como distintivo de los suyos: y en esto conocerán todos «que sois discípulos míos, en el mismo amor que os tuveis». (1) Con esto tal vez podamos comprender que, bien entendido y practicado este mandamiento solo el bastaba, y que sin él, todo lo demás no sirve para nada. Así lo entendió el Apóstol cuando dijo: «El que ama al prójimo cumplió la ley... puesto que la plenitud de la ley es el amor». (2)

Y por lo mismo, **conclusión** resumida, dejemos bien consignado de que el fin del Santo Padre en esta Cautela, y en cualquier otra página de sus escritos, cualquiera que parezca el sonido de la letra, no es entlar el corazón de sus hijos y devotos, ni en el amor a Dios, ni en el amor a los hombres. Lo que el Santo pretende, como bien lo dice clara en otra parte de sus obras, es que no seamos como niños en el modo de querer y de sentir, ni en

## CAPITULO V.

## SEGUNDA CAUTELA CONTRA EL MUNDO

## LOS BIENES MATERIALES

1. TEXTO DEL SANTO.—2. LOS BIENES TERRENOS SON EL SEGUNDO PELIGRO PARA LA VIRTUD.—3. ES NATURAL Y LÍCITO CIERTO AFECTO A POSEER. LO MÍO. HERMOSO PASAJE DE SAN JUAN DE LA CRUZ. 4. COMO EL HOMBRE HA PROFANADO Y DESVIADO EL DESEO DE POSEER. NO HAY QUE DESTRUIRLO, SINO EDUCARLO.—5. FUENTE INAGOTABLE DE DESÓRDENES. EL DIVINO MÉDICO.—6.—AMENAZAS Y ENCOMIOS.—7. DIVINAS PROMESAS A LOS POBRES DE ESPÍRITU.—8. NI RIQUEZAS NI MISERIA.—9. EL VOTO DE POBREZA Y LA VIRTUD DE LA POBREZA. UNA DEFINICIÓN DE SANTO TOMÁS. RICOS PÓBRES Y POBRES RICOS.—10.—CUÁN FÁCILMENTE SE APEGA EL CORAZÓN A LAS COSAS TEMPORALES. NO IMPORTA QUE SEAN PEQUEÑAS.—11. LA RUINA DE MUCHAS ALMAS.—12. MANANTIAL DE PAZ. CITA NOTABLE DEL SANTO.

1. «La segunda *Cautela* contra el mundo, es acerca de los bienes temporales; en lo cual es menester, para librarse de veras de los daños de este género y templar la demasía del apetito, aborrecer

toda manera de poseer. Ningún cuidado debes tener de ello; no de comida, no de vestido, no de otra cosa creada, ni del día de mañana, empleando este cuidado en otra cosa más alta, que es buscar el reino de Dios, que lo demás como su Majestad dice, nos será añadido; pues no ha de olvidarse de tí el que tiene cuidado de las bestias. Con esto adquirirás silencio y paz en los sentidos».

2 La vida religiosa tiene por fin principal libranos de todos aquellos impedimentos que nos pueden estorbar la consecución de la perfecta caridad, como nos enseña el Angel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino. (1) El fin, pues, de la vida religiosa, como de la moral cristiana, es depurar el corazón de todo aquello que le impida amar según Dios quiere que ame.

Pero pueden desvirtuar y torcer los movimientos de nuestro corazón, no sólo nuestros prójimos, sino también los bienes materiales, especialmente los que expresamos con el nombre genérico de riquezas.

Por esto Nuestro Santo Padre después de amañarnos en la primera Cautela en orden al amor que debemos a nuestros semejantes, nos instruye en esta segunda en orden al afecto a las cosas de la tierra. También aquí se muestra enérgico, y al parecer riguroso, Nuestro Santo Padre. «Es menester—nos dice—para libranos de veras de los daños de este género, y templar las demasías

(1) II-II.

del apetito, aborrecer toda manera de poseer». Y la razón nos la dá el Santo en uno de sus admirables pensamientos, cuando dice: «Los bienes inmensos de Dios, no caben sino en un corazón vacío y solitario». (1)

Pero es necesario entender bien esta doctrina para que, siendo bien comprendida, sea mejor estimada, y nos parezca más fácil de practicarla.

3. No es malo cierto afecto a las cosas de la tierra en cuanto son medios naturales para fines justos y honestos. En este sentido ese afecto no es en sí malo, puesto que nos es natural. Dios mismo cuando creó al hombre le mostró las bellezas y tesoros de la creación, y le constituyó señor de todo. «Llenad la tierra y subyugadla, y dominad los peces del mar, las aves del cielo y cuanto en la tierra tiene vida y se mueve en ella». (2)

Así habló Dios a los dos primeros padres del género humano. Les constituyó reyes y señores; y nosotros, sus hijos, aunque tan empobrecidos por el pecado, hemos heredado el deseo de ejercer también nuestra parte de aquel dominio y de aquella realeza que a ellos se concedió.

Por esto el anhelo de poseer algo como propio está como connaturalizado en el corazón humano. Por lo mismo la palabra *mío* naturalmente tiene un encanto fascinador; suena siempre muy agradable al oído.

(1) Aviso 353.

(2) Gen. 1-28 sgs.

Y La pronuncian con sencillo e inocente placer los niños, mostrando sus fruslerías de juego, y la repiten con orgullo altanero los magnates de la opulencia, señalando sus palacios, sus industrias y sus haciendas.

Luego, si esta palabra encuentra siempre tan dulce eco en el fondo del alma, es porque corresponde a una aspiración natural del espíritu humano, y por consiguiente, no hay que condenarla sin previo examen, ni siquiera en nombre de la mística, pues jamás una verdad nos puede parecer desconforme con otra verdad, sino porque no entendemos alguna de las dos.

Dios no ha dado una capacidad casi infinita al corazón para tener el placer de verlo siempre hambriento; ni ha creado tan bellas las criaturas para que las aborrezcamos; ni nos dió el poder de poseerlas y dominarlas para que de ellas estuviéramos absolutamente divorciados. Lo que quiere Dios de nosotros es la perfecta educación de nuestra facultad de amar y poseer.

El mismo Santo Padre, cuando nos recomienda el desprendimiento de todo, no lo hace sino para que en Dios lo poseamos todo. Por esto él mismo se deleita en repetir la misma palabra *mío* en estas páginas bellísimas: «No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu único hijo Hijo Jesucristo, en que me diste todo lo que quiero. Por eso me holgaré que no te tardarás si yo espero. Míos son los cielos, y mía es la tierra; mías son las gentes, los justos son míos y míos los pecadores; los án-



geles son míos y la Madre de Dios y todas las criaturas son mías, el mismo Dios es mío y para mí. ¿Pues qué pides y buscas, alma mía? tuyo es todo esto y todo es para tí. No te pongas en menos y pares en mijajas que se caen de la mesa de tu Padre. Sal fuera y gloríate en tu gloria. Escóndete en ella y goza y alcanzarás las peticiones de tu corazón». (1)

Así, pues, la inclinación a poseer y sujetar a sí los bienes materiales, tan profusamente repartidos por Dios, lejos de ser mala en sí misma, corresponde al mandato del mismo Dios a los hombres en la persona de nuestros primeros padres. «Replete terram et subjicite eam et dominamini». Llenad la tierra, subyugadla y dominad... He aquí el lenguaje de Dios a la humanidad, y la palabra de Dios jamás se pierde en el vacío. Antes de pronunciarla Dios prepara en el fondo del espíritu humano una disposición a recibirla, y dejó en el mismo para ejecutar los designios de esa palabra, anhelos tan profundos e indestructibles como la misma naturaleza humana.

4. Pero el hombre que radicalmente nada puede destruir en sí de lo que le es natural, sino destruyéndose a sí mismo, lo puede todo profanar y empobrecer. Puede *desviar* de su propio objeto las más nobles aspiraciones de su espíritu.

Así lo ha hecho con esa natural aspiración a poseer, pues la convirtió en fuente copiosísima de

---

(1) Aviso 25. Oración del Alma Enamorada.

desórdenes que han traído sobre la humanidad entera males sin cuento. Aficionándose con exceso a esos mismos bienes que Dios le dió para su servicio, ha cometido *injusticias* enormes contra su hermano, a quien ha pretendido privar del derecho de participar de esos mismos bienes en la medida que le corresponde; ha sido ingrato a Dios, poniendo en esas criaturas el amor que sólo a Dios era debido; y ha desvirtuado y profanado la creación, pues los bienes que le fueron concedidos para que con ellos ejercitara su razón, gobernándolos, y su corazón, poniéndolos al servicio de Dios y de sus semejantes, los ha convertido en pedestal y trono de su orgullo, desde donde cree poder insultar a Dios y despreciar y oprimir a sus hermanos.

Si toda aspiración propiamente natural del espíritu humano es indestructible, pues procede de la misma naturaleza, no hay que pretender destruirla, sino educarla y vigilarla. Y esto con mayor cuidado cuanto nos es más connatural, porque si alguna vez la malicia humana llega a desviar sus naturales inclinaciones del propio objeto, si llega a inficionarlas, esa infición será profunda y sus efectos desastrosos.

5. Esto es lo que sucede con el amor a los bienes temporales. El deseo de poseer, Dios lo puso en nuestra alma y lo hizo bueno, honesto y santo. Pero el hombre lo ha convertido en fuente inagotable de males y desgracias. Por esto la Teología coloca a la avaricia entre los pecados capita-

les, porque es madre fecundísima de otros muchísimos desórdenes, como de una multitud incontable de pequeñas faltas que no son visibles, sino a ojos que estén muy depurados con la frecuente contemplación de las cosas de Dios.

La pobre sirvienta que de sus compras diarias descuenta no más que algunos céntimos, el comerciante que engaña a su clientela, el usurero que sin piedad desangra a sus desdichadas víctimas, el potentado que sepulta en la miseria a multitud de pequeñas fortunas para añadir algunos millones a la suya; la tímida religiosa que oculta una estampita para que su Superiora no disponga de ella, el ministro del Señor que escandaliza a los fieles en la forma de exigir el óbolo que todos deben al altar, y el religioso que en el manejo de esas cosas quebranta uno de los votos fundamentales de la vida religiosa, todos, cada uno a su modo, rinden tributo a la avaricia. Sin el desordenado deseo de poseer se evitarían grandes crímenes en el mundo, muchos escándalos en el santuario, y multitud de inquietudes en la vida religiosa.

Nuestro Divino Redentor vino a curar esta profunda llaga del corazón humano, y, si bien no la arrancó de la humanidad, la curó en muchas almas, y atenuó sus efectos entre la sociedad. Por esto el Salvador, con grandísima extrañeza de cuantos no entienden su espíritu, se mostró amantísimo de la pobreza de espíritu, y la ensalzó con su ejemplo y con su doctrina. Nació pobre, pobremente vivió,

de pobres estuvo siempre rodeado, y finalmente, murió en la mayor de las indigencias.

6. Y como si el propio ejemplo no fuera suficiente, Jesús consagró una gran parte de su predicación a encomiar la pobreza y amenazar a los enemigos de ella. Muchas veces fustigó con soberana energía a los desordenados amadores de los bienes de esta vida.

Con una indignación, hasta entonces nunca vista en Él, arrojó del templo a los que hacían lucro en la casa de Dios (1) y tuvo imprecaciones tan terribles como estas: «Ay de vosotros, ricos, que tenéis aquí vuestra consolación». (2) «Qué difícil es que los poseedores de riquezas entren en el reino de los cielos». (3) «Os aseguro que es más fácil pasar un camello por el agujero de una aguja, que un rico entrar en el reino de los cielos». (4)

En cambio comenzó su predicación con aquel sublime himno en alabanza de los pobres y humildes. «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos... Bienaventurados los limpios de corazón... (5) Identificó su persona con la de los pobres, prometiendo a los servicios que se prestaron a ellos igual recompensa que a los que a El mismo fueron hechos». (6)

Y para quitar del corazón humano toda dema-

(1) Joann. II-15.

(2) Luc. VI-24.

(3) Luc. XVIII-24.

(4) Matt. XI-24.

(5) Matt. V-3 y sgs.

(6) Matt. XXV-40.

sa en orden a los bienes temporales, dirigía a sus discípulos estas pláticas tan familiares, tan encantadoras y tan sublimes, si se tiene en cuenta que es el mismo Hijo de Dios quien platica con unos pobres hombres, que han de reformar el mundo. «Contemplad las aves del cielo: no siembran ni siegan, ni amontonan en los graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis mucho más vosotros que ellas?... Mirad los lirios de los campos; no labran ni hilan, y no obstante, os aseguro que ni Salomón en el esplendor de su gloria se vistió como uno de estos. Pues si de la hierba del campo, que hoy es y mañana es arrojada al horno, Dios así cuida, ¿cuánto más cuidará de vosotros, hombres de poca fé? Porque bien sabe vuestro Padre que de todas estas cosas tenéis necesidad. Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia y todo esto se os dará por añadidura». (1)

7. Y como si esto fuera aún poco para desapegar al pobre corazón humano, sancionó su doctrina con espléndidas recompensas, a los que dejaran por su amor los bienes de la tierra. Les prometió el ciento por uno de lo que dejaran, y después la vida eterna, y tenerlos a su lado como asesores cuando venga a juzgar al mundo. (2)

Así ya no es extraño que tanta multitud de almas, con la mirada fija en Dios, hayan sabido despreciar tan generosamente los bienes terrenos.

(1) Matt. VI-26 y sgs.

(2) Matt. XIX-28 y sgs.

Jamás hubo un Santo que no fuese pobre de espíritu. Y todos los que nos hemos impuesto como una obligación el empeño a conseguir la perfección, hemos jurado dejar los bienes de la tierra a imitación de Jesucristo, pues el voto de pobreza es una de las condiciones necesarias para la vida religiosa. No es posible que prospere una Orden religiosa sin el espíritu de pobreza en sus individuos.

8. Pero, como al fin, las Ordenes religiosas no se componen de Angeles, sino de hombres, y como hombres tienen múltiples necesidades de casa, comida, vestido, etc. y no hay que pedir a la Divina Providencia que como ley ordinaria provea a todas esas necesidades por milagro, no se prohíbe ni que la Orden posea, ni que cada uno de sus individuos, según sus alcances, sin perder la paz de su espíritu y sin perjuicio alguno del fin principal de su vocación, cuiden de los bienes materiales. Pero esto tan sólo según convengan para cumplir mejor con el espíritu de la Orden.

Dios bendice la pobreza, pero no la miseria. Las riquezas son un peligro para la virtud, pero es muy difícil que se conserve la paz del espíritu en una casa donde falte hasta lo preciso. Lo importante, lo necesario para la virtud, y según el espíritu de San Juan de la Cruz, no es que se carezca de todo, sino que las cosas materiales sean de tal manera atendidas que, ni por ellas el espíritu de la Comunidad, o de la Orden se distraiga en lo más mínimo del fin principal que es el *reino* de los cie-

los, ni el corazón de algún religioso se aficione excesivamente a ellas.

9. Para esto están el voto y la virtud de la pobreza; el voto que es una *negación*, y la virtud que es una soberana *afirmación*. El voto nos señala lo que es necesario *evitar* en los bienes materiales para no destruir un principio necesario a la vida religiosa; y la virtud nos mueve a *proceder* en estos mismos bienes conforme al espíritu de Nuestro Señor Jesucristo.

No es frecuente que las personas religiosas quebranten el voto de pobreza, al menos en materia grave. Aunque no estaría de más que, de vez en cuando, se repasara no sólo la conciencia, sino también la Moral, pues el pecar, y aun gravemente contra el voto de pobreza, es más fácil de lo que ordinariamente se piensa, y la mala inclinación a apropiarse los objetos, ofusca muy fácilmente la conciencia.

Pero la intención del Santo Padre en esta Cautela no es ciertamente prevenir transgresiones contra el voto de la pobreza. En esto el Santo supone a sus hijos ya bastante avisados. Quiere afianzarnos en la virtud de la pobreza a la que el voto se ordena. El voto no es más que un medio, la virtud es el fin, y así como los medios de nada sirven, cuando no conducen al fin a que se ordenan, inútil resulta también el voto, cuando con su guarda no nos disponemos a la virtud de la pobreza, a la verdadera pobreza de espíritu, que es la que Jesucristo enseñó y los Santos tanto recomiendan.

Santo Tomás, resumiendo la doctrina de San Agustín y San Jerónimo, dice que la pobreza de espíritu es: Dejación de las cosas temporales, hecha en espíritu por instinto o moción del Espíritu Santo. Un anonadamiento de la hinchazón, o soberbia del espíritu. (1) Por consiguiente, si esta pobreza es en espíritu, no consiste en el bolsillo ni en la caja, en el vestido ni en la habitación, sino que está en el alma.

Si es por especial moción del Espíritu Santo, es una virtud sobrenatural, y como propio efecto suyo en el alma, la cura de la hinchazón y soberbia que en ella habían producido el desordenado afecto de las cosas materiales.

Está claro que uno puede manejar, y aún legalmente poseer, bienes temporales, sin que su corazón esté pegado o desordenadamente aficionado a ellos. San Fernando, San Luis y David no fueron realmente pobres, y no obstante, lo fueron de espíritu, sinó, no hubieran sido Santos. David decía en sus cánticos y oraciones a Dios: «Pobre soy yo y cargado de trabajos desde mi juventud... Este pobre llamó y el Señor le escuchó».

El voto de pobreza con que el religioso se inhabilita para poseer legalmente algo como propio, es un medio excelentísimo y muy eficaz para llegar a la pobreza de espíritu. Pero puede uno no haber quebrantado nunca el voto de la pobreza y ser realmente pobre, hasta indigente, y, no obstante,

---

(1) S. Tomás. II-II. Q. XIX, a. 12.



no serlo de espíritu, si en su corazón conserva algún afecto desordenado a cosas materiales. Y esta es también la doctrina de Nuestro Santo Padre, y no podía ser otra, pues esta es la verdadera. «No tratamos aquí del carecer de las cosas; porque eso no desnuda al alma si tiene apetito de ellas, sino de la desnudez, del apetito y gusto de ellas, que es lo que deja al alma libre y vacía, aunque las tenga; porque no ocupan el alma las cosas materiales, pues no entran en ella, sino la voluntad y apetito de ellas que moran en ella». (1).

10. Pero el Santo, como experimentado maestro, nos recomienda suma vigilancia en esta materia. Y con razón, pues nos podemos fácilmente engañar a nosotros mismos. Con el deseo natural y justo de tener a nuestra disposición los bienes materiales que necesitamos para nobles y santos fines, se puede mezclar el orgullo y amor propio; y por desgracia se introduce con demasiada frecuencia en las obras más santas. En el manejo de cosas materiales el egoísmo se puede mezclar y envolver entre nuestras mejores intenciones de un modo tan sutil que es difícil conocerlo. Tan sólo mediante la humilde oración, y frecuentes y muy serios exámenes de la propia conciencia, puede uno conocer qué espíritu le mueve. En la paz del corazón y sentimientos generosos con que se tratan los negocios de importancia se puede adivinar si es aquel *instinto* del Espíritu Santo de que nos

(1) *Subida del Monte Carmelo*. Libro 1.º, Cap. III.

habla Santo Tomás, o más bien, el amor propio lo que realmente impulsa y dirige nuestras acciones.

Y si de nuestra alma han desaparecido ya la hinchazón y la soberbia, cuya destrucción es el efecto propio del espíritu de pobreza, lo podemos conocer: en la *solicitud y diligencia* con que cada uno trata las cosas de la Orden, según su esfera de acción; en la *tranquila resignación* con que nos dejamos despojar de cualquier asunto, aun de nuestras prendas personales; y en la *paz y alegría* de espíritu con que aceptamos las mil pequeñas privaciones, o contrariedades a nuestros gustos con que en la vida regular necesariamente nos hemos de encontrar.

Sería, en verdad, una desgracia que después de muchos años de profesar vida de pobreza, estuviéramos aun muy lejos del espíritu de la pobreza de Jesucristo.

Al fundar la vida religiosa Nuestro Divino Redentor quiso que la terrible avaricia, que tan arraigada estaba en la humanidad, tuviera en los religiosos una constante represión, como continuadores de su espíritu de pobreza. Sería, pues, un escarnio al Evangelio; y un escándalo al mundo si en los religiosos se viese el mismo apego que en los seculares a cosas materiales.

Poco importa que lo que amamos con algún desorden sea en sí de poco valor, si al fin nos quita aquella pureza y libertad de espíritu que el Señor quiere en sus queridísimos pobres. Por esto nos dice

Nuestro Santo Padre: «Igualmente está detenida el ave para sus vuelos con los lazos de alambre recio, o del más sutil y delicado hilo, que la detiene; pues mientras no rompe el uno y otro estorbo, prisionera y cautiva a los lazos, no puede ejercitarse en el vuelo. Así también el alma que está presa por afición a las cosas humanas por pequeñas que sean, mientras duren los lazos no puede caminar a Dios» (1).

11. Gran ruina es para gran número de almas el olvido de esta doctrina. Creen porque su conciencia no los reprende de transgresiones graves contra el voto de pobreza, ya cumplen con Dios, y tienen derecho a que Jesús los cuente entre los pobres tan queridos de su corazón. Es un grave error, pues, sino trabajan en desnudarse de sus aficiones excesivas a un libro, a una prenda, a una celda, a un convento, a un lugar, no son pobres de espíritu, y más bien que las bendiciones de Dios, atraerán la indignación divina contra sí y contra su comunidad. Por esto nos dice también el Santo Padre: «Justamente se enoja Dios con algunas almas, porque habiéndolas con mano poderosa sacado del mundo y de ocasiones de graves pecados, son flojas y descuidadas en mortificar algunas imperfecciones, y por eso las deja ir cayendo en sus apetitos de mal en peor» (2).

Por esto nos dice el Santo que aborrezcamos toda manera de poseer que no sea con la libertad y

(1) Aviso 20.

(2) Aviso 215.

desapego que está explicado. Y es bien seguro que no se verá acosada por privaciones de lo más preciso ninguna Comunidad en la que todos se esforzasen en practicar la verdadera pobreza de espíritu. Pues, como dice el Santo, no ha de olvidarse de sí el que tiene cuidado de las bestias. En esto tiene Dios empeñada la palabra. Pero nos exige fidelidad a todos.

Hace más mal a una Comunidad una sola alma, inquieta, inmortificada, que muchos espíritus malignos. Uno solo era el culpable de haber quebrantado la ley entre muchos miles de fieles, y no obstante por aquel solo culpable Dios retiró su vista y su protección a todo el pueblo hasta que aquel solo fuera separado y castigado (1).

La presencia del avaro Judas cohibía a Jesús en la noche de la cena. Cuando Judas salió, Jesús se encontró entre puros amigos, y tuvo aquellas inefables confianzas que nos refiere San Juan. Una sola alma inquieta en una Comunidad perturba la paz de todos, y cohibe a Jesús de encontrarse entre solos amigos verdaderos.

12. La exacta observancia de esta Cautela del Santo Padre por todos, en una Casa religiosa, sería manantial perenne de paz entre las almas, y fuente de bendiciones, así en lo espiritual como en lo material.

Quiero terminar este capítulo con otra cita del Santo Padre: «Y miren que conserven el espíritu de

(1) Josue, VII-12.

pobreza y desprecio de todo; (sino, sepan que caerán en mil necesidades espirituales y temporales) queriéndose contentar con solo Dios. Y sepan que no tendrán, ni sentirán más necesidades que a las que quisieren sujetar el corazón; porque el pobre de espíritu en las menguas está más contento y alegre, porque ha puesto su *todo en no nada en nada*, y halla en todo anchura de corazón. Dichosa nada y dichoso escondrijo de corazón, que tiene tanto valor que lo sujeta todo, no queriendo sujetar nada para sí, y perdiendo cuidados para poder arder más en amor». (1)

1 Carta XV.

pobreza y desprecio de todo: (sino, sepan que cae  
 tan en mil necesidades espirituales y temporales)  
 queriéndose contentar con solo Dios. Y sepan que  
 no tendrán ni sentirán más necesidades que a las  
 que quisieren sustraer el corazón; porque el pobre de  
 espíritu en las menzuras está más contento y alegre  
 porque ha pasado su todo en no nada en su vida,  
 halla en todo anchura de corazón. Dichosa vida y  
 dichoso escondido de corazón que tiene tanto valor  
 que lo sustraen todo, no queriendo sustraer nada para  
 sí, y perdiendo cuidados para poder arder más en el

amor. (1)

CAPITULO QUINTO  
 De la vida de los santos en el mundo.

La vida de los santos en el mundo es una vida  
 de amor y de caridad. Los santos viven en el mundo  
 para amar a Dios y a sus hermanos. El amor es el  
 fundamento de toda la vida cristiana. Los santos  
 viven en el mundo para ser ejemplo a los demás.  
 El mundo es un campo de batalla para los santos.  
 Los santos viven en el mundo para vencer a los  
 demonios y a las tentaciones del mundo y de la  
 carne. Los santos viven en el mundo para ser  
 luz a los demás. Los santos viven en el mundo  
 para ser sal a la tierra. Los santos viven en el  
 mundo para ser alegría a los demás. Los santos  
 viven en el mundo para ser paz a los demás. Los  
 santos viven en el mundo para ser amor a los demás.

CAPITULO SEXTO  
 De la vida de los santos en el cielo.

La vida de los santos en el cielo es una vida  
 de gloria y de felicidad. Los santos viven en el cielo  
 para amar a Dios y a sus hermanos. El amor es el  
 fundamento de toda la vida cristiana. Los santos  
 viven en el cielo para ser ejemplo a los demás.  
 El mundo es un campo de batalla para los santos.  
 Los santos viven en el mundo para vencer a los  
 demonios y a las tentaciones del mundo y de la  
 carne. Los santos viven en el mundo para ser  
 luz a los demás. Los santos viven en el mundo  
 para ser sal a la tierra. Los santos viven en el  
 mundo para ser alegría a los demás. Los santos  
 viven en el mundo para ser paz a los demás. Los  
 santos viven en el mundo para ser amor a los demás.

## CAPITULO VI.

## TERCERA CAUTELA CONTRA EL MUNDO

## NO ENTROMETERSE EN ASUNTOS AJENOS

1. TEXTO DEL SANTO.—2. EL MAL EJEMPLO EN LA VIDA RELIGIOSA. LOS SANTOS FUERON HOMBRES PRÁCTICOS, Y SINCEROS.—3. LAS CAUSAS ORDINARIAS DE ESCÁNDALO.—4. FALTAS REALES EN LAS CASAS RELIGIOSAS.—5. EL DEMONIO TIENTA A LOS SANTOS. LA TIERNA ORACIÓN DE JESÚS PARA LAS ALMAS TENTADAS. SAN PEDRO, JOB. LOS AMIGOS DE JESÚS.—6. LA PROVIDENCIA QUIERE QUE SAQUEMOS PROVECHO DE NUESTRAS PROPIAS FALTAS.—7. LAS ALMAS GRANDES JAMÁS SE ESCANDALIZAN DE NADA. LAS DEBILIDADES HUMANAS SUELEN PERJUDICAR MÁS A LOS INOCENTES QUE LAS OBSERVAN QUE A LOS MISMOS QUE LAS PADECEN.—8. SALUDABLE CONSEJO Y ENÉRGICO LENGUAJE DEL SANTO PADRE.—9. UNA OBSERVACIÓN. LA VOCACIÓN ES UN GRAN DON DE DIOS. PERO NO NOS HACE IMPECABLES.—10. GRANDES VENTAJAS DE LA VOCACIÓN RELIGIOSA. MIRAR DESDE EL ÚLTIMO MOMENTO.

1. La tercera *Cautela* es muy necesaria para que te sepas guardar en el convento de todo daño acerca de los religiosos; la cual por no la tener

muchos, no solamente perdieron la paz y bien de su alma, pero vinieron y vienen ordinariamente a dar en muchos males y pecados. Esta es que te guardes con toda guarda de no poner el pensamiento, y menos la palabra, en lo que pasa en la comunidad; que sea o haya sido de algún religioso en particular; no de su condición, no de su trato, no de sus cosas, aunque más graves sean, ni con color de celo, ni de remedio digas cosa alguna sino a quien de derecho conviene decirlo a su tiempo; y jamás te escandalices ni maravilles de cosa que veas o entiendas, procurando tú guardar tu alma en el olvido de todo aquello.

Por que si quieres mirar en algo, aunque vivas entre ángeles, te parecerán muchas cosas no bien, por no entender tú la sustancia de ellas. Para lo cual toma ejemplo de la mujer de Lot, que porque se alteró en la perdición de los Sodomitas, y volvió la vista atrás, a mirar lo que pasaba, la castigó el Señor volviéndola en estatua de sal. Para que entiendas, que quiere Dios que, aunque vivas entre Demonios, de tal manera quiere que vivas entre ellos, que ni vuelvas la cabeza del pensamiento a sus cosas, sino que las dejes totalmente, procurando tú traer tu alma pura y entera en Dios, sin que un pensamiento de eso ni de esotro te lo estorbe. Y para esto ten por averiguado que en los conventos y comunidades nunca ha de faltar algo en que tropezar, pues nunca faltan demonios que procuran derribar los santos; y Dios lo permite para ejercitarlos y probarlos. Y si tú no te guardas, como



está dicho, como si no estuvieses en casa, no podrás ser verdaderamente religioso, aunque más hagas, ni llegar a la santa desnudez y recogimiento, ni librarte de los daños que hay en esto. Porque no lo haciendo así, aunque más buen fin y celo lleves, en uno o en otro te cogerá el demonio; y harto cogido estás, cuando ya das lugar a distraer el alma en algo de ello. Acuérdate de lo que dice el Apóstol Santiago: «Si alguno piensa que es religioso no refrenando su lengua, la religión de este vana es (Jacob. I, 26). Lo cual se entiende no menos de la lengua interior que de la exterior».

2. El mal ejemplo real, o tan sólo supuesto, de nuestros mismos hermanos de profesión, es el tercer obstáculo que el espíritu de mundo opone a la virtud de cada persona religiosa. El primer obstáculo ya hemos visto que es el amor no bien regulado a cualquier persona; el segundo, la afición desmedida a las riquezas; y el tercero el mal ejemplo que quizás nos parecerá ver en las personas que han profesado las mismas leyes que nosotros y en cuya compañía hemos de vivir. Para preveniros contra este peligro escribió esta tercera Cautela San Juan de la Cruz.

Se ve que el Santo considera este tercer obstáculo como mucho más peligroso que los otros dos anteriores, pues esta Cautela contra dicho obstáculo es más extensa, y se nota mayor encarecimiento en los consejos que contiene; y además, en el primero de los célebres «Cuatro avisos a un religioso» el Santo Padre trata la misma materia,

y casi con las mismas palabras la expone. Prueba que éste era un pensamiento predominante en su espíritu.

Como quien conocía bien los estragos que el mal ejemplo produce en la vida religiosa, quería el Santo tener contra él muy prevenidos y avisados a sus hijos. Por esto nos habla un lenguaje tan enérgico, y tan verdadero que nos revela un espíritu lleno de solicitud y de prudencia. He aquí una prueba de que los verdaderos místicos son hombres eminentemente prácticos, a pesar de que ordinariamente moran en las alturas, envueltos en purísimos idealismos. Nuestro Santo Padre vivía habitualmente unido con Dios; pero esto no le hacía perder de vista las personas y cosas que le estaban confiadas. En esta Cautela se nos manifiesta un perfectísimo conocedor de la realidad de la vida, hasta en sus menores detalles y señala sus defectos y peligros con una precisión que asombra; y aún su lenguaje podría parecer algo imprudente, y poco caritativo a las almas excesivamente tímidas, o a los espíritus menos sinceros.

Si esta Cautela, tal como la hemos copiado, no hubiera sido escrita por un Santo, y un Santo como San Juan de la Cruz, es seguro que sería considerada por algunos como poco caritativa, y aun quizá, como injuriosa a las Ordenes religiosas; pero los Santos son así. Ante todo son amigos de la verdad, y, por lo mismo, son sinceros. No creen que la virtud verdadera tenga que ocultar nada; son realistas de buena ley; ven las cosas y las

personas como son; y según ven las cosas, las dicen; y tal como son las personas las aceptan para instruir las, y las estiman.

Por esto el Santo establece sin más rodeos esta afirmación que podría sonar tan mal a oídos no acostumbrados a oír de la verdad y de la virtud más que la mitad: «Ten por averiguado que en los conventos y comunidades nunca ha de faltar algo en que tropezar».

3. Lo que quiere decir que, quien no esté muy avisado, encontrará siempre en la vida religiosa de sus hermanos algo de que escandalizarse. Y la causa o motivo de ese escándalo, lo mismo que en el mundo, puede ser de dos maneras. Y es preciso distinguir las bien para no ser víctima de nuestros propios errores. Unas veces el motivo, o causa de escándalo no está más que en la persona que se escandaliza. Está en su ignorancia, porque en su inteligencia desconoce los verdaderos motivos que los otros tienen para obrar; o está en su propia falta de rectitud de sentimientos, porque en su corazón se inclina con demasiada facilidad a echar a mala parte las acciones de sus hermanos. El noventa y nueve por ciento de los escándalos en casas religiosas tienen por origen verdadero una de estas dos causas, (o las dos a la vez) ignorancia, o falta de rectitud en los que se escandalizan.

Cuando el espíritu no está muy depurado por el profundo conocimiento de las propias debilidades, ni el corazón muy henchido de caridad y nobles sentimientos, se cree ver siempre algunas

manchas en las reputaciones ajenas. También en lo moral, los colores son más subjetivos que objetivos. Las personas nos aparecen, no tanto según ellas realmente son, cuanto según nosotros somos. No hay virtudes, por limpias que sean, que no aparezcan con algunas manchas a las almas enfermas.

Por esto Nuestro Santo Padre nos dice tan sabiamente: «Si quieres mirar en algo, aunque vivas entre ángeles, te parecerán muchas cosas no bien, *por no entender tú la substancia de ellas*».

4. Otras veces el motivo de escándalo es exterior, como cuando vemos que otras personas realmente faltan. También este escándalo puede existir y de hecho existe en el claustro; pues algunas veces veremos en nuestros hermanos, y ejecutaremos nosotros mismos, acciones no edificantes. No somos ángeles, sino hombres. No hemos llegado todavía a aquella dichosa mansión de paz que esperamos; caminamos aún por campos donde hay continua lucha, espinas y lodo. Por esto veremos algunas veces que nuestros hermanos llevan sus vestiduras un poco salpicadas de barro; quizá las veamos con algunas heridas que manan sangre; tal vez presenciemos que alguno cae lastimosamente. Y en verdad que ninguno puede considerarse completamente libre de todo esto mientras por la tierra caminamos.

He aquí porque el Santo en esta Cautela, tan paternalmente nos previene con estas palabras, llenas de caridad y prudencia: «Jamás te escandalices, ni maravilles de cosa que veas o entiendas... pues

nunca faltan demonios que procuran derribar a los santos; y, Dios lo permite para ejercitarlos y probarlos».

5. Además de las flaquezas inherentes a la empobrecida naturaleza humana, que en verdad son muchas y de las que tanto nos cuesta depurarnos, hay las frecuentes instigaciones del espíritu maligno. El Espíritu Santo nos amonesta con mucha frecuencia que estemos prevenidos contra las asechanzas del demonio. Por San Pedro nos dice que el diablo anda siempre cercándonos como león rugiente, buscando a quien devorar (1). Y Nuestro Señor nos advierte que es el demonio quien arranca del corazón del hombre la semilla de los buenos pensamientos que en él había depositado la palabra de Dios. (2). Y el mismo Salvador le previno a San Pedro como Satanás había podido tener a su disposición a los Apóstoles para poderlos molestar zarandeándolos como zarandea el labrador en la criba los granos de trigo, «Simón, Simón le dijo Jesús, mirad que Satanás os ha pedido a fin de cribaros como trigo. Mas yo he pedido para que no falte tu fe. Y tú, ya convertido, confirma a tus hermanos». (3)

Es de advertir que en vista de las tentaciones que habían de pasar los Apóstoles y en general todos los fieles, Jesús oró por ellos, pero, en su oración omnipotente, no pidió que el demonio no pudiera tentar a sus discípulos tan queridos, ni tampoco

(1) I Petr. V-8.

(2) Luc. VIII-12.

(3) Luc. XXII-31, 32.

que no les pudiera hacer daño alguno. Pidió solamente que jamás claudicara en la fé el príncipe de los Apóstoles, y por consiguiente sus sucesores. Pero el primer Apóstol fué tentado, y, lo que es más, fué vencido, pues cayó en la tentación.

Pero esto mismo entraba en los designios de la Providencia el permitirlo; porque así, ya convertido, y enseñado en su propia experiencia, pudo cumplir el encargo de Jesús: «Tú, ya convertido, confirma a tus hermanos, esto es, instrúyelos, prevenlos y alientalos».

También en orden al Santo Job le dijo Dios a Satán: «Está en tus manos, pero conserva su vida» (1). Esto es, «haz con él lo que quieras; mortifícale como te plazca, con tal de que no le quites la vida». Esta es también la condición que Dios le pone al diablo, cuando lo permite que nos tiente; no deja que las embestidas del enemigo sean más recias de lo que nosotros, con la gracia divina y nuestro esfuerzo personal, podemos soportar. «Dios es fiel y no permitirá que seáis tentados sobre vuestros esfuerzos», nos dice San Pablo (2). Nuestro Señor Jesucristo en el sublime, y a la vez tiernísimo sermón de despedida de sus discípulos, cuyo texto en San Juan deberíamos leer con frecuencia de rodillas todos los sacerdotes y religiosos, oró por los Apóstoles y por todos los que por la palabra de ellos habían de creer en Él (3). Y por consiguiente, oró por cada

(1) Job. II-6

(2) I ad Corin. X-13.

(3) Joann. XVII-20.

uno de nosotros que estábamos presentes a su inteligencia y a su corazón, lo mismo que para cada uno de los Apóstoles que tenía ante sus ojos. «Padre mío, decía el dulcísimo Maestro, he guardado estos que Tú me diste... No son del mundo, como yo tampoco soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes de mal» (1).

Quiere, pues, Nuestro Divino Redentor que hasta sus mejores amigos pasen por el mundo, esto es, por este valle de lágrimas y lugar de peligros. Y esto para qué, sino para que sean tentados y probados?. Mientras vivamos, pues, en este mundo, a cualquier parte que volvamos la vista encontraremos peligros y veremos deficiencias o defectos, y nosotros mismos seguramente no nos veremos libres de ellos; y, aún quizá, algunas veces tendremos que presenciar tristes caídas.

6. Pero la permisión de faltas, así de las grandes como de las pequeñas, entra en los designios de la Divina Providencia. Muchas veces para mayor bien de las mismas personas que faltan. Así David, aunque se dolía amarguísimamente de su caída le decía al Señor: «Fué para mí un bien, porque me humillaste para que conozca tus justificaciones» (2). Y el Eclesiástico decía también: «*Multa vidi errando*, muchas cosas aprendí en mis yerros» (3). Porque, «qué sabe el que no ha sido tentado?. El varón experimentando en muchas cosas, mucho reflexionará» (4).

(1) Joann. XVII-12, 14, 15.

(2) Psal. CXVIII-71.

(3) Eccli. XXXIV-12.

(4) Eccli. XXXIV-9.

Otras veces las permite Dios para nuestro escarmiento y vigilancia, para que estemos más avisados, y, viendo caer a nuestro hermano, tengamos más cuidado de no caer en aquella misma falta o en otras mayores; que por esto nos amonesta el Apóstol: «El que está en pie, tema, no sea que caiga también». (1)

7. Así, pues, el que fácilmente se escandaliza de las faltas que ve y por ellas desestima a sus hermanos, da prueba de ignorar tanto las leyes que la Divina Providencia quiere guardar en la santificación de las almas, como la gran debilidad propia y ajena. Casi siempre, ese escándalo denota una gran falta de rectitud de espíritu en quienes lo padecen. Suele ser no más que un pretexto para murmurar del prójimo, y para excusar o disimular la falta del afecto y estima que el escandalizado murmurador debe a sus hermanos.

Las almas grandes nunca se escandalizan de nada; y por faltas que vean, jamás retiran al prójimo su estimación y su afecto.

Las faltas, y en especial entre personas religiosas, generalmente hacen más daño a los incautos que las ven y en ellas se fijan, que a las mismas personas que las cometen. Por esto nos amonesta también el Espíritu Santo por estas notables palabras: «No seas insidioso, ni busques la impiedad en la casa del justo, ni destruyas sus cosas. Porque el justo caerá siete veces y otras tantas se le-

---

(1) I ad Cor. X-12.



vantará» (1). Como si dijera, «porque hayas visto que tu hermano ha caído, él que por lo demás sabes que es bueno y justo, no debes empeñarte en pensar que su falta es mayor de lo que parece. No seas insidioso, o perverso, buscando otras faltas, o agravantes de esta misma falta, que no existen sino en tu malicia. No destruyas sus cosas; esto es, su buen nombre, su fama, porque él caerá, y caerá siete veces, y otras tantas se levantará; mientras tú, que le observas y criticas, continuarás en tu gran pecado de falta de caridad e indulgencia con los que suponemos han caído».

8. Para evitar todos estos males, San Juan de la Cruz nos aconseja y manda que apartemos el pensamiento de todo lo que menos edificante pudiéramos ver. Quiere que vivamos en la Comunidad en este punto, como si completamente solos en el mundo estuviéramos cada uno. «Que te guardes, nos dice, con toda guarda de no poner el pensamiento, y menos la palabra, en lo que pasa en la Comunidad; que sea o haya sido de algún religioso en particular; no de su condición, no de su trato, no de sus cosas». Y tan enérgico es el lenguaje de Nuestro Santo Padre que, así como primero nos ha dicho que, sin este retraimiento de lo que no nos interesa, no sabríamos estar en paz, aunque viviésemos entre ángeles, añade luego: «Para que entiendas, que quiere Dios que, aunque vivas entre demonios, de tal manera quiere que

(1) Prov. XXIV-15.

vivas entre ellos, que ni vuelvas la cabeza del pensamiento a sus cosas, sino que las dejes totalmente, procurando tú traer tu alma pura y entera en Dios».

Mayor encarecimiento ya no cabe en boca de un Santo. De grandísima importancia debe ser la doctrina que tan encarecidamente se nos recomienda.

9. Pero antes de entrar más de lleno en el fondo de ella, quiero resolver una objeción que podría ocurrir a cualquier persona, poco acostumbrada a reflexionar sobre estas materias.

«Si en la vida religiosa hay que ver también malos ejemplos; si hasta un San Juan de la Cruz ha creído que debía prevenirnos de que no nos escandalicemos de nada; si uno mismo puede caer; si el claustro no es un asilo seguro para la virtud, entonces no ha sido de gran importancia mi vocación; bien me hubiera podido quedar en el mundo y esforzarme en él para santificarme lo mismo que en el claustro».

Esos ratiocinios son especiosos, y no tienen validez. En cambio podrían ser peligrosos para el alma que se enredara en ellos.

Primeramente hay que recordar que la vocación no es del capricho de cada uno. «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros», decía Nuestro Salvador a sus discípulos, y repite diariamente a cada persona religiosa. «Os elegí para que dierais fruto y fruto permanente». (1). La

(1) Joann. XV-16.

vocación es un gran don de Dios a la cual están vinculadas las gracias que cada uno necesita para su santificación personal; y quien no la sigue es muy difícil que se salve. Por lo mismo, es un gran desatino pensar que podía haber estado mejor en el mundo, quien fué llamado por Dios a la religión; lo mismo que lo sería quien pensase, que en la religión se hubiera santificado mejor quien nunca fué llamado por Dios al estado religioso.

La vocación religiosa no nos hace impecables, ni los hace a nuestros prójimos, porque no es este el plan que se ha propuesto la Divina Providencia para santificarnos. Pero hace que las caídas sean menos frecuentes, y que de ellas nos levantemos más fácilmente que si en el mundo viviéramos.

10. Cuando ocurren en este punto algunas tentaciones contra la vocación religiosa, es bueno meditar detenidamente cada una de estas nueve ventajas que San Bernardo señala al estado religioso. Comparándolo con el estado secular, dice el melifluo Doctor: «En el estado religioso el alma vive con mayor pureza—cae más difícilmente—se levanta más presto—marcha con más precaución—está colmada de mayor número de gracias—disfruta de mayor paz—muere en más confianza—abrevia su purgatorio—gana una corona mayor.

Y por consiguiente, jamás ninguna alma sincera puede tener menos aprecio por la vida religiosa, porque, si bien es posible que vea algún mal ejemplo, en ninguna parte del mundo verá tan pocos; sí podrá tener y seguramente tendrá, tentaciones,

pero en ninguna parte le será tan fácil el vencerlas; y si puede ser que caiga, en ninguna parte le sería tan difícil caer, ni tan fácil levantarse.

En la hora de la muerte nadie se arrepiente de haber vivido en una Orden religiosa. Y en cambio, casi todas las personas del mundo querrían entonces haber vivido siempre en las Ordenes más austeras. No queramos durante la vida acariciar en nuestro corazón lo que sabemos que con su recuerdo nos atormentaría en la hora de la muerte. No quiero, ni por un instante, el afecto a lo que después no podría recordar sin remordimiento.

No acariciemos, pues, tentaciones contra la vida religiosa, sino más bien estudiemos más a fondo esta Cautela del Santo Padre, pues nos asegura que sin ella, ponemos en grave peligro el fruto de la vocación religiosa, mientras que con ella nos veremos libres del principal enemigo del alma.

Pero esto requiere capítulo aparte.

## CAPITULO VII

## CONTINUACIÓN

1. SEVERA AMONESTACIÓN, PERO ES PATERNAL.—
2. MURMURACIÓN INTERIOR. IGNORAMOS LAS INTENCIONES DE NUESTROS PRÓJIMOS.—
3. ESPÍRITUS ENFERMIZOS. NOTABLE OBSERVACIÓN DE SANTO TOMÁS: QUIÉN FACILMENTE JUZGA REVELA EL FONDO DE SU PROPIA ALMA.—
4. TERRIBLES AMENAZAS CONTRA LOS MAL PENSADOS. SANTO TOMÁS. SAN PABLO. EL SANTO EVANGELIO. DIOS ES MÁS BENIGNO QUE NOSOTROS EN JUZGAR A NUESTROS HERMANOS.—
5. ATENUANTES POCO SEGUROS.—
6. AUTO-INTOXICACIÓN. DE AQUÍ PROCEDEN LOS PECADOS DE LA LENGUA.—
7. DESTROZOS QUE PUEDE CAUSAR UNA PALABRA IMPRUDENTE. LOS MALECHORES DE LA LENGUA.—
8. OBSERVANDO EN SÍ MISMO LOS EFECTOS DE LA MURMURACIÓN ESCUCHADA.—
9. PECADOS DE LA LENGUA, LOS PEORES ENEMIGOS DE LA CARIDAD Y DE LA PAZ. LA SANTA ESCRITURA CONTRA LOS MURMURADORES.—
10. LOS MURMURADORES Y LA ESTATUA DE SAL. LAS MONTAÑAS DE CARDONA.—
11. ALMAS QUE CAUSAN ESTERILIDAD ALREDEDOR DE SÍ.—
12. LAS CASAS RELIGIOSAS EN LOS DESIGNIOS DE LA PROVIDENCIA. UN GRAN PELIGRO.—
13. OBSERVACIÓN OPORTUNA. UN SUPERIOR PRUDENTE.—
14. CIELO ANTICIPADO. PASAJE DE SANTA TERESA.

1. El Santo Padre nos dice que por no tener presente esta su tercera Cautela, «muchos no solamente perdieron la paz y bien de su alma, pero vinieron y vienen ordinariamente a dar en muchos males y pecados». Y en el primero de sus «Cuatro avisos a un religioso» en que recomienda exactamente la misma doctrina que en esta tercera Cautela, dice: «Y esto se mire mucho, que importa tanto que, por no lo guardar muchos religiosos, no sólo nunca les lucieron las otras obras de virtud y religión que hicieron, mas fueron siempre hacia atrás, de mal en peor».

Son demasiado graves estas palabras de Nuestro Santo Padre para que alguno de sus hijos deje de prestarles muy seria atención. Aquí se nos asegura que por hacer poco caso de este paternal aviso, muchos religiosos pierden el mérito de todas las obras de virtud que practicaron, y se colocan en una pendiente en que van de mal en peor y cuyo resultado es enredarse en un gran número de pecados y faltas.

Muy triste es el solo pensar, que es posible que, después de muchos años de vida religiosa, algunos quizás, no sólo hayamos perdido esos años de una vida llena de privaciones, sino que no hayamos conseguido más que colocarnos en una pendiente sin fin de faltas y pecados. Y es Nuestro Santo Padre quien nos asegura que son muchos los que esto les sucede.

2. Quiero señalar algunos de los muchos males en que se incurre cuando este sapientísimo consejo se ólvida.

Procediendo por orden lógico, el primer daño en que incurre el que a sí propio se constituye en observador y fiscalizador de los defectos de su prójimo, es la *propensión a juzgar* desfavorablemente a sus hermanos. En Teología se llama hacer juicios temerarios; y en lenguaje del Santo Padre debemos llamarlo *murmuración interior*, porque, al recordarnos en esta misma Cautela un texto célebre de la Santa Escritura, sobre el abuso de la lengua en el hablar, y del que hablaremos luego, pone el Santo esta breve y significativa anotación: «Lo cual se entiende no menos de la lengua interior que de la exterior». Y es necesario que esto les suceda a cuantos sean aficionados a observar y fiscalizar las acciones de sus prójimos.

Las diferencias de criterio son tantas cuantas las inteligencias y corazones. En todo orden, así en lo religioso, como en lo social y moral, hay ciertos principios o verdades, que podemos llamar dogmáticos porque en orden a ellas, cuando menos de hecho, estamos todos de acuerdo. Pero en orden a otras verdades secundarias y especialmente en la apreciación de detalles y de actos concretos, cada uno los ve y estima según la disposición de su propio ánimo. Además, en las acciones de nuestros prójimos no vemos más que lo que aparece, los actos en sí mismos; pero ignoramos casi siempre lo que primero deberíamos saber para juzgar con acierto, aquello que realmente hace a sus autores dignos de alabanza o de vituperio, esto es, la intención que tuvieron y que les impulsó a obrar.

Ignorando, pues, casi siempre el verdadero principio moral de las acciones ajenas, y siendo todos naturalmente propensos a juzgar según las particulares afecciones de nuestro espíritu, es inevitable que muchas veces no le parezcan disconformes a quien tenga por costumbre fiscalizarlas. Y está claro que quien ordinariamente juzga mal de las acciones ajenas, no puede pensar muy bien de quienes las ejecutan.

3. Sé bien que en todas partes y en todos los estados y en todas las clases sociales hay espíritus tan pobres, cuyos horizontes parece que no se extienden más allá de la vida privada o pública de sus prójimos. Es seguramente una gran desgracia ser así; lo conceptúo una verdadera enfermedad de espíritu. Pero la creo curable con la gracia de Dios y un poco de reflexión y estudio de sí mismo en quienes la padezcan.

A estos enfermos de espíritu yo les recomendaría meditasen seriamente esta doctrina de Santo Tomás de Aquino. Según este gran Maestro de la Teología, la propensión no ya a juzgar, sino tan sólo a *sospechar* mal del prójimo, supone ordinariamente *perversidad de corazón*. *Porque la inclinación de uno a sospechar mal del prójimo casi siempre procede: o de que él mismo es malo, y así quizá sin darse cuenta, juzga por sí a los demás; o bien de que a su prójimo le tiene alguna mala voluntad, sintiendo por él enfado, envidia, aborrecimiento o desprecio. Y así naturalmente experimenta cierta complacencia secreta en el mal que acontece a su*



hermano; y por lo mismo cree con facilidad aquello que le causa gusto o placer (1).

Esta doctrina del Angel de las Escuelas debería bastar para que siquiera por honor y por amor propio bien entendido, nos contuviéramos para no juzgar mal tan fácilmente a nuestros prójimos. Porque, según estas profundas observaciones de Santo Tomás, las sospechas o juicios desfavorables, fácilmente admitidos, retratan el fondo de nuestra propia alma, más bien que el de nuestro hermano.

Las imágenes permanecen invisibles en las placas fotográficas que las recibieron hasta que los agentes químicos las revelan. Y esa serie de malas sospechas o juicios sobre nuestro prójimo, manifiesta a nuestro propio espíritu, y al de quienes conocen esos juicios, el verdadero fondo de nuestro corazón; nos revelan las imágenes o sentimientos que los informan.

Cuando algún fino observador ha conocido nuestros desapiadados juicios contra nuestros hermanos, deberíamos sentir el rubor de haber manifestado algo que hasta por orgullo quisiéramos haber conservado siempre oculto. Y cuando hemos tenido la debilidad de complacernos en pensamientos contrarios a la caridad, bien podemos decir a nuestro corazón: «Pobre corazón mío, por esto que tan fácilmente piensas contra tu hermano conozco yo bien lo que tú realmente eres».

4. Pero si estas razones de propia conveniencia

(1) S. Tomás, II-II, Q. LX, a. 3.

no bastan para contenernos en nuestros juicios, deberán ser decisivas las de conciencia. Santo Tomás, después de las reflexiones que hemos consignado ya, estudia el aspecto moral de la cuestión, y discute así: «Cuando alguno por leves indicios *comienza* a dudar de la bondad de su prójimo, peca venialmente. Pero cuando por estos mismos indicios leves, da ya por cierta o supuesta la malicia de su prójimo, y esto en cosas graves, entonces peca mortalmente porque esto no puede ser sin algún desprecio del mismo prójimo» (1).

Y San Pablo es aún más enérgico en este tan conocido pasaje: «Eres inexcusable, oh hombre que juzgas, porque en esto mismo que juzgas a otro, a ti mismo te condenas» (2). Y a los Corintios les decía: «No pretendáis juzgar antes de tiempo. Esperad que venga el Señor, el cual iluminará hasta las profundidades de las tinieblas y manifestará las intenciones de los corazones» (3).

Pero el testimonio más convincente e inapelable contra el que juzga a su prójimo, es de la misma Verdad infalible, de Nuestro Señor Jesucristo: «No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados, porque con aquella misma medida que midiereis, seréis medidos» (4).

Es terminante la palabra del Divino Redentor.

(1) S. Tomás, *ut supra*.

(2) Ad Rom. II-1.

(3) I ad Cor. IV-5.

(4) Luc. VI-37, 38.

El, al juzgarnos, nos aplicará a cada uno, aquellos mismos juicios que nosotros hicimos de nuestros prójimos. Las pobres almas que padecen la manía de ocuparse mucho del prójimo, y que por cualesquiera apariencias que no les parezcan bien, se inclinan a pensar mal de él, deberían meditar todos los días sobre estas terribles palabras del Santo Evangelio. Por increíble que parezca, Dios mismo, conser la santidad infinita y la misma virtud esencial, juzga más benignamente de lo que solemos hacer nosotros, a nuestros hermanos, y nos dirige más paternalmente; no se extraña de nuestros defectos. Pues leemos en el Sagrado Libro de la Sabiduría: «Tú que eres el dominador de la virtud, nos juzgas con tranquilidad y con grande reverencia nos gobiernas» (1).

Pues si Dios nos amonesta que se ha reservado a Sí el derecho de juzgar al hombre, (2) que Él mismo no se apresura a juzgarnos, sino que, a pesar de nuestras faltas, nos mira con benignidad y nos gobierna con gran reverencia, no debemos nosotros anticiparnos al juicio de Dios, juzgando de nuestros prójimos por sus acciones, pues ya sabemos que, juzgando así, no hacemos sino formular contra nosotros nuestro propio juicio, que la Divina Justicia dice que nos aplicará cuando nos pida cuenta de nuestra vida.

5. Se, que casi nunca juzgamos por malicia,

(1) Sap. XII-18.

(2) Deut. 1-17.

sino por ignorancia, por ligereza. Pero será conveniente que no pretendamos asegurarnos mucho en esto, porque si bien es verdad, que la ignorancia, etc., suelen ser atenuantes poderosos (y mal andaríamos que no lo fuesen), también lo es que estamos obligados a saber las leyes de la caridad y de la justicia con nuestros hermanos. Es verdad que no suele ocultarse por mucho tiempo un odio real, o mala voluntad en un alma que se ha consagrado a Dios; pero también lo es que no se puede tener inclinación ordinaria a pensar mal de una persona, si contra ella no se abrigan en el fondo del corazón algo de desdén o desprecio; algún resentimiento o alguna envidia contra aquella persona de quién fácilmente nos inclinamos a pensar mal. Porque, casi nunca podemos juzgar mal de aquellas personas a quienes mucho queremos y estimamos. Y por lo tanto, el hábito de pensar mal del prójimo supone casi siempre algo de ruindad de corazón; y nos pone en peligro de cometer muchos y muy graves pecados contra la caridad y contra la justicia.

6. Además, cada uno puede experimentar por sí mismo, cómo el juicio temerario es una verdadera auto-intoxicación moral. Siempre que permitimos a nuestro pensamiento divagar sobre vidas ajenas, notaremos que nuestro corazón se ha resentido poco o mucho; no nos sentiremos tan benévolo hacia esas personas; nos costará un poco más trabajo el mostrarnos indulgentes y afables con ellas; pensando mal, uno mismo se envenena.

Y de esta falta de *silencio interior* procede otro manantial inagotable de faltas. Las múltiples faltas y pecados de lengua. La palabra es el envoltorio de la idea, la expresión de los sentimientos. Cada uno habla según piensa y siente. Algunas veces se puede fingir poniendo en desacuerdo la palabra externa con la palabra o pensamiento interior. Pero hacer esto siempre, fingir siempre, esto es imposible. Y por lo tanto, quien ordinariamente piensa mal, no es probable que hable siempre bien. La conciencia, la educación y la prudencia podrán hacer que sea mirado en sus palabras; pero si está acostumbrado a pensar desfavorablemente del prójimo, hablará también muchas veces con detrimento de la caridad, o de la justicia; porque al fin, siempre es verdad que *de la abundancia del corazón habla la boca*, como nos dice Nuestro Salvador. (1)

Y, por consiguiente, si de la falta de *silencio interior*, esto es, del hábito de fiscalizar las acciones del prójimo, nace la costumbre de pensar mal, de ésta procede la facilidad en criticar los actos de nuestros hermanos. La costumbre de pensar mal es la madre fecunda de esa numerosísima y desventurada prole, a que llamamos *pecados de lengua*. Su número es incontable, y su estrago en el mundo y en el santuario del claustro sólo Dios los puede conocer y ponderar.

7. No podemos apreciar los destrozos de una

---

(1) Math. XII-34.

roca, que se desprende de lo alto de una montaña, hasta que esté ya asentada en el fondo del valle. Una palabra de murmuración es como un peso que arrancamos del corazón, y lo arrojamos por una pendiente, cuya profundidad no podemos medir. Suele contener bastante amargura, algo de resentimiento y enfado, un poco de envidia y celotipia, y siempre mucho egoísmo. Es un desahogo que, lanzado por un corazón lastimado, va saltando de un corazón a otro corazón, de una conciencia a otra conciencia. A todos deja algo de su veneno o de su amargura, y se aumenta desproporcionalmente con el veneno de todos los ya envenenados con quienes se roza. Su resbalar sobre las almas es más desastroso que el roce del asqueroso reptil sobre las flores. Aquí desvanece unas ilusiones que eran puras e inocentes, y por lo mismo, dulces y encantadoras; allá deja un poco de su veneno en unas almas que vivían dichosa y confiadamente unidas. A este que se sentía feliz, le deja un poco de su malestar; y a aquellos, que ya estaban un poco recelosos entre sí, los separa definitivamente, poniendo entre ellos un bloque de hielo, si ya no levanta una montaña de odios. ¿Cuándo dejará de correr y destrozar esa bola de nieve, lanzada por un corazón frío, por que no tiene caridad, en momentos de imprudentes desahogos? Esto sólo Dios lo sabe, y los destrozos que producen únicamente El, que nada ignora, los conoce.

No es lugar este para un estudio sobre los pe-

cados de la lengua en sus múltiples formas. Hay grandes volúmenes escritos sobre esta materia y no debo intentar, ni tan sólo un brevísimo resumen. Sólo debo decir que todas las inconveniencias del juicio temerario son aplicables a la murmuración; con la agravante de que la acción de esta es exterior, y, por consiguiente, su campo es vastísimo, lo que no acontece con el mero juicio temerario, porque de por sí no daña sino al que lo forma y admite. Del juicio temerario dijimos que era una auto-intoxicación; pero la murmuración puede envenenar a todas las almas a cuya noticia llega.

Una gota de veneno infiltrada en la sangre, que recorriendo rápidamente venas y arterias, destroza los principios vitales del ser orgánico, no es tan activa como lo es muchas veces una palabra malévolas, y quizá tan sólo imprudente, lanzada sobre un corazón. Facilísimamente enfria la caridad, destruye la más delicada sensibilidad y envenena los más finos sentimientos. Es un malhechor de la peor calidad quien, a sabiendas, lanza una palabra insidiosa sobre un corazón que se sentía feliz, recibiendo y otorgando afectos que eran justos, sinceros y puros.

8. Dentro de sí mismo puede cada uno estudiar los efectos desastrosos de la murmuración, cuando la hemos oído recaer sobre una persona, de quien teníamos buenas referencias. Lo menos que nos queda, es algo de *duda*. Nos volveremos, pues, ún poco suspicaces y desconfiados; y, por

consiguiente, nos *pondremos en observación* sobre esa persona. Si se nos ha murmurado de todos, *observaremos a todos*. Y sólo un gran Santo puede soportar impunemente la observación continua de un espíritu perspicaz y desconfiado. Los defectos reales de las personas que tenemos en observación, se aumentan desproporcionalmente ante nuestro espíritu desconfiado; y así nos costará gran trabajo ser afectuosos con esas personas, y mostrarles confianza. Y seguramente que, cuando nosotros murmuramos, producimos en el alma de nuestros oyentes los mismos efectos que experimentamos, cuando oímos a otros murmurar.

9. Los pecados de la lengua son los más terribles enemigos de la caridad, y, por consiguiente, de la paz y confianza. Por esto nos dice el Espíritu Santo: «La palabra insidiosa transforma el corazón en el cual están el bien y el mal, la muerte y la vida, y la lengua dispone de los cuatro». (1)

Así no nos debe extrañar que sea tan terrible la Sagrada Escritura contra los pecados de la lengua. El Espíritu Santo que nos advierte que esos juicios que formamos de nuestros hermanos, esos mismos nos serán aplicados a nosotros el gran día del saldo de cuentas, nos dice también: «Por tus propias palabras serás salvado, o serás condenado». (2) La vigilancia de la lengua, se considera necesaria para que se pueda vivir en paz, pues nos

(1) Mat. XII-37.

(2) Eccl. XXXVII-21.



dice San Pedro: «Si amas la vida y deseas vivir días buenos, refrena tu lengua». (1) El Sabio llegó a decir que era «dichoso y bienaventurado aquel a quien su lengua nunca le hizo tropezar». (2) Y Santiago añadió que «ya era varón perfecto quien de palabra no falta». (3) Pero en cambio añadió esta terrible sentencia que en esta Cautela nos recuerda Nuestro Santo Padre. «Si alguno piensa que, sin refrenar su lengua es religioso, su religión es vana». (4) Según esto, la disipación de la lengua inutiliza en las almas consagradas a Dios todo el fruto de las obras buenas, o actos de virtudes que pueden practicar.

A todos los hijos y devotos de San Juan de la Cruz nos debe ser de eficaz estímulo para cumplir fielmente esta su célebre Cautela, la consideración de los muchísimos y terribles daños, que a las almas que quieren ser buenas, se siguen, cuando faltan al silencio, así al interior como al exterior.

10. Otro peligro señala el Santo Padre que amenaza a los *observadores* de los actos de sus prójimos. Es consecuencia de los dos males o daños que hemos estudiado ya. «Toma ejemplo, nos dice, de la mujer de Lot, que porque se alteró en la perdición de los Sodomitas, y volvió la vista atrás a mirar lo que pasaba, la castigó el Señor, volviéndola en estatua de sal». Las dos veces que

(1) S. Petr. III-10.

(2) Eccli. XXXV-II.

(3) Jac. III-12.

(4) Jac. I-20.

el Santo Padre, trata expreso esta materia, aduce el mismo ejemplo y es como una amenaza. Señal que en este ejemplo de la mujer de Lot, convertida en dura piedra de sal, veía el Santo una semejanza de lo que acontece a las pobres almas que por afición y no por prudente caridad, o deber de oficio, se ocupan de las acciones ajenas. También esas pobres almas se convierten moralmente en estatuas de sal, pues adquieren algunas de las cualidades que la sal tiene. La piedra de sal es dura, y también se endurecen los corazones que buscan sus delicias en revolver debilidades ajenas. Quien por placer se dedica a fiscalizar las acciones del prójimo, es casi imposible que conserve un corazón blando, lleno de bondad y de indulgencia para sus hermanos. Además, la sal es signo de esterilidad; junto a las rocas de sal no se desarrolla la vida.

En mi infancia contemplé muchas veces las famosas montañas de sal gema en Cardona. A veces me parecían hermosas, pero nunca dejaban de ser fristes. Cuando las variadísimas facetas de sus cristalizados picachos descomponían los rayos de luz solar, producían espectáculos hermosos. Pero en ellas no oía cantar las inocentes avecillas... No veía ninguna de las muchísimas flores que suelen embellecer y perfumar las demás montañas de mi tierra.

11. Heme encontrado muchas veces con personas, que, no por deber ni por caridad, sino por puro pasatiempo se dedicaban a la observación de

sus prójimos. Algunas de esas personas, a veces me han encantado por algún rato, pero pronto he sentido frío junto a ellas. Algunas pensaban bien y hablaban aún mejor; eran artistas afortunados que reproducían con maravillosa exactitud algunas de las debilidades que se ocultan en el fondo del alma humana.

Pero casi todos esos críticos *por gusto*, así los finos observadores de las debilidades del corazón humano, como los vulgares fiscalizadores de los actos externos del prójimo, me han parecido que extendían la esterilidad alrededor de sí; porque destruyen, o cuando menos, cohiben la vida de las almas. Su observación fina, su tino en *acertarle a cada uno el punto que más le duele*, su crítica dura y desapiadada, hace que los corazones expansivos se sientan como oprimidos delante de ellos. Y con recelos y desconfianzas no pueden vivir los corazones más hermosos. Si hubiera personas así en el claustro, serían una desgracia. Junto a ellas no podría haber sino esterilidad, como junto a las rocas de sal no se desarrolla la vida.

12. En los designios de la Providencia una casa religiosa ha de ser a manera de jardín ameno, donde se conserve siempre esbelto y lozano el árbol del amor que Nuestro Señor Jesucristo vino a plantar en el corazón y también en la conciencia de la humanidad. Aquí es donde se ha de conservar siempre vivo el gran precepto del Divino Salvador: «Amaos mutuamente como yo os amé». El ambiente que se aspire en las casas religiosas, ha de ser

de paz y de mutua confianza; la confianza y la paz son como el perfume combinado de todas las virtudes cristianas y religiosas.

Pero es imposible que exista la sencilla y franca confianza en donde abundan esos espíritus descontentadizos que observan tan sólo para tener luego el gusto de censurar. Esas personas suelen tener la desgracia (que desgracia es ciertamente) de no acertar a ver, ni mirar a su prójimo, sino por el lado más débil y vulnerable. Por lo mismo se complacen siempre en una crítica dura y desapiadada. Donde hay algunos espíritus así, la confianza desaparece, y los corazones toman una actitud de reserva, la que pronto degenera en frialdad, que a su vez termina en desconfianza. Entonces desaparecerían todos los encantos de la vida de Comunidad.

A esas sinceras expansiones, que asemejan una casa religiosa a una gran familia, sucedería un formulismo rígido, que desecaría los corazones y petrificaría las almas. Se prescindiría del espíritu de toda legislación religiosa que es amor, que es caridad, que es confianza; y se atendería tan sólo al texto literal de la ley; a esa letra que ya ha dicho San Pablo que mata, en vez de vivificarlo. (1)

El día que en las congregaciones religiosas abundaren esos espíritus murmuradores, las casas de religión, en vez de mansiones de paz y de virtud, parecerían campos sembrados de sal, donde no es posible la vida.

(1) II ad Corint. III-6.

Por esto el Santo Padre recomienda en los conventos tan absoluta abstracción de todo lo que no nos esté encomendado, para que ninguno de sus hijos se vea moralmente convertido en estatua de sal. A este propósito dice también Nuestra Santa Madre: «Mientras más santas, más conversables con sus hermanas... No dejéis arrinconar vuestra alma». (1) Ni virtudes adustas, ni espíritus oprimidos, quiere la Santa entre sus hijos.

Cierto es que, mientras vivamos con hombres en este mundo, tendremos que soportarles debilidades, y los demás tendrán que soportarnos las nuestras. Pero hemos de vivir entre ellos, como si nunca hubiéramos notado sus puntos flacos. No quiere el Santo Padre que nos fijemos en esas flaquezas, ni pensemos en ellas, y menos que hablemos de ellas.

13. Algunas veces podrá ser caritativo hablar de ello directamente con la misma persona en quien hemos visto algo desedificante. Con otras personas, jamás, a no ser con el Superior, y esto pocas veces, y con espíritu de caridad. Nos dice el Santo Padre: «Ni so color de celo, ni de remedio, digas cosa alguna, sino a quien de derecho conviene, decirlo a su tiempo».

Si te constase que el Superior conoce ya ese defecto, nada tienes que decirle ya. Si después que tú lo has advertido, notas que las cosas siguen como antes, no debes inquietarte, ni averiguar más. Vive como si nada vieres, y como si sólo estuvieras en

(1) *Camino de Perfección*, Cap. XLI.

el monasterio. Tu gran cuidado sea practicar con más cuidado la virtud contraria al defecto que crees haber advertido en otros.

Conocí un prudente y santo Superior, de quien me dijeron había aplicado la siguiente medicina a un corazón que, agitado por celo indiscreto, le había denunciado algún abuso más o menos verdadero. Recibió muy paternalmente al denunciante y le dijo: «Agradezco hijo mío, ese celo que muestra por la gloria de Dios y la observancia de las leyes. Y, como según le parece, Dios ha sido ofendido y las leyes quebrantadas, le permito y le agradeceré que en reparación de esas faltas, ayune todo un día».

14. Si todas las almas que experimentan tantas inquietudes por las faltas ajenas, se aplicasen esta sabia receta, si nos impusiéramos la obligación, que en cierto modo ya tenemos, de reparar y expiar con mayor empeño en nuestra santificación personal, las faltas que vemos en nuestros hermanos, y practicásemos muchos nuevos actos de la virtud contraria a los defectos que vemos en ellos, es seguro que seríamos menos curiosos en observar lo que pasa en nuestro alrededor. Guardaríamos con fidelidad esta Cautela del Santo Padre, no pensaríamos contra nadie ni hablaríamos contra ninguno, y las casas religiosas serían siempre mansiones de una paz imperturbable como una verdadera antecámara del cielo.

Y así, habiendo refrenado completamente, por medio del exacto cumplimiento de estas tres Cautelas, tanto el afán de ocuparnos de nuestros prójimos,

como la afición a las cosas de la tierra, y conservando bien regulado el amor a todos, tendríamos totalmente vencido al primero de los enemigos del alma, que es el *mundo*.

He aquí un pasaje hermosísimo de Nuestra Santa Madre que confirma esta doctrina, y que yo quiero poner aquí como remate de este capítulo: «Si veo en algunas personas algunas cosas que a la clara parecen pecados, no me puedo determinar que en aquellos hayan afendido a Dios, y si algo me detengió en ello, que es poco u nada, nunca me determinaba, aunque lo veía claro: parecíame que el cuidado que yo traigo en servir a Dios, traen todos. Y en esto me ha hecho gran merced que nunca me detengo en cosa mala, que se me acuerde después, y si se me recuerda, *siempre veo otra virtud en la tal persona*. Ansi que nunca me fatigan estas cosas, *sino es lo común*, y las herejías que muchas veces me afligen, y, casi siempre que pienso en ellas, me parece que sólo esto es trabajo de sentir». (1) Hermosísima doctrina: Esforzarse en ver las buenas cualidades que tengan las personas, en las cuales advertimos algunas faltas, es un remedio muy eficaz y muy sano contra los juicios temerarios y sus terribles consecuencias. Y después no lamentar la falta en cuanto está en esa persona, sino en sí misma. De esta manera se puede aborrecer muy cordialmente el pecado, sintiendo estima, y hasta grandísimo afecto, por el pecador.

---

(1) *Relaciones. Relación Primera.*

como la afición a las cosas de la tierra, y conser-  
vado bien regulado el amor a todos, tendríamos  
totalmente vencido al primero de los enemigos del  
alma, que es el mundo.

He aquí un pasaje hermosísimo de Nuestra Señora  
la Madre que confirma esta doctrina, y que yo puse  
no por ser así como remate de este capítulo: «Si veo  
en algunas personas algunas cosas que a la clara  
parecen pecados, no me puedo determinar que en  
aquellas hayan atendido a Dios, y a algo me determi-  
no en ello, que es poco o nada; nunca me determi-  
naba, aunque lo vea claro; parecíanme que si en-  
do que yo trabajo en servir a Dios, truen todos. Y en  
esto me ha hecho gran merced que nunca me deter-  
no en cosa mala, que se me acuerde después, y si  
se me recuerda, siempre me acordé de la ven-  
tura. Así que nunca me fatigan estas cosas,  
sino es la envidia, y las herejías que muchas veces  
me afligen, y así siempre que pienso en ellas, me  
parece que sólo esto es trabajo de sentir: (1) Her-  
mosísima doctrina: Estoraxas en ver las buenas  
cualidades que tienen las personas, en las cuales  
advertimos algunas fallos, es un remedio muy eficaz.  
Y muy sano contra los juicios temerarios y sus ter-  
ribles consecuencias. Y después no lamentar la  
falta en cuanto está en esa persona, sino en el mis-  
mo. De esta manera se puede aborrecer muy cor-  
dialmente el pecado, sintiendo estas, y hasta iróni-  
camente afecto, por el pecador.



## CAPITULO VIII

## CAUTELAS CONTRA EL DEMONIO

## PRÓLOGO

## LA INFLUENCIA DEL DEMONIO

1. TEXTO DEL SANTO.—2. CREENCIA EN LAS INFLUENCIAS DIABÓLICAS. TESTIMONIO DE LA SANTA ESCRITURA. EL ESPÍRITU DIABÓLICO CONTRA LOS HIJOS DE LA IGLESIA.—3. NI INCRÉDULOS NI FANÁTICOS. POR QUÉ EL DEMONIO PERSIGUE A LOS HOMBRES. SUS INSTRUMENTOS.—4. LA BIENAVENTURANZA ES UN PREMIO. REQUIERE NUESTRA COOPERACIÓN. EL DEMONIO SE ESFUERZA EN ANULARLA.—5. TIENE ESPECIAL INTERÉS EN TENTAR A LOS BUENOS. CUANTO VALE UNA ALMA PERFECTA. SE OCULTAN MUCHO. NO ES FÁCIL QUE EL DEMONIO LA PUEDA PERDER, PERO SI QUE LAS PUEDE TURBAR.—6. EL DISFRAZ DEL ENEMIGO DE LAS ALMAS.—7. NOTABLES PASAJES DEL SANTO PADRE SOBRE LOS DIFERENTES ENGAÑOS DEL DEMONIO.—8. MUCHAS GENTES QUE PARECEN BUENAS Y VIVEN ENGAÑADAS. CUANTO DAÑO SE HACEN A SÍ MISMAS Y A OTRAS.—9. SE HORRORIZARÍAN SI LO CONOCIERAN BIEN. UN EXAMEN SINCERO. EL DIABLO SATISFECHO CON MUCHAS PERSONAS BUENAS.

1. «De tres cautelas debe usar el que aspira a la perfección, para librarse del demonio, su segundo enemigo. Para lo cual se ha de advertir, que entre las muchas cautelas que el demonio usa para engañar a los espirituales, la más ordinaria es engañarlos debajo de especie de bien, y no debajo de especie de mal; porque ya sabe él que el mal conocido apenas lo tomarán. Y así siempre te has de recelar de lo que parece bueno, mayormente cuando no interviene obediencia. La seguridad y acierto en esto es el consejo de quien le debes tomar».

2. La influencia de los espíritus malos, o demonio, sobre los hombres, no es ciertamente preocupación de indocta piedad, o de ciego fanatismo. Es una creencia tan antigua como la humanidad. Se encuentra en todos los pueblos, en todas las religiones. Es un dogma del género humano. Se la supone en multitud de prácticas de nuestra Santa Religión, y aún se enlaza con todos los dogmas fundamentales de ella. Si esta creencia se suprimiera, habría que retirar todos nuestros libros de piedad, retocar toda la Teología y Litúrgica católicas; y lo que es más, sería necesario refundir todo el texto de la Sagrada Escritura, puesto que tantas veces nos habla la Santa Biblia del demonio y nos previene contra sus ardidés.

Nuestro mismo Redentor nos dice que, aquel hombre enemigo que siembra la cizaña en el campo del buen Padre de familia, no es otro que el de-

monio. (1) Y San Pablo nos exhorta que estemos siempre armados con la armadura de la fe para poder resistir las insidias del diablo. (2) Y en otra parte de la Santa Escritura leemos este terrible pasaje que quiero copiar, aunque no sea más que en parte, por ser tan claro y terminante, y contener el fundamento de las enseñanzas que Nuestro Santo Padre nos da en estas tres Cautelas contra el diablo.

«Y fué arrojado aquel dragón, serpiente antigua que se llama diablo y Satanás, que seduce al universo mundo, y fué arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron también arrojados con él. Y entonces oí una voz grande en el cielo que decía... ¡Ay de la tierra, y ay de tí mar! Porque ha descendido a vosotros el diablo que está poseído de ira... Y se enfureció el dragón contra la mujer, y fué a hacer la guerra a los demás de la raza de ella que guardan los mandamientos de Dios y tienen la señal de Jesucristo». (3)

La mujer, contra quien se enfureció el demonio, no hay que decir que es la Iglesia. Los demás de su raza contra quienes fué a luchar, que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio o señal de Jesucristo, son todos los hombres, especialmente los fieles.

Sería, pues, como herética blasfemia el negar

(1) Math. XII-30.

(2) Ad Ephes. VI-2.

(3) Apocalip. XII-9 y sigs.

la influencia diabólica en el mundo, pues sería negar la Sagrada Escritura y el testimonio mismo de Jesucristo.

Y, quien, admitida en teoría su posibilidad, pretendiera en la práctica relegarla a predicamento de cosas ridículas, útiles tan sólo para asustar o entretener a personas ignorantes, daría pruebas de ser él mismo muy ignorante, o cuando menos, muy ligero en sus juicios. Porque los grandes Santos y Doctores de la Iglesia, que tan poco gustaban de futilidades, consagraron grandísima atención a estas cuestiones.

3. Pero, si blasfemo y herético sería el negar la influencia diabólica en el mundo, resultaría tan peligroso como ridículo el empeñarse en ver la acción diabólica en cualquier evento de la vida humana.

Ni incredulidad ni fanatismo en este punto, ni en otros.

La verdad en esta cuestión es bien sencilla: El demonio, así por el odio que tiene a Dios, como por la envidia que siente por la humana felicidad en el cielo, está ansioso de extraviarnos y perdernos. Por cada pecado que hace cometer, consigue nueva ofensa a Dios y aparta más de la felicidad al que peca. Si no consigue perder completamente a un alma, se contenta con perjudicarla en lo que pueda. Tiene interés y placer en todo lo que de alguna manera disminuye la gloria de Dios y la felicidad de algún alma; porque esto es conforme a su soberbia, y a su envidia.

Para el éxito de su empeño cuenta así con los terribles, (y para nosotros incomprensibles) recursos de su naturaleza, como con la grandísima debilidad de la naturaleza humana. *El demonio nos instiga al mal, y el mundo y la carne son sus instrumentos*, ha dicho Santo Tomás de Aquino. (1)

4. Pero Dios no le permite que nos tiente más de lo que podemos soportar, y así sabemos bien que con la gracia de Dios y nuestro esfuerzo personal podemos salir vencedores.

Cierto que la Bienaventuranza es un don de la infinita misericordia de Dios, pero no se nos concederá sin algún esfuerzo de nuestra parte para merecerlo de algún modo; pues a los que llegan al uso de razón no quiso Dios concederles el cielo como un simple regalo; quiso que fuera también un premio a nuestra virtud. *Se me espera una corona de justicia*, decía lleno de gozo el Apóstol. (2)

«Conserva lo que tienes, no sea que otro te arrebatte la corona», (3) dijo el Señor al Obispo de Philadelphia. Porque «al que venciere le haré sentar conmigo en mi trono». (4)

Si es corona de *justicia*, no es tan sólo un puro don o regalo, sino que tiene también alguna razón de premio. Y si nos es preciso vigilar que nadie nos arrebatte esa corona que se nos ha prometido, si se da como premio al que venciere, supone lu-

(1) S. Tomás. Pars. I, Q. CXIV, a. 2.

(2) II ad Tim. IV-8.

(3) Apocal. III-11.

(4) Ibid. 21.

cha y la lucha requiere esfuerzo personal. Es verdad que ese esfuerzo, y esa lucha de unos seres tan débiles como somos nosotros, contra enemigos tan poderosos como son los demonios, serían completamente inútiles sin la gracia Divina, con todos los especiales auxilios que le son inherentes. Luego, la consecuencia de la gloria eterna, y también de la virtud, suponen primeramente la gracia Divina que nunca nos es negada, si no la rechazamos, y un gran esfuerzo o cooperación de nuestra parte que debe durar toda nuestra vida.

El demonio sabe muy bien esto, y como nada puede directamente contra Dios, emplea todo su poder y astucia en destruir, o cuando menos, en debilitar nuestra cooperación a la gracia divina.

5. Y está claro que el enemigo del género humano, tiene más interés en *perturbar* a los buenos que en instigar a que cometan nuevos pecados mortales los que están ya encenegados en el vicio. Con éstos tiene poco que hacer el demonio. Les deja como delegados e instrumentos suyos el mundo y la carne, y ellos mismos se hacen el trabajo de su propia perdición, puesto que un pecado arrastra a otro pecado y un *abismo llama a otro abismo* (1).

Pero no tienta así a las personas buenas, ni a las que de la virtud han hecho su profesión principal. Bien conoce el enemigo del género humano el valor de tales almas y lo que son capaces de hacer. Un religioso perfecto, una religiosa santa, una per-

---

(1) Psalm. XLI-8.

sona seglar, de consumada virtud, son tesoros de infinito valor. Sólo Dios sabe cuánto valen; nosotros solamente lo podemos vislumbrar. Una sola de esas almas perfectas vale por centenares y por miles de medianas. Una sola de ellas puede compensar por todos los defectos de una Congregación, y aún por los pecados de toda una sociedad. De ellas se puede decir como de Nuestro Señor Jesucristo a quien tan unidas están: *Que pasan haciendo bien* (1).

Almas así ordinariamente hacen poco ruido, pero silenciosamente embalsaman todo el ambiente que las rodea, con aquel buen perfume de Cristo de que nos habla el Apóstol (2). Como las flores esparcen su aroma sin saberlo, y sanean el ambiente y deleitan a los que pasan, así esas personas, sin pretenderlo, y aun sin darse cuenta, hacen bien a cuantos se les acercan. Dichosa la casa religiosa, donde hay algunas de esas almas; y las suele haber en todas.

Para que estas almas estén un poco ocultas a las miradas poco perspicaces de los otros, y sobre todo, para que se vean poco a sí mismas, Dios suele permitir que algunas espigas de carácter, de temperamento, de muy especial psicología rodeen sus hermosas virtudes. Pero su aroma bien se aspira poco o mucho en todo el monasterio. ¿Quién por poco que haya vivido en una casa religiosa, no ha advertido la presencia de alguna de esas almas?

(1) Act. X-38.

(2) II ad Corin. II-15.

A esas personas no es fácil que el demonio pueda ya perderlas, como tampoco a las que seriamente se han propuesto seguir el mismo camino. A este último número pertenecemos cuantos hemos hecho profesión religiosa. Pero si difícil es, aunque no imposible, que el espíritu diabólico consiga perdernos totalmente, es muy fácil que nos perturbe y nos haga mucho daño. Ordinariamente no conseguirá que una persona religiosa cometa pecados mortales. Pero puede impedirle la consecución y realización de gran número de excelentes bienes. Para el demonio, estorbar que una persona religiosa llegue a la perfección, quedándose rezagada a medio camino de una vida lánguida y rutinaria, llena de tibieza y descuido, es seguramente mayor ganancia positiva, que el conseguir que los ya engolfados en el vicio, añadan centenares y aun miles de eslabones a la cadena de su perdición. Y por lo mismo mayor empeño pondrá en impedir la perfección de las personas religiosas, que en aumentar el número de pecados mortales en las personas que ya son sus fieles y desgraciados seguidores.

6. Por esto los Santos y los Maestros de la vida espiritual, si tienen gran cuidado con los pecadores para convertirlos, el mismo empeño y aún mayor si cabe, muestran con los que están camino de perfección, para prevenirlos contra los ardidés del enemigo.

Nuestro Santo Padre antes de formular las tres Cautelas con las que quiere que neutralicemos todas las insidias del enemigo, nos da un aviso pre-



vio de gran importancia. Nos advierte que a las personas religiosas casi nunca las tienta sino debajo la especie de bien: «Porque ya sabe él que el mal conocido apenas lo tomarán». Está claro que una persona que se ha consagrado a Dios, si no ha perdido ya por completo su vocación, no se colocará en una actitud conocidamente mala. Podrá cometer a sabiendas varias faltas aisladas, más o menos notables; pero no es probable que esté mucho tiempo en una posición que estime contraria al fin principal de su vocación religiosa. Para esto es preciso que se apodere del espíritu un error; que se arraigue en él y nos represente como buena, y aún como preferible a las de otros, aquella situación peligrosa que quiere que adoptemos. Y como así el amor propio es halagado, y el espíritu no está atormentado por la conciencia de que se vive equivocado, ese error nutre el orgullo, fomenta cierto desdén por los demás, y robustece cada día la tenacidad y adhesión a nuestra particular conducta.

7. Por esto nos advierte el Santo Padre que muchas veces el demonio engaña a las personas espirituales, fingiendo cosas que de suyo son muy buenas y santas. «El demonio, nos dice el Santo, sabe muy bien ingerir en el alma satisfacción de sí oculta, y a veces harto manifiesta; y por eso él done a veces estos objetos en los sentidos, mostrando a la vista figuras de Santos y resplandores hermosísimos, y palabras a los oídos harto disimuladas y olores muy suaves, y dulzuras a la

boca, y en el tacto deleite; para que engolosinándolos por allí, los induzca en muchos males». (1)

Y en otro lugar nos previene el Santo, cómo el demonio trata de remedar las comunicaciones de Dios con el alma para mejor engañarla. «Comunmente anda, nos dice el Santo Padre, con el alma, en aquel traje y trato que anda Dios con ella, por ingerirse él a vueltas como el lobo entre el ganado con pellejo de oveja que apenas se puede entender. Porque como dice muchas cosas verdaderas y conforme a razón, y que salen ciertas, puédense engañar fácilmente pensando que, que pues sale verdad y acierta en lo que está por venir, que no será sino Dios; porque no saben que es cosa facilísima, a quien tiene clara la lumbre natural, conocer las cosas o muchas de ellas, que fueron o que serán, en sus causas y así afinará muchas cosas futuras. Y como quiera que el demonio tenga esta lumbre tan viva, también puede facilísimamente colegir tal efecto de tal causa, aunque no siempre sale así, pues todas las causas dependen de la voluntad de Dios». (2)

Ciertamente que son muchísimos los daños que el espíritu maligno causa en los incautos por este medio que aquí nos dice el Santo: el verdadero espíritu tiene en esto su fuerza principal. Si absolutamente todo fuera engaño, muy poco mal podría hacer; pero así, con una cosa que salga verdad,

(1) *Sub. del Monte Carm.*, Lib. II, Cap. X.

(2) *Ibid.* Cap. XIX.

hará creer mil mentiras. Al espíritu del mal, como es tan enemigo de la verdad como de la manse- dumbre, le interesa muchísimo que nuestra mente acepte algún error, sobre todo del orden moral, y luego que se adhiera tenazmente al mismo. Por de pronto, una persona así, jamás llegará a mucha perfección, no importa que el error no sea de por sí de grande trascendencia; lo que al diablo le importa es que esta persona viva en error en orden a sí misma.

8. No es raro encontrar, tanto en las casas religiosas como entre los cristianos del mundo, a gran número de personas que en su vida práctica están bastante lejos del ideal evangélico, y no obstante, se tienen a sí mismas por muy buenas; cuando menos, preferibles a la mayoría de quienes las rodean; estiman que su personal punto de vista es el más acertado; y que sus actos son los mejores y los más eficaces en la promoción de las obras buenas.

Pero esas buenas gentes suelen tener el espíritu tan saturado de orgullo y egoísmo, como el corazón lleno de buenas intenciones. Y está claro que, cuanto mejores estimen ellas sus intenciones, más aferradas estarán también al error que se las nutre, y más agresivas se sentirán contra las personas que no aciertan a pensar como ellas piensan. Pero la verdad es que esa clase de buenas intenciones son la ruina de las casas religiosas; son el arma más terrible y eficaz de que puede disponer el demonio contra los amigos de Dios; y no

pocas veces consigue llevar la perturbación hasta las mismas mansiones de la paz y la caridad.

9. Sé que esas personas se quedarían horro-  
rizadas de sí mismas, si llegaran a convencerse de  
que su virtud no es más que un sutilísimo egoísmo,  
pues finísimo egoísmo es lo que informa e impulsa  
muchos de sus actos. No podrían vivir ni un solo  
día más la vida que quizá han vivido largos años,  
si tuvieran la seguridad de que, si no es el demo-  
nio mismo quien ha inspirado muchas de sus ac-  
ciones y obras buenas, al menos se ha complacido  
mucho en ellas.

Al ejecutarlas, ordinariamente se ha contado  
muy poco con Dios; la gloria divina ha tenido casi  
siempre el primer lugar en las palabras, pero qui-  
zá el último en lo íntimo de los corazones. Ejecu-  
tándolas, las almas se depuraron muy poco de  
sus egoísmos. Muchos años de práctica de esas  
supuestas virtudes han resultado poco menos que  
inútiles para la depuración de esas almas y no han  
merecido nada para la vida eterna: «Muchos cris-  
tianos el día de hoy, nos dice Nuestro Santo Pa-  
dre, tienen algunas virtudes y obran grandes cosas,  
y no las aprovechará nada para la vida eterna,  
porque no pretendieron en ellas la honra y gloria  
que es sólo de Dios, sino el gozo vano de su vo-  
luntad». (1)

Quizá bastarían cinco minutos de sincero exá-  
men de conciencia con humilde oración a Dios en

(1). Aviso 339.

busca de luz interior para que muchas de esas personas se pudieran plenamente convencer de que su espíritu no es aún espíritu según el Evangelio; de que su mansedumbre y su humildad, su abnegación y su caridad no corresponden al divino modelo que nos legó Nuestro Divino Redentor, y al que juramos procurar conformarnos.

Y ¿qué más puede desear el espíritu del mal, que haber impedido en los más queridos hijos de Dios tan gran número de excelsos bienes? Muy pobre es para un alma consagrada a Dios el contentarse con evitar los pecados mortales, sin cuidarse de adelantar también en la perfección. El demonio da por muy bien empleado con ellas su tiempo, si esto consigue.

Para desdeñar esta doctrina sería preciso rectificar a San Pablo que nos advierte que el diablo suele transfigurarse en ángel de luz para así engañar mejor, (1) y también a todos los Santos que tanta importancia dieron en sus escritos a esta materia.

San Juan de la Cruz, después de avisarnos de que el demonio se oculta siempre tras las apariencias de bien, nos da tres Cautelas para sabernos librar de sus engaños. De cada una de ellas trataremos aparte.

---

(1) II ad Corint. XI-14.

hacia de las interior para que muchas de esas personas se pudieran plenamente convencer de que su espíritu no es un espíritu según el Evangelio; de que su mansedumbre y su humildad, su abnegación y su caridad no corresponden al divino modelo que nos legó Nuestro Divino Redentor, y al que humanos procurar conformarnos.

Y qué más puede decir el espíritu del mal, que haber impedido en los más purificados hijos de Dios tan gran número de excelsos bienes. Muy pobre es para un alma consagrada a Dios el contentarse con evitar los pecados mortales sin darse de adularse también en la perfección. El demonio da por muy bien empleado con ellas su tiempo, si esto consigue.

Para desbaratar esta doctrina sería preciso recurrir a San Pablo que nos advierte que el diablo suele transformarse en ángel de luz para así engañar a todos los Santos que tanta importancia dieron en sus escritos a esta materia.

San Juan de la Cruz, después de avisarnos de que el demonio se oculta siempre tras las apariencias de bien, nos da tres reglas para saberlos librar de sus engaños. De cada una de ellas trataremos aparte.

(1) II de Cor. XI. 14

## CAPITULO IX

## CUARTA CAUTELA. PRIMERA CONTRA EL DEMONIO.

## PROCEDER SIEMPRE POR OBEDIENCIA

1. TEXTO DEL SANTO.—2. CUAN AGRADABLE TRIBUTO A DIOS ES LA OBEDIENCIA.—3. POR LA OBEDIENCIA HA RECIBIDO EL HOMBRE LAS GRANDES BENDICIONES DE DIOS.—4. LAS DOS DIVISAS: NON SERVIAM, Y FIAT VOLUNTAS TUA.—5. LOS HIJOS DEL DIABLO. LOS HERMANOS, HERMANAS Y LA MADRE DE JESÚS. HABLA EL QUE NO ENGAÑA NI EXAGERA LA VERDAD.—6. LA OBEDIENCIA BASE DE TODO ORDEN, DE TODA VIRTUD, Y GARANTÍA DE ÉXITO.—7. EN LA OBEDIENCIA ESTÁ EL MÉRITO DE LAS BUENAS OBRAS. TEXTO DE ISAÍAS. OTRO MUY NOTABLE DE SAN JUAN DE LA CRUZ.—8. TESTIMONIO DE SANTA TERESA. UN INSTITUTO RELIGIOSO SIN ESPÍRITU DE OBEDIENCIA NO PODRÍA VIVIR.—9. POR QUÉ LOS SANTOS SON TAN CELOSOS DE LA OBEDIENCIA. SACRIFICIO TOTAL DEL HOMBRE A DIOS.—10. NO SE PUEDE RECLAMAR DE DIOS LO QUE UNA VEZ SE LE HA DADO. COMETE CIERTO SACRILEGIO EL RELIGIOSO QUE SUSTRAE ALGUNAS DE SUS ACCIONES DE LA OBEDIENCIA.—11. NO BASTA GUARDAR EL VOTO DE OBEDIENCIA, ES PRECISO LLEGAR A LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA. ADMIRABLE TESTIMONIO DE HEDLEY. UN BUEN CIUDADANO, PERO NO UN BUEN RELIGIOSO.

1. «Sea la primera *Cautela*, que jamás, fuera de lo que de orden estás obligado, te muevas a cosa por bien que parezca y llena de caridad, ahora para tí, ahora para otro cualquiera de dentro o fuera de casa, sin orden de la obediencia, y ganarás con esto mérito y seguridad. Excúsate de propiedad y huirás del demonio y daños que no sabes, de que te pedirá Dios cuenta a su tiempo. Y si esto no guardas, en lo poco y en lo mucho, aunque más te parezca que aciertas, no podrás dejar de ser engañado del demonio, o en poco o en mucho. Y aunque no sea más que no regirte en todo por la obediencia, ya yerras culpablemente; pues Dios más quiere obediencia que sacrificios, y las acciones del religioso no son tuyas, sino de la obediencia; y si las sacare de ella, se las pedirán como perdidas».

2. La primera *Cautela* que Nuestro Padre San Juan de la Cruz nos da contra todas las astucias del demonio, es una completa y sincera obediencia. No nos dice que no obremos nunca contra la obediencia, pues esto ya se sabe que en sí mismo es malo. Quiere Nuestro Santo Padre que todas nuestras acciones estén reguladas por la obediencia de tal manera que, sino es por orden de esta virtud, no quiere el Santo que hagamos ni siquiera aquellas acciones que en sí mismas sean buenas y muy santas.

Primero que todo, quiere Nuestro Santo Padre obediencia. Y con razón, pues la obediencia es un tributo que debemos a Dios, como Creador y supremo Legislador. Obedecer por Dios es un acto de



justicia y de reconocimiento a su soberanía infinita. Todas las almas verdaderamente grandes, por lo mismo que son rectas y justas, son también obedientes. Por esto nos dice el Espíritu Santo que la mente del justo medita en la obediencia. Es tan agradable al Señor, porque es el sacrificio, no de nuestros bienes, sino de nuestra misma razón. Nuestro Santo Padre ha dicho hermosísimamente, con su estilo incomparable: «Más vale un pensamiento del hombre que todo el mundo, y por eso solo Dios es digno de él, y a él se le debe, y así cualquier pensamiento del hombre que no se tenga en Dios, se lo hurtamos» (1). Pues por la virtud de la obediencia consagradas y sujetadas quedan a Dios, no solamente nuestras acciones, sino la fuente misma del pensamiento que es la razón. Por esto es la obediencia el tributo primero y más grande del hombre a su Creador, pues es el tributo o rendimiento de la razón a Dios; es aquel *espíritu de servidumbre a Dios en justicia* (2), que el Sabio quiere que presida todos los actos de la vida humana.

3. Y por esto el Señor ha vinculado a la perfecta obediencia todas sus bendiciones. Si en Abraham bendijo todas las gentes, fué como premio a la sumisión sencilla que el Santo Patriarca había manifestado a la voz de Dios (3). El padre de los creyentes lo es también de las almas sumisas y obedientes. Aunque fuese perfecto, si fuera posible sin la obe-

(1) Aviso 243.

(2) Eccl. II-1.

(3) Gen. XXII-18.

diencia, no tendría valor alguno. A la obediencia y amor de Jesús a su eterno Padre debemos nuestra redención, porque al ir a entregarse a sus verdugos, Nuestro Señor Jesucristo dijo estas palabras divinas: «Viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene poder alguno. Mas, para que sepa el mundo que yo amo al Padre y que hago según el mandato que mi Padre me dió: levantémonos y vámonos de aquí» (1). Por este gran espíritu de amor y de obediencia fué a encontrar a sus verdugos y se entregó a ellos. Y para que nos sea a cada uno aplicada esa redención que Nuestro Señor Jesucristo nos ganó por obediencia y amor, San Pedro nos exhorta a que «afiancemos nuestra fe y esperanza en Dios, castigando nuestras almas con obediencia de caridad» (2). Por esto Nuestro Santo Padre nos pone la perfecta obediencia como principio necesario de la perfección y de la paz del alma. «Eso que pretendes, nos dice, y lo que más deseas, no lo hallarás por esa vía tuya, ni por la alta contemplación, sino en la mucha humildad y rendimiento de corazón» (3).

4. Y no es extraño que ese gran Maestro de la vida espiritual nos recomiende la obediencia como coraza indestructible y necesaria en nuestros pechos contra el espíritu maligno. Porque el espíritu de sencilla obediencia es lo más directamente opuesto al espíritu diabólico. El lema de Satanás y sus ánge-

(1) Joann. XIV-30, 31.

(2) I Petr, I-21, 22.

(3) Aviso 36.

les es *Non serviam* (1). Mientras que Nuestro Divino Redentor que venció al demonio, y por quien también nosotros le hemos de vencer, tiene esta divisa: *Padre Mio, no se haga mi voluntad sino la tuya* (2). Y nos dice que no vino al mundo, sino a cumplir la voluntad de su Padre Celestial (3).

5. Si por la malicia del demonio la desobediencia y rebeldía fueron y son el principio de todo mal, la Divina Providencia ha querido que el origen de nuestra redención y de todo nuestro bien estuviera en la obediencia y humilde sumisión (4). Y nuestro dulcísimo Redentor a los que rechazaban tenazmente su doctrina, les decía estas palabras terribles y durísimas: *¿Porqué no reconocéis mi palabra? porque no podéis soportarla. Porque vosotros tenéis por padre al diablo, y así deseáis cumplir los deseos de vuestro padre... que habla según sus deseos, y es embustero y padre de la mentira* (5). Según este terrible testimonio del que es la verdad increada, el demonio, así como es el primer padre de la mentira, lo es también de toda rebeldía; y cierta filiación contraen con él todas las almas que se hacen rebeldes a la voz de Dios.

En cambio, y como contraposición a este terrible pasaje, el mismo Salvador un día que, estando predicando, le anunciaron la llegada de su Madre

(1) Jerem. II-20.

(2) Luc, XXII-42.

(3) Ad Hebr. X-9.

(4) Ad Rom. V-9.

(5) Joann. VIII-43 y sigs.

Santísima, preguntó: «¿Quién es mi madre? ¿y quienes son mis hermanos?» y extendiendo su mano omnipotente sobre las muchedumbres, pronunció estas palabras admirables: he aquí a mi madre: he aquí a mis hermanos. *«Todo aquel que cumpliere la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre»* (1).

Esa es la alabanza más grande y completa que de la obediencia podía el hombre escuchar. Así como contra la desobediencia o rebeldía no cabe anatema más terrible que el contenido en el pasaje antes citado.

Y tengamos en cuenta que quien así habla es nuestro Divino Redentor, quien no puede exagerar, cuando alaba, ni cuando reprende, porque es infinitivamente veraz, infinitamente justo. Pues si rechaza como a hijas de Satanás a las almas rebeldes, declara que las sinceramente obedientes son sus amigas; y más que amigas; forman su familia más escogida. Cada una de esas almas es para Jesucristo, como su hermano, como su hermana, como su misma madre. Porque la misma Santísima Virgen fué tan querida de Jesús, no tanto porque era Madre suya, cuanto por haber sido la criatura que con mayor humildad, pureza y prontitud supo cumplir la voluntad de Dios.

Este elogio que de la obediencia nos hizo Nuestro Señor Jesucristo, es prodigioso y debía bastar él solo para que toda persona religiosa fuera aman-

(1) Math. XII-48 y sigs.

ísima de esta virtud. La desobediencia tenaz, según testimonio de la Santa Escritura, coloca a los hombres, entre la familia del diablo, y la sincera obediencia los hace miembros escogidos de la familia de Jesús.

6. Todos los Santos y todas las almas realmente grandes fueron amantes de la obediencia. La enseñaron y la practicaron. Es porque esa virtud es el fundamento insustituible, así de la vida religiosa, como de todo el orden social. Sin obediencia a la ley y a la autoridad, en cuanto es representación de la ley, no es posible que haya virtudes cívicas en el pueblo, ni virtudes cristianas en la iglesia, ni virtudes monásticas en las casas religiosas.

En el orden religioso-moral, la caridad y la obediencia lo son todo. La caridad lo es todo, porque todo a ella se ordena, como fruto de todas las demás virtudes y prácticas religiosas. Y la obediencia también lo es todo, porqué, sin ella, como fundamento, nada hay sólido en religión ni en ningún otro orden.

Nunca es tan grande el hombre como cuando se inclina para obedecer. «Los hijos de la Sabiduría, nos dice el Espíritu Santo, son reunión de justos y su raza es de obediencia y de amor» (1). Dios bendice siempre a los espíritus dóciles a la ley, y sus acciones son siempre fecundas. Por esto nos dice también el Espíritu Santo, «que el varón obe-

(1) Eccí. III-1.

diente cantará victorias» (1); y un venerable obispo inglés ha escrito: «Ese don especial de saber obtener éxito en todas las personas, parece que está vinculado a la obediencia, pues Dios bendice cuanto en nombre de ella se emprende».

7. La obediencia es lo que principalmente da eficacia y mérito a las buenas acciones. Su fuerza está en el espíritu de obediencia con que se emprenden y prosiguen, y su valor moral en la interior sujeción a Aquel en cuyo honor se ejecutan. Una pequeña acción, hecha con espíritu de obediencia, puede tener para quien la ejecuta un valor infinito, y aún ser principio de obras admirables. En todas partes se encuentran grandes talentos fracasados. En cambio, las Ordenes religiosas y la Iglesia misma están llenas de obras admirables, realizadas por almas muy sencillas y humildes, y sobre todo obedientes. Para sí pierde lastimosamente el tiempo toda persona religiosa, aunque realice en sí obras excelentes, sino procede con espíritu de obediencia.

Excelentes eran en la antigua ley, los sacrificios y holocaustos, y siempre fué, y es aún laudabilísimo el ayuno. Pues todo esto habían ofrecido los israelitas a Dios, y el Señor no se les manifestaba propicio. Se quejaban a Dios diciéndole: «¿Cómo es que hemos ayunado, y Tú no nos miraste? ¿Nos humillamos ante Ti, y Tú hiciste como si no lo supieras?»... Y obtuvieron esta lacónica respuesta: «Mirad que en el día de vuestro ayuno

(1) Proverb. XXI-28

se encuentra vuestra voluntad». (1) Como si se les dijera: Sé que ayunaisteis y que me ofrecisteis víctimas, pero todo esto, que es bueno y está preceptuado en la ley, no lo hicisteis con espíritu de sumisión a mi voluntad, sino que lo hicisteis para seguir vuestros caprichos.

Así no es extraño que Nuestro Padre San Juan de la Cruz, hablando de los que sin orden de obediencia se entregan a grandes mortificaciones, escribiese este pasaje durísimo: «Estos son imperfectísimos, gente sin razón, que posponen la sujeción y obediencia (que es penitencia de la razón y discreción, y por eso es para Dios más aceptable y gustoso sacrificio que todos los demás) a la penitencia corporal, que, dejando aparte esa otra, no es más que penitencia de bestias, a que también como bestias se mueven por el apetito y gusto que allí hallan» (2).

Verdaderamente que en la pluma de un Santo, y especialmente de un Santo como San Juan de la Cruz, no cabe mayor encomio de la obediencia, ni más dura reprensión contra quienes de ella prescindan, aun para entregarse a grandes obras de penitencia. El, el austerísimo Reformador del Carmelo, el finísimo amante de la Cruz de Jesucristo, el mayor milagro, quizá, de austeridad en estos últimos tiempos, se indigna contra los que, hasta para mortificar su cuerpo, se atreven a prescindir

(1) Isai. LVIII-28.

(2) *Noche Oscura*, Cap. VI.

de la obediencia. Los llama imperfectísimos, gente sin razón, comparables a las bestias. Pues, ¿qué diría Nuestro Santo Padre de los que se atrevieran, no ya a prescindir de la obediencia, sino a ir contra ella? Y si esto lo hicieran, no para entregarse a la mortificación corporal, sino para ejecutar acciones más o menos prohibidas por la ley o por el Superior, ¿qué palabras tendría el Santo para afearles su conducta?

8. Lo mismo pensaba la Santa Madre, aunque su lenguaje no es tan duro y enérgico. Pero idéntica es la doctrina, como verá quien atentamente considere estas palabras de la Santa. «En esto de obediencia es en lo que más había de poner, y por parecerme que si no la hay es no ser monjas, no digo nada de ello, porque hablo con monjas a mi parecer, buenas, al menos que lo desean ser. En cosa tan sabida e importante, no más de una palabra para que no se olvide. Digo que quien estuviere por voto debajo de obediencia y faltare no trayendo todo cuidado en como cumplirá con mayor perfección este voto, que no sé porqué está en el monasterio. Al menos yo la aseguro que mientras aquí faltare, que nunca llegue a ser contemplativa, ni aun buena activa, y esto tengo por *muy muy cierto*». (1)

Es que los Santos todos consideran la obediencia como primera base de la virtud cristiana, como el fundamento necesario así de la vida corporativa

(1) *Camino de perfección*, Cap. XVIII.



de las Ordenes religiosas, como de la santificación personal de cada individuo. Socavado este fundamento, aunque sea en algunos puntos nada más, amenaza ruina todo el edificio. Un religioso sin perfecto espíritu de obediencia, jamás será perfecto; y amenazada de muerte está una Congregación religiosa en la que los lazos de obediencia estén relajados, sino se provee enérgicamente a su remedio.

9. Por esto los Santos son tan celosos de la obediencia y no permiten que se la socave en lo más mínimo, ni siquiera debajo de color de caridad o de celo. Por esto el Santo Padre nos dice en esta Cautela: «No te muevas a cosa, por bien que parezca y llena de caridad, ahora por tí, ahora por otro cualquiera de dentro o fuera de casa, sin orden de la obediencia» y Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús nos dice también: «Yo creo que como el demonio ve que no hay camino que más presto lleve a la suma perfección que el de la obediencia, pone tantos disgustos y dificultades, debajo de color de bien, y esto se note bien, y verán claro que digo verdad». (1)

San Buenaventura afirma que toda la perfección religiosa consiste en la perfecta abdicación de la propia voluntad; esto es, en la perfecta obediencia. Por esto también la obediencia es el primero y principal de los votos religiosos: el único por el que el hombre hace una verdadera y total

(1) *Fundaciones*, Cap. V.

entrega de sí mismo a Dios. Por el voto de pobreza entregamos a Dios los bienes externos, materiales; por la castidad se renuncia por Dios a ciertos placeres sensuales; pero por la obediencia entregamos a Dios nuestra voluntad, lo que es entregarle nuestra razón y nuestra libertad, es entregarnos nosotros mismos. El voto de obediencia es el sacrificio voluntario y total del hombre a Dios.

10. Y lo que a Dios una vez se ha dado, no es lícito reclamárselo. Por esto nos dice Nuestro Santo Padre: «Las acciones del religioso no son suyas, sino de la obediencia; y si las sacare de ella, se las pedirán como perdidas». Y en otra parte añade: «Y advierte mucho que si a cualquiera de los fieles Dios ha de pedir estrecha cuenta de una palabra ociosa, cuanto más al religioso que tiene su vida y obras consagradas a Dios, se las ha de pedir todas el día de su cuenta?» (1).

A nadie mejor que a las personas religiosas que contravienen a la obediencia se aplican aquellas palabras de la Sagrada Escritura: «Repugnar a la voz de Dios es como sacrificar a los ídolos; y no querer sujetarse, es como una especie de crimen de idolatría» (2). Y la razón es que por el voto de obediencia el religioso consagra toda su persona a Dios pues le consagra su voluntad y su libertad. Y así, cuando obra contra o fuera de lo que se le ha ordenado, sustrae sus acciones del

(1) *Avisos a un religioso. Aviso, 4.*

(2) I Reg. XV-23.

altar sagrado de la obediencia para dedicarlas a su capricho, lo que no se puede hacer sin algún deshonor o desprecio de Dios. Y si tanto se indignó el Señor contra los hijos del Sumo Sacerdote Helí porque sustraían algo de las carnes de animales que eran ofrecidas como sacrificio (1), más se disgustará Dios de las personas que, habiéndole consagrado totalmente su voluntad, se la vuelven a quitar, queriendo más obrar según los deseos de su corazón que según las reglas de la santa obediencia.

11. Y es preciso recordar que no basta no quebrantar el voto de obediencia; es preciso llegar a la virtud de la obediencia. El voto es un medio, la virtud es el fin. Y así como resultan inútiles los medios que no conducen al fin a que están ordenados, tampoco tiene valor ante Dios el voto de obediencia, aunque no haya sido quebrantado, sino ha dispuesto al espíritu de aquella persona religiosa a la sumisión interior a la voluntad de Dios, manifestada por la ley, o por sus legítimos Superiores.

La educación social o cívica, y también las necesidades de la vida imponen leyes más o menos justas, y toda persona, que se estima, las cumple con exactitud. Se hace cuestión de honor mostrarse obediente a esas leyes o exigencias. Pero eso no es obediencia religiosa, la que agrada tanto a

(1) I Reg. II-19.

Dios, porque ésta está en el espíritu más que en los actos externos.

«Por la palabra obediencia podemos expresar una serie de actos, o bien el impulso interior con que estos actos son ejecutados. En el primer caso podríamos comparar la obediencia a las varillas que en la esfera del reloj señalan las horas y minutos; y en el segundo diríamos que la obediencia es como los ejes y muelles de la maquinaria interior que mueve esas varillas... Pues en una vida de obediencia el espíritu, el espíritu interior de obediencia, es el todo. Una persona religiosa podrá obedecer solo por hábito, por rutina, para evitarse disgustos, o por mera disposición o espíritu de servidumbre. Esa persona lleva exteriormente una vida de obediencia; pero no es obediente. Y mucho menos lo sería quien, obedeciendo puntualmente en el exterior, protestase en lo interior» (1).

Esta cita del insigne Prelado de New-Port bien merece una pequeña ampliación. Para él no sería obediente quien en aquello mismo que ejecuta no tuviera interior espíritu de sumisión a Dios, cuya voluntad le es intimada por la ley, o por el Superior. No importa que sus actos externos estén perfectamente ajustados al mandato recibido; o que se mueva solo dentro de la esfera que tiene señalada, con la misma precisión con que las varillas se mueven dentro de la esfera del reloj. Esta exactitud bastaría para la virtud cívica, no para la virtud

(1) Y. C. Hedley. A Retreat, XIX.

religiosa. Ella sola puede bastar para hacer de un hombre, un buen criado, un excelente empleado, un soldado perfecto, un ciudadano modelo, pero no basta para hacer un religioso, ni siquiera mediano. Porque la obediencia, de que ahora hablamos, no es una virtud cívica, sino una virtud religiosa.

Con el voto de obediencia hemos hecho de nuestra persona y de nuestra libertad un obsequio a Dios. Y Dios no se paga, como los hombres, de lo que aparece fuera, sino de lo que hay dentro del alma. «Yo soy el Señor que escudriñando el corazón, doy a cada uno según su camino, y según el fruto de sus astucias» (1).

Dios nuestro Señor, como fruto de nuestros votos, nos pide ante todo espíritu interior de total sumisión a su Divina voluntad en todo, en lo poco, como en lo mucho. Esto es esencial a la perfección religiosa, por esto nos dice también Nuestro Santo Padre: «Aunque obres muchas cosas, sino aprendes a negar tu voluntad y sujetarte perdiendo cuidado de ti y de tus cosas, no aprovecharás en la perfección» (2).

---

(1) Isai. XVII-10.

(2) Aviso 68.



## CAPITULO X

## CONTINUACION

## EL VOTO Y LA VIRTUD DE OBEDIENCIA

1. NO BASTA GUARDAR EL VOTO, ES PRECISO TAMBIÉN PRACTICAR LA VIRTUD DE OBEDIENCIA.—
2. ENTRE DOS EXTREMOS.—3. MUY POCAS VECES SE PECA CONTRA EL VOTO. A FUERZA DE EQUILIBRIOS DE CONCIENCIA.—4. UNA VIDA INUTILMENTE AFANOSA. CUÁN TRISTE ES.—5. NI PECADOS GRAVES, NI VIRTUDES SÓLIDAS. TERRIBLE AMENAZA.—6. SEÑOR: SIEMPRE HICE LO QUE QUISE, PERO NUNCA QUISE NADA CONTRA MIS VOTOS. POBRÍSIMA CUENTA.—7. AL SIERVO QUE NO HIZO BIEN NI MAL SE LE CONDENÓ. ASÍ ES EL QUE NI QUEBRANTA EL VOTO NI CONSIGUE LA VIRTUD.—8. EL VOTO ES LA RAIZ; LA VIRTUD EL TRONCO. EL IDEAL RELIGIOSO.—9. CINCO GRANDES VENTAJAS DEL ESPÍRITU DE OBEDIENCIA.—10. PASAJE DE LA SANTA MADRE.

1. Como hemos visto en el capítulo precedente, no podrá ser considerado como realmente obediente quien careciere de interior espíritu de sumisión, aunque exteriormente ejecutare cuanto se le manda-

se. Pero tampoco podría esperar recompensa por su obediencia quien, valiéndose de mil astucias, más o menos reprecensibles, ya en sí mismas, procurase evitar que le fuera ordenado aquello que no le gustase ejecutar. De esta manera es cierto que no chocaría violentamente contra la roca del voto de obediencia; pero, como su libertad no quedaría grandemente restringida, su voluntad, no sería obediente ante Dios, pues él por astucia hacía casi siempre lo que quería.

Y mucho menos podría aun esperar la gran recompensa prometida a los obedientes, quien, haciendo ordinariamente poco caso de las mil pequeñas ordenaciones, que forman la trama principal de la vida religiosa, pusiera cuidado tan sólo en guardar lo que formalmente está mandado o prohibido *en virtud de obediencia*, lo cual ya se sabe que obliga gravemente a la persona religiosa.

2. Pero hay una distancia enorme entre la perfecta obediencia, y aquellas ordenaciones que no pueden ser traspasadas sin quebrantar los preceptos formales del voto de obediencia. En un extremo está nuestro divino modelo, Nuestro Señor Jesucristo, «a quien obedecían la mar y los vientos» (1) y también los espíritus inmundos (2) y «le servían los ángeles» (3), y no obstante, «se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo y haciéndose obediente hasta la muerte» (4).

(1) Math. VIII-27.

(2) Marc. I-27.

(3) Math. IV-11.

(4) Ad Philip. II-7, 8.



En el extremo opuesto el Derecho y la Moral, que, mostrando a las personas religiosas los estrictos preceptos del voto de obediencia, les dicen: «Si de aquí pasáis, quebrantáis gravemente el más fundamental de los votos religiosos; cargáis vuestra conciencia con pecado mortal, y atraéis sobre vosotros todo el rigor de la ley que profesasteis».

3. Pero en las casas religiosas afortunadamente poquísimas veces es traspasada la línea del voto de obediencia, ni de los otros votos de religión. De tal manera que, si son pocas las almas que llegan a la obediencia perfecta, de modo que puedan decir con verdad que ya no tienen voluntad propia en nada, sino que su voluntad en todo es la de Dios, yo creo sinceramente que son aun menos los que, con toda deliberación, llegan a quebrantar el voto de obediencia, cuando por la ley o por el Superior les es formalmente intimado.

Pero también sé que entre estos dos extremos, de consumada virtud, o de total ruina, hay campos anchísimos, dentro de los cuales se mueven multitud de personas religiosas. Algunas están ya muy cerca del supremo ideal de obediencia; otras más lejos; y otras están tan lejos todavía, que apenas han comenzado a dar los primeros pasos. Algunas otras, quizá, no han siquiera comenzado a caminar; están muy afanadas junto al extremo opuesto. No es que deseen traspasarlo; no, pero no saben apartarse mucho de él. Como quien anda caminando junto a una cerca de púas, esas personas religiosas tienen que tener sumo cuidado para pasar por

allí, y no rasgar la vestidura de sus votos. Tan sólo a fuerza de equilibrios con su conciencia pueden tener alguna sombra de paz consigo mismas.

4. Quizá no será difícil encontrar en algunas casas religiosas algunas pobres almas así; que viven una vida muy afanosa, no precisamente en procurar cómo se librarán de algún defecto, o en cómo servirán mejor a Dios. Se han propuesto un problema realmente difícil de resolver, y a él consagran lo mejor de su vida. Su ideal es buscar el modo de vivir en el claustro, de manera que por una parte no se vean en la precisión de estar nunca *contra* sus Superiores, y por otra, que su libertad no esté muy cohibida, ni su voluntad contrariada. La habilidad de esas personas es *prevenir* que no se les mande lo que les desagrada. Así no sienten grandes choques contra su conciencia, ni contra su amor propio, porque por una parte creen bienamente que no faltan a la obediencia, y por otra hacen casi siempre lo que quieren.

Bien triste es en verdad la condición de esas almas. Es cierto que en el estado de su conciencia no se puede señalar ningún punto en que precisar un solo pecado mortal; pero quizá, en algún sentido esto sea lo peor para ellas, pues les falta un estímulo que despierte sus remordimientos, un punto en que apoyarse para reaccionar contra su vida de frialdad y egoísmo.

5. A los que por mucho tiempo han aspirado una atmósfera viciada no se les puede precisar ninguna herida mortal, pero como todo su organis-

mo está afectado, se están muriendo poco a poco, pues su vida es tan lánguida que, más bien que vida, se debería llamar muerte lenta.

Así también las pobres almas religiosas que siempre han huído cuanto han podido de la obediencia, aunque no se las puede señalar un solo pecado grave contra este voto, ni contra otros, llevan una vida tan raquífica, tan pobre, que no sé cómo se puede llamar vida religiosa la suya. Esas vidas, aunque las supongamos exentas de pecados mortales, no sé cómo pueden ser ofrecidas a la divina Justicia como cierta compensación por los pecados del mundo. Y, no obstante, todas las personas religiosas, enriquecidas con tantas gracias especiales como a nuestra vocación son inherentes, unidas en espíritu a Nuestro Divino Redentor, hemos de ser con nuestra oración y vida virtuosa como un contrapeso a la Divina Justicia que contrarreste de algún modo los pecados e indiferencias de las gentes del mundo. Estos son los institutos religiosos en la mente de la Iglesia, y también ante la conciencia del pueblo cristiano.

Pero una persona religiosa que, fuera de lo que fuere manifiesto pecado mortal, ha escatimado a Dios cuanto ha podido de lo que libremente le había dado, que ha aspirado siempre un ambiente de sutil egoísmo, seguramente no compensará mucho a la Justicia Divina por los pecados y negligencias del mundo. Me parece que más bien atraerá contra sí los divinos enojos. Dios no gusta en verdad de esas pobres almas que parecen incapaces de mal y de

bien, que ni sienten sobre sí el horror de ningún pecado mortal, ni tampoco el fervor de la caridad.

Dios mismo nos ha manifestado lo que de esas almas piensa, pues hablando con una de ellas en el Apocalipsis nos dice: «Conozco tus obras, y sé que no eres frío ni caliente. Ojalá que fueras frío o caliente. Pero, puesto que no eres frío ni caliente, comenzaré a vomitarte de mi boca» (1).

Creo que ninguna persona religiosa quisiera que se le pudiera aplicar este terrible pasaje bíblico. Y no obstante, bien se ve que no es contra ninguno que estuviera cargado con pecado mortal, sino contra uno que ni siente el frío glacial del pecado, ni el fervor de la caridad. Dios Nuestro Señor no rechaza, sino a los que son reos de pecados graves. A las almas tibias no las aparta de Sí; las tiene delante de Sí; están aún unidas a El por la gracia; pero tan afeadas están por sus negligencias que le provocan a náuseas, y que tendrá que arrojarlas como se arroja lo que se vomita.

Terrible palabra esta de la Escritura divina contra las almas tibias en el servicio de Dios. ¿Y que almas más tibias que aquellas que nunca acaban de dejarle al Señor su propia voluntad que por el voto de obediencia le entregaron?

A Dios no le interesan gran cosa nuestros bienes que le dimos por el voto de pobreza, ni nuestro cuerpo que le entregamos por el voto de castidad, ni todas las prácticas religiosas que llenan nuestra

(1) Apocalip. XV-15, 16.

vida. Todo esto no son más que medios que se ordenan al sacrificio verdadero y positivo de nuestra propia voluntad. Y si este sacrificio le escatimamos a Dios, ¿qué nos queda de valor en la vida religiosa?

6. Cuando en el día de su juicio particular esas pobres almas religiosas, que tan celosas vivieron de su propia voluntad dentro del estado religioso, se presenten para dar cuenta del fruto de su vocación, cada una de ellas podrá rendir su cuenta con estas palabras, al parecer tan sencillas, pero realmente tan terribles. «Señor, aunque en mi vida religiosa he procurado hacer casi siempre lo que he querido, y muchas veces lo he conseguido, nunca he intentado realizar lo que sabía era contra mis votos religiosos».

No creo pueda servir para nadie de consuelo o de esperanza al pensar que así podrá dar cuenta de su vocación el día del saldo definitivo. Ciertamente que Nuestro Señor Jesucristo no fundó el estado religioso con la obediencia por base, y con tantísimas gracias a él vinculadas, principalmente para que no se derribaran las columnas que lo debían sostener.

Los votos religiosos son tan sólo las columnas del estado religioso. Pecar contra alguno de ellos es atentar contra lo fundamental del estado religioso. La primera y más necesaria obligación de una persona religiosa es guardar intactos sus votos. Esta es su primera obligación, pero no es la única; porque por la observancia fiel de sus votos

debe elevarse al ejercicio de las virtudes a ellas inherentes.

No habrá quebrantado seguramente sus votos de obediencia o de pobreza quien en la vida religiosa no se ha rebelado jamás contra el Superior, ni contra la ley; ni ha dispuesto de cosa alguna como propia; pero, si se ha esforzado casi siempre en proceder según las inclinaciones de su propia voluntad, ¿se puede decir que es un espíritu obediente y dócil?. Si nunca se resignó a que le faltara algo de lo que le pareciere preciso, o tan sólo conveniente, ¿será considerado por Dios como uno de aquellos pobres de espíritu a quienes el Divino Salvador llamó bienaventurados?. Seguramente que no; de la misma manera que no recibiría salario quien, habiendo sido llamado a trabajar en un campo o en un taller, al fin del día no pudiera mostrar sino que, no había destrozado nada de lo que para trabajar en el taller o jardín se le había confiado.

7. Decía Nuestro dulcísimo Salvador a sus discípulos: «Yo os elegí a vosotros para que vayáis y déis fruto» (1). Y de uno que venía muy contento de su comisión porque había tenido mucho cuidado de no perder lo que se le había confiado, pero no lo había hecho producir, dijo el Señor: «quitadle lo que tiene y dáselo al que ya tiene, porque al que ya tiene, se le dará más, y se enriquecerá; y al que no tiene, aun aquello que pa-

(1) Joann. XV-16.

rece que tiene, le será quitado; y al siervo inútil arrojadle a las tinieblas exteriores». (1).

Estimo que el caso de una persona religiosa que jamás hubiera quebrantado el voto de obediencia, ni trabajado para adquirir la virtud de la obediencia, sería muy parecido al de ese siervo inútil del Santo Evangelio. Este tuvo gran cuidado en no deteriorar nada; no perdió nada; pero como nada produjo, finalmente lo perdió todo, porque el Señor lo rechazó a él mismo.

8. De la raíz convenientemente enterrada, guardada y protegida, nace el tallo o tronco, del tronco las ramas, y de las ramas las flores y los frutos.

Pues el voto de obediencia es la raíz amarga que debe enterrarse puesto que es la interior inmolación de la voluntad a Dios. Convenientemente guardada, dá, como su desarrollo natural, la virtud de la sincera obediencia; y ésta es como tronco esbelto y robusto, del que proceden diferentes ramas, siempre frondosas, que producen delicadas flores y deliciosos frutos. Pues la perfecta obediencia, acompañan todas las demás virtudes, y el hombre que es en verdad obediente, siempre dá de sí todo lo que es capaz de dar; y como Dios bendice siempre, jamás deja de ser útil a sí y a su Orden. Es el hombre perfecto que agrada a Dios y hace bien a todos. Este es el ideal religioso.

9. Las ventajas del espíritu obediente son muchas y muy grandes:

(1) Math. XXV-25 y sigs.

1.<sup>a</sup> Primeramente sabe que obedeciendo hace lo que más agrada a Dios. Nuestra Santa Madre tuvo como gran dicha que le permitieran obligarse por voto a hacer siempre lo más perfecto. Pues las personas que tienen la dicha de estar debajo de obediencia en todos los detalles de la vida, saben que lo más perfecto para ellas, y lo más agradable a Dios, es hacer lo que les mandan.

Dichoso quien nunca ha de echar sobre sí la responsabilidad de sus acciones, ni de sus determinaciones.

2.<sup>a</sup> Tienen el mismo mérito en todo, así en lo más humilde, como en lo más elevado. Pues su mérito no está en lo que hacen, sino el porqué lo hacen. Y puesto que el único móvil de sus actos es la voluntad de Dios, en cuanto les está manifestada por sus legítimos representantes, tanto mérito tiene, si el espíritu de obediencia es igual, el que hace una acción muy humilde y oscura, como el que realiza obras muy honrosas según el mundo.

3.<sup>a</sup> Se libran del pesar terrible e inquietudes amarguísimas que suelen producir los fracasos reales, o solo temidos. El que por obediencia obra, no fracasa jamás; no tiene una decepción. Porque no se le exige que sus actos obtengan éxito; esto no puede caer debajo de la obediencia. Se le pide que haga cuanto esté de su parte para que se consiga el fin. Hecho lo primero, él ha conseguido ya su fin personal, que es dar gusto a Dios en la ejecución de la obediencia. Lo demás no puede tener para él más que un valor secundario.



4.<sup>a</sup> Tiene como cierto derecho a los especiales auxilios de Dios, pues el obediente no obra en nombre propio, sino en nombre de Dios. Por esto cuando ha hecho cuanto estaba a su alcance, puede decirle a Dios: «Señor, mi parte está hecha; ahora haced Vos la vuestra». Y ¡cuánto no se aviva nuestro ánimo, cuando tales confianzas nos podemos permitir con Aquel que es la fortaleza misma!

5.<sup>a</sup> A todo esto podríamos añadir una última ventaja; y ésta es que el obediente, en cierto modo, se hace impecable. Pues como dice Nuestro Padre San Juan de la Cruz, «Quien no anda en gustos propios, ni de Dios ni de las criaturas, ni hace su voluntad propia, no tiene en que tropezar» (1).

El demonio nada puede contra el alma obediente, pero está claro que no conseguiremos estas grandes ventajas de la obediencia, sino ponemos grandísimo empeño en guardar estas Cautelas del Santo Padre. Por esto nos dice tan terminantemente: «Y si esto no guardas en lo poco y en lo mucho, aunque más te parezca que aciertas, no podrás dejar de ser engañado del demonio en poco o en mucho. Y aunque no sea más que en no regirte en todo por la obediencia, ya yerras culpablemente».

Palabras son estas que debemos meditar mucho especialmente cuando se nos haga dificultoso el obedecer porque nos parezca que sería más acertado nuestro juicio. Es casi seguro que hay ahí al-

---

(1) Aviso 285.

guna sugestión del enemigo que nos quiere hacer tropezar, o, cuando menos, pretende hacernos perder el mérito de la obediencia; pues ya sabemos que no nos ha de tentar con ofrecernos lo malo, como malo, sino que nos lo presentará siempre con apariencias de bueno, y aun de lo mejor. Teniendo presente esta doctrina de Nuestro Padre San Juan de la Cruz nadie será engañado a causa de ignorancia.

10. Quiero terminar este capítulo con unos pasajes muy instructivos de Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús. «Mirad hermanas, que no nos tiene olvidadas el demonio; también inventa sus honras en los monasterios, y pone sus leyes, que suben y bajan en dignidades como los del mundo... Y aún si se lo mandase la obediencia, lo tendría por agravio, y habría quien tornase de él, que es afrenta» (1).

Y en otra parte añade: «En los movimientos interiores se traiga mucha cuenta, en especial si tocan en mayorías. Dios nos libre por su pasión de decir ni pensar, para detenerse en ello, (si soy más antigua), (he más años), (si he trabajado más), (tratan a la otra mejor). Si estos pensamientos vienen, es menester atajarlos con presteza; que si se detienen en ellos, u los ponen en plática, es pestilencia, y de donde nacen grandes males. Si tuvieran priora que consienta cosas de estas, por poco que sea, crean por sus pecados ha permitido Dios

(1) *Camino de perfección*, Cap. XXXVI.

la tengan para comenzarse a perder, y hagan gran oración, porque dé el remedio, porque están en gran peligro» (1). «Parezcámonos, hijas mías, en algo a la gran humildad de la Virgen sacratísima, cuyo hábito traemos, que es confusión nombrarnos monjas suyas; que por mucho que nos parezca que nos humillamos, quedamos bien cortas para ser hijas de tal Madre, y esposas de tal Esposo. Así que, si las cosas dichas no se atajan con diligencia, lo que hoy no parece nada, mañana por ventura será pecado venial; y es de tan mala digestión; que si os dejáis, no quedará solo: es cosa muy mala para congregaciones» (2).

Si estos prudentísimos avisos de la celestial Maestra fueran guardados con toda exactitud, muy bien asegurado estaría el espíritu de obediencia en las casas religiosas. Y si la obediencia es fielmente guardada, el demonio no es fácil que pueda perturbar la paz de los hijos de Dios.

---

(1) Ibid, Cap. XII.

(2) Ibid, Cap. XIII.



## CAPITULO XI

## QUINTA CAUTELA: SEGUNDA CONTRA EL DEMONIO

## CÓMO HAY QUE CONSIDERAR A LOS SUPERIORES.

## DEBERES QUE ELLOS TIENEN

1. TEXTO DEL SANTO.—2. GRAVEDAD DE ESTA MATERIA.—3. LOS DEFECTOS HUMANOS DEL SUPERIOR Y LA ESCASA VIRTUD DE LOS SÚBDITOS. LA VERDAD A MEDIAS ES PELIGROSA.—4. LAS DIGNIDADES HONRAN. PERO TAMBIÉN SON UNA PRUEBA. HAY NATURALEZAS TAN DÉBILES QUE CON POCA ALTURA SE MAREAN.—5. MAYOR LIBERTAD. EL BUEN SUPERIOR CREE TENER MENOS.—6. EXAMEN DEL PRIMER SUPERIOR DE LA IGLESIA.—7. EL MEJOR SUPERIOR, EL QUE TIENE MÁS GRAN CORAZÓN. TODO HOMBRE NECESITA AFECTO.—8. DOS EJEMPLOS PRÁCTICOS.—9. HE AQUÍ AL HOMBRE.—10. EL SUPERIOR ES NUESTRO PADRE. NO TIENE DERECHO A RECHAZARNOS. BENDICE. NOS SENTIMOS QUERIDOS.—11. LA MAYOR FUERZA MORAL ESTÁ EN EL AFECTO. COMO LO OTORGA LA PROVIDENCIA. CUÁN POBRE ES LA NATURALEZA HUMANA EN CARIÑO.—12. EL SUPERIOR DEBE BUSCAR A LOS SÚBDITOS. NATURALES REPULSIONES. ALMAS QUE PARECE NO TIENEN MÁS MISIÓN QUE MOLESTAR.—13. LAS HORAS DE PRUEBA PARA EL SUPE-

RIOR. LA VOZ DE LA CONCIENCIA, Y LA VOZ DEL ORGULLO LASTIMADO.—14. CUÁN DIFÍCIL ATENDER A LA CONCIENCIA. LAMENTOS DE MOISÉS.—15. LOS INGRATOS Y DEFECTUOSOS. PASAJE DEL PROFETA EZEQUIEL.—16. EL EJEMPLO DEL SUPERIOR, Y SU GRAN RESPONSABILIDAD.—17. CÉLEBRE Y TERRIBLE PASAJE DE SANTA TERESA.—18. ¡POBRES SUPERIORES!

1. «La segunda *Cautela*, que jamás mires al Prelado como a menos que a Dios, sea el Prelado quien fuere; pues le tienes en su lugar. Y advierte, que el demonio, enemigo de humildad, mete mucho aquí la mano. Mirando así al Prelado, es mucha la ganancia y aprovechamiento, y sin esto grande la pérdida y el daño. Y así con gran vigilancia vela en no mirar a su condición, ni en su modo, ni en su traza, ni en otras maneras de proceder suyas; porque te harás tanto daño que vendrás a trocar la obediencia de divina en humana; moviéndote, o no te moviendo, sólo por los modos que vieres visibles en el Prelado, y no por Dios invisible a quien sirves en él. Y será tu obediencia vana, o tanto más infructuosa, cuanto tú, por la adversa condición del Prelado más te agravas, o por la buena condición te alegras. Porque te digo, que con hacer mirar en estos modos, a grande multitud de religiosos tiene el demonio arruinados en la perfección; y sus obediencias son de muy poco valor ante los ojos de Dios, por haberlos ellos puesto en estas cosas acerca de la obediencia. Si en esto no te haces fuerza, de ma-

nera que vengas a que no te se dé más que sea Prelado uno que otro, por lo que a tu particular sentimiento toca, en ninguna manera podrás ser espiritual ni guardar bien tus votos».

2. Son tan graves las palabras de Nuestro Santo Padre en esta Cautela, que merecen especialísima atención de cuantos de hijos suyos nos gloriamos. Nos manda que no miremos al Prelado «como menos que a Dios, sea el Prelado quien fuere» y nos asegura que, por no cumplir esto «a grande multitud de religiosos tiene el demonio arruinados en su perfección». Y nos amonesta que, si esto no guardamos con toda fidelidad, no sólo no conseguiremos ser espirituales, o perfectos, sino que «de ninguna manera, nos dice, podrás guardar bien tus votos».

Como se ve, es algo más que un consejo lo que el Santo nos da en esta Cautela. No se trata aquí de una materia en la que estemos con más o menos libertad para dejar o tomar, según sea mayor o menor nuestra devoción o fervor de espíritu. Lo que aquí se nos dice atañe a lo más esencial de la vida religiosa, pues evidentemente no es buen religioso quien no guarda bien sus votos. Y el Santo Padre nos asegura que no los podrán guardar bien los que no guarden fielmente esta Cautela. Bien merece, pues, que a ella dediquemos un estudio muy especial.

En esta Cautela se nos dice que los súbditos tienen seria obligación de prescindir totalmente de las condiciones personales de los Superiores, y fijarse únicamente en Dios a quien los Superiores representan.

Esta doctrina es excelentísima y necesaria, así para la santificación personal de cada uno, como para el bienestar de las Congregaciones religiosas. Y siempre será poco cuanto hagamos, así para estimularnos cada uno a sí mismo para su cumplimiento, como para inculcarlo a los demás.

3. Pero yo confieso sinceramente que creo necesario, que, cuando los Superiores inculcan a los súbditos sus deberes, se recuerden también ellos a sí mismos los suyos, pues los tienen y muy grandes. Es triste verdad que muchas veces la escasa virtud de los inferiores se estrella lamentablemente contra lo que ellos estiman deficiencias de sus Superiores: y está claro que ningún Superior querrá ser motivo de tropiezo, o de escándalo para ninguna de esas almas débiles que el Señor le confió para que las consolidase por lo mismo que estaban débiles y necesitadas. Y así, antes de ampliar y recomendar este consejo de Nuestro Santo Padre, en que nos dice que «no miremos al Prelado como menos que a Dios», creo será convenientísimo recordar la gran obligación que los Superiores tienen de procurar asiduamente que en el desempeño de su alta misión, intervengan lo menos posible sus pequeñeces humanas: Porque es seguro que tienen también las suyas, como hombres que son.

Estimo que ordinariamente es inútil, y aun peligroso, decir la verdad tan sólo a medias. La verdad se puede decir siempre, y se puede esperar utilidad de decirla, con tal que se diga *toda* y con espíritu de caridad. Y la verdad entera aquí es esta: «Los



súbditos jamás deben fijarse en las condiciones personales o defectos humanos de sus Superiores. Pero los Superiores a su vez tienen grandísima obligación de procurar no poner a prueba la virtud de sus súbditos con sus propios defectos personales».

Yo, a fuer de sincero, no sabría recomendar lo uno, prescindiendo en absoluto de lo otro. Y así séanme permitidas unas sencillas consideraciones sobre los Superiores, antes de entrar de lleno en la sencilla y ciega obediencia de los inferiores. Y nadie piense que lo que voy a decir sea por espíritu de crítica u oposición a la autoridad, pues hace más de veinte años que no he tenido la dicha de dejar de ser superior en una u otra forma. Y así estas páginas servirán primeramente para estímulo de mi escasa virtud, y para confusión mía por mis deficiencias en las virtudes que sé bien debe poseer quien a otros tiene que mandar.

4. Primeramente la superioridad trae grande honor a aquella persona a quien la autoridad es confiada. Todo Superior legítimo está investido de autoridad o poder. Y como San Pablo nos advierte que no hay poder legítimo que no venga de Dios (1), se sigue que todo Superior legítimo es vicegerente de Dios. En las funciones de su cargo es para sus súbditos como Dios. A todos los Superiores legítimos son aplicables aquellas palabras del Santo Evangelio: «Quien a vosotros oye a mí me oye, y

---

(1) Ad Rom. XIII-2.

quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia, y quien me desprecia a mí, desprecia a Aquel que me envió» (1). Y a los que tienen cargo de almas la Divina Providencia se los asocia en la obra más importante del mundo, cual es la obra de la salvación y santificación de las almas. Por esto decía San Pablo, explicando su ministerio: «Nosotros somos ayudadores de Dios» (2). Grandísima dignidad y altísimo honor es ayudar a Dios, y cooperar con El al gobierno y santificación de algunas almas. Y estos son los Superiores en orden a sus súbditos. Por esto ocupan siempre entre ellos el lugar de preferencia; y San Pablo decía: son dignos de doble honor aquellos *presbíteros que entre vosotros presiden dignamente* (3).

Pero haría mal el Superior que en su cargo no viera más que un derecho a ser honrado. Por que, si la autoridad es un honor, es también un peligro. Y este es más o menos grande según la virtud y condiciones personales del Superior.

La autoridad eleva; pero cuanto más alto sube uno, más expuesto está a las miradas de todos. Mientras uno está confundido entre las muchedumbres, le es muy fácil disimular sus defectos. Pero si lo levantan un poco se verán hasta las más pequeñas manchas de sus vestidos. Y mucho se resisten los hombres a honrar a aquél que les parece que con sus defectos deshonra a su cargo.

(1) Luc. X-16.

(2) I Ad Cor. III-9.

(3) I Tim. V-17.

Muchas veces hemos visto deshonrados y aborrecidos en las alturas a quienes, como simples particulares, eran de todos muy queridos y estimados.

Además hay naturalezas tan débiles, que no pueden asomarse a mirar desde las alturas, sin sentir vértigos. La superioridad es una gran elevación: y hay personas que no podrían mirar desde allí a sus inferiores, sin sentirse mareadas. No se que vaporcillos de vanidad suelen subir a esas cabezas tan débiles, que fácilmente se les nubla el juicio si pueden mirar a algún hermano suyo aunque no sea mas que desde un palmo de altura. No hay piedra de toque tan eficaz como la superioridad para saber lo que vale una persona. Por esto el Sabio nos da este prudentísimo consejo: «¿Te hicieron Superior? pues no te envanezcas; vive entre ellos como uno de ellos» (1).

5. El Superior no tiene inmediatamente sobre sí quien le haga cumplir la ley. Su principal regla de conducta en la multitud de pequeños detalles de la vida cotidiana, es únicamente su conciencia. Goza, por consiguiente, de mayor libertad, y la libertad es el medio segurísimo de conocer lo que una persona es. Los buenos educadores afirman que para conocer el verdadero carácter de los niños no hay sino dejarles que jueguen a su completa libertad y holgura.

Y para saber lo que una persona realmente es

---

(1) Eccí. XXII-1.

y vale no hay como la superioridad. Gran virtud y temple moral ha de tener, quien es muchos años Superior sin gastarse. Bien digna de compasión sería la persona que se aprovechara de su cargo para satisfacer mejor sus pequeños caprichos. Es seguro que así comprometería poco o mucho su autoridad ante la conciencia de sus súbditos.

En todas partes, y especialmente en las Ordenes religiosas, los buenos Superiores, tan lejos están de creer que pueden gozar de mayor libertad por razón de su cargo, que se consideran más cohibidos que sus súbditos. Estos, con sólo el permiso del Superior, hacen lícitas y aún meritorias las acciones que en sí serían indiferentes y aún dudosas; mientras que lo lícito no es conveniente para los Superiores; necesitan la plena conformidad tácita de sus súbditos, y esta no es tan fácil conseguirla. Deben los Superiores tener presente la sentencia de aquel gran modelo de Superiores, San Pablo, quien decía: «No me es conveniente todo lo que me es lícito». (1)

6. Nuestro Señor Jesucristo personalmente instituyó al primer Superior de su Iglesia. Pero primeramente lo examinó tres veces en el amor. «¿Me amas? ¿Me amas más que los otros?». Esta pregunta dirigida a un hombre por el mismo Salvador es sencillamente adorable, porque, al leerla en el Evangelio, es preciso caer de rodillas y adorar a un Dios que tales ternuras tiene para sus po-

(1) I ad Cor. VI-12.

bres criaturas. Es terrible para el hombre a quien se dirige; no es posible contestarla con palabras, cuando se ha entendido bien. Hay sentimientos del alma, que no admiten más expresión externa que sollozos y lágrimas. San Pedro, muy resuelto, había contestado afirmativamente dos veces. Pero aún no se daba cuenta cabal de lo que decía. La mirada y la palabra de Dios crean lo que parecen inquirir. Jesús, mirando a San Pedro y preguntándole, enciende en aquella alma del primer Apóstol lo que tan sólo parece quería averiguar. A la tercera pregunta del Divino Redentor aquella alma queda transformada; la obra que Jesús intenta está cumplida. El primer Apóstol de Jesucristo y el primer Superior de la Iglesia, y modelo de los demás, ya no puede hablar, sino el lenguaje adecuado al amor perfecto: Gime, llora, se anonada: «Señor, Tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo». Y hasta que aquella sublime pregunta no fué así contestada, no se le intimó a San Pedro este inefable mandato: «Apacienta mis ovejas» (1).

7. Esto quiere decir que un Superior ante todo tiene que ser hombre de corazón. En igualdad de circunstancias y condiciones, aquel es mejor Superior que sea capaz de prodigar mayores afecciones a todos. La ley es de por sí dura, y, si quien está encargado de hacerla cumplir, no la suaviza un poco con afectuosas bondades, es seguro que pondrá en peligro su autoridad, y será una tentación

(1) Joann XXI-17.

para la flaqueza de sus súbditos. Las personas religiosas especialmente necesitamos que se nos trate con cariño. Podrá esto parecer pueril a algunos, pero es una verdad, que es necesario tener en cuenta, si se quiere conservar la paz en las comunidades religiosas. Y hay que repetirlo: Tenemos hambre de cariño hasta cuando estamos convencidos de que menos lo merecemos. Hasta ahora no he conocido ningún hombre, por alto que pareciera morar, que, de algún modo no manifestara sentir dulces emociones como de niño, al recibir ciertas pruebas de sincero afecto de parte de personas que le merecieran estimación y respeto.

8. Conocí en mis primeros años de vida religiosa a un joven sacerdote que, sin saberlo él, fué para mí un libro completo de observación. Había conseguido bastantes glorias literarias. Pero su vocación religiosa era tan débil que, cuando hablé por primera vez con él, estaba en vísperas de salir de la Orden, como efectivamente salió, y al poco tiempo murió. Como un día faltase al refectorio a la hora de comer, nuestro Superior, que era un Santo hombre, me mandó a averiguar la causa, y que en todo caso prestara a aquel religioso las atenciones que necesitara. No había más que ver aquella cara para comprender que aquella alma estaba grandemente turbada. La misión que de parte del Superior le trafa yo le animó. Me hizo repetir varias veces las mismas palabras; y, bien asegurado que eran las mismas que había pronunciado el Superior, aquella cara se iluminó como un

rayo de felicidad, se levantó, bajó al refectorio, y comió con regular apetito.

Un pobrecito condenado a muerte, a quien me tocó asistir, me decía también poco antes de morir: «Lo que más siento es morir sin que nadie me quiera. No habrá una sola alma que lllore sobre mi cadáver, ni ponga una cruz sobre mi tumba». Y como viese que yo lloraba con él, y le prometí que pondría una cruz sobre su sepulcro, aquel hombre, a mi lado, subió las gradas del patíbulo, no sólo resignado, sino hasta radiante de contento.

He aquí al hombre. Así es la humanidad cuando se llega al fondo de ella. No creo que haya hombre alguno, por perverso que se le suponga, que no se animará a trabajar para ser un hombre de bien, y aun a aspirar a ser un santo, si llegara a convencerse de que aun es capaz de recibir y de dar afectos tan dulces y tan puros como los que prodigaba y recibía cuando aún jugaba en el regazo materno.

10. Pero los religiosos llamamos *Padre* a nuestro Superior, y de verdadero padre ha de ser su corazón. Aquí está uno de los más bellos encantos de la vida religiosa. Es en verdad una dicha amar y ser amado con ese afecto que es tan reposado, por lo mismo que las pasiones, ni siquiera la sangre por inclinación de parentesco no tienen parte en él. Pero no por esto es menos dulce, ni menos profundo. Este es un tesoro propio de la vida religiosa. En la juventud, mientras el corazón puede soñar, y la imaginación no sabe representarnos

más que luz y estrellas en el cielo, y flores y sonrisas en la tierra, es bastante fácil encontrar amistades y cultivarlas dentro de un afecto sincero y limpio, y así gozar la creencia de que uno es querido en la misma medida en que uno quiere. Pero después, sobre todo cuando ya se llega al atardecer de la vida, cuando parece que ya no hay derecho a sonreír sino mirando al cielo, pues naturalmente se causan repulsiones, y se sienten desconfianzas, cuando una vida trabajosa ha puesto nuestro espíritu y nuestro corazón como esos cascajos de las playas, sujetos siempre al vaivén de las olas, con los que parece que el mar se complace en jugar, entonces es una dicha podernos confiar, con el abandono y confianza de un hijo a su padre, a un hombre que sabemos que no tiene ni siquiera el derecho de rechazarnos; que nos consta considera como un honor, y siente placer en recibirnos, así como un padre recibe a sus hijos.

Por esto, porque es *nuestro padre*, de rodillas besamos su mano, o su escapulario, de rodillas recibimos su bendición antes de entregarnos al descanso de la noche, y al entrar y salir de casa; y seguramente ningún religioso querría morir sin recibir antes la bendición de su Prelado. Si todo esto no fuera hermosísimo y encantador, sería una farsa indigna. Si no tuviéramos la seguridad de que el Superior realmente nos ama como un padre, se nos harían durísimos de cumplir estos y semejantes puntos de disciplina religiosa.

El más bravo general se siente feliz, si, arrodil-



llado, puede recibir la bendición y las caricias de su madre. Y todos los religiosos, así los más jóvenes, que aun lo ven todo color de cielo, como los más ancianos, a los que los años, el dolor y el trabajo les hacen inclinar la cabeza para que miren mucho al sepulcro, se sienten felices, creyéndose amados por su Superior. Le miran satisfechos, cuando están seguros que en su corazón no está falsificado el dulce nombre de padre que le dan.

11. Pero todo esto que es tan dulce para los súbditos es lo más difícil para el Superior. Lo que más vale es siempre lo que más cuesta de obtener. La mayor fuerza moral del hombre está en el corazón. Un amor sincero y profundo, afectuoso como de padre, y tan fuerte que dure siempre y llegue hasta el olvido de sí mismo, hasta el sacrificio continuado, es la mayor maravilla del mundo moral. Como este amor es necesario para que el género humano pueda subsistir, Dios, como autor de la naturaleza, lo infunde en el corazón de los padres según la sangre, especialmente en el corazón de la madre. Y como es asimismo necesario en la vida de las Ordenes religiosas, Dios lo da también a los buenos Superiores; pero quiere que se lo pidan, y que en cierto modo lo merezcan. Por esto al primer Superior de la Iglesia le hizo pasar tan delicado exámen en el amor.

Y aquí es donde está la principal dificultad para desempeñar bien el oficio de Superior de una casa religiosa. Si todos los Superiores pudieran tener siempre en su mano su corazón, si pudieran con-

servar perpetuamente esa juventud de sentimientos que tenían los Santos, y esa afectuosa bondad que suaviza todas las asperezas; ahí entonces sería fácil el oficio de Superior. Pero la naturaleza humana es muy pobre en esa clase de afectos. La juventud del corazón es tan difícil de conservar como la del cuerpo. Sin una gracia muy especial es imposible. Todo hombre, más o menos, tiene que lamentar en sí mismo lo que tan delicadamente cantaba llorando el Poeta-Rey: «Mis faltas se multiplicaron sobre los cabellos de mi cabeza y mi corazón me abandonó» (1). Un corazón que nunca deje de amar afectuosamente a quienes le exigen continuos sacrificios de sí mismo, es propio de las madres y de los grandes amigos de Dios.

12. Yo sé muy bien que no hay Superior que no atienda con solicitud paternal a los súbditos, realmente necesitados, que acuden a él. Pero esto no basta. El título de padre obliga a mucho más. Hay que *buscar* también a los que no vienen; a los que tal vez *huyen*; y esto no para ser de ellos *chiqueado*, que esto sería pueril y ahuyentaría aún más a quienes se tienen por hombres serios, sin que quizá lo sean mucho. Es preciso buscarles para hacerles comprender que nos merecen cariño, confianza y solicitud paternal.

Yo sé bien cuánto cuesta esto. Hay hombres que tienen la desgracia de sernos naturalmente antipáticos; y nosotros lo seremos igualmente a

(1) Psal. XXXIX-13.

otros. Esos hombres, por sus modales, por su especial educación, por su carácter, por su muy particular modo de pensar, causarán un choque a nuestros nervios cuantas veces se nos pongan delante.

Para ejercicio de la virtud de sus escogidos, Dios permitirá seguramente que alguna vez se encuentren en una casa religiosa algunas de esas almas, que parece tienen como particular razón de su existencia en este mundo el vivir sufriendo mucho en sí mismas, sin que a punto fijo sepan el por qué, y el mortificar a otros, sin intención. Todo les molesta y a todos molestan porque de sí mismas viven descontentas.

Es seguro que esas pobres almas ante sus Superiores tomarán esa actitud, tan cómoda para corazones egoístas, tan contraria al espíritu evangélico, tan fatal para las casas religiosas, y tan molesta para las personas delicadas; procurarán en lo exterior no faltar a la disciplina religiosa, y se pondrán en guardia para que nadie les falte a ellas. Aisladas de los que no piensan como ellas, se constituirán en *observadoras* de todo y de todos. Seguramente el Superior saldrá el peor parado. Sus defectos reales serán todos observados y notablemente abultados; y sus mejores intenciones, mal interpretadas. No habrá odio para él; no, eso no; porque el odio no puede arraigarse en una casa religiosa. Pero los *rasguños* a su amor propio serán frecuentes, y le harán derramar sangre del corazón.

13. Esas son las horas de prueba para un Superior. Aquí se inutiliza, o se purifica y agiganta su figura moral. Su dignidad ofendida, y su amor propio lastimado, le dicen que *abandone* a esos pobres corazones, mientras estén así; que no importa que ese frío que comienza ya a haber entre él y ellos se vaya intensificando y elevando hasta formar una montaña de hielo. Hasta quizá le aconsejen que poco a poco se vaya también desquitando, correspondiendo en la misma forma. Pero la conciencia del Superior le dirá: «Mira que eres padre y más que padre. Debes portarte con ellos como se portarían sus propias madres, si a su lado estuvieran; y una madre jamás abandona, ni se vengas».

La prudencia humana nos susurra a los oídos del amor propio lastimado que esas personas tendrán especial gusto en tomar ocasión para herirnos de nuevo a cada intento que hagamos para aproximarnos a ellas. Pero la caridad de Jesucristo y la prudencia cristiana nos dicen: «Esas pobres almas pasan una crisis, porque están tentadas, y ellas mismas lo ignoran; hay prejuicios en su espíritu, y amarguras en su corazón. No las abandones, ni las exasperes con importunas reflexiones; pero aprovecha todas las oportunidades para disminuir algún prejuicio de su espíritu y alguna amargura de su corazón. Porque, con un poco de luz y de amor y confianza que pudieras infundir en esas almas, volverían a ser buenas, y quizá mucho mejores que otras. Y mientras otra cosa no puedas hacer, ora mucho por ellas, sufre y espera».

14. Pero ah ¡cuántos sacrificios impone al Superior esta voz de la conciencia! ¡Qué bien se comprende entonces que la superioridad es una *carga*! Si los hombres no fuéramos tan necios, o no viviéramos en tan ordinaria distracción de lo que la superioridad significa e impone, no habría uno solo que aceptara un cargo, sino por ineludible deber de conciencia. Pues convengamos en que es sobre las fuerzas ordinarias del corazón humano, amar siempre con afectuosa bondad hasta el sacrificio de sus propias susceptibilidades a quienes sabemos que nos quieren muy poco, y que quizá hasta se complacen en mortificarnos. Entonces el Superior siente la necesidad de arrodillarse, y ante el Crucifijo o el Sagrario repetir la hermosísima plegaria de David; «Señor, ten misericordia de mí... Dame un corazón limpio y crea un espíritu de rectitud en mis entrañas... No apartes de mí tu rostro, ni me niegues tu santo espíritu. Concédeme sana alegría de corazón, y confirma en mí el alto espíritu» (1), de prudencia de fortaleza y de bondad.

Hay horas tan críticas en la vida de los Superiores que no les queda más recurso y alivio que la humilde y confiada oración a Dios. ¡Ah! como se comprenden entonces aquellas quejas y lamentos de Moisés, a quién el Señor había constituido primer superior de su pueblo. Cuando, después de tantas solicitudes, vió al pueblo descontento y murmurando de Dios y de él, le pareció insoportable su situación, y se volvió a Dios con estas

(1) Psalm. L-II, 12.

palabras, que denotan profunda amargura del alma: «¿Porqué Señor, así afliges a tu siervo? ¿Porqué, pusiste sobre mí la carga de este pueblo? ¿Por ventura engendré yo, o concebí, esta muchedumbre para que Tú me digas ahora-Llévalos en tu seno como la nodriza suele llevar al pequeño infante?» (1).

15. Y no hay derecho a excusarse con decir que esos súbditos son ingratos, pues la recompensa hay que esperarla sólo de Dios. Ni con que son poco amables, pues hay que amarles, no por sus cualidades, sino porque Dios quiere que se les ame. Ni tampoco es una excusa legítima el decir que son muy defectuosos, pues precisamente por eso, porque son defectuosos, hay Superiores, para que los corrijan por la caridad o para evitar que se hagan peores; o al menos para que sus defectos no se extiendan a otros.

He aquí una página del Profeta Ezequiel que deben meditar con frecuencia todos los Superiores: «Y vino a mí una palabra del Señor que decía: Hijo del hombre... esto dirás a los pastores. Esto dice el Señor Dios: Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos. Vosotros no apacentasteis mi rebaño. Lo que estaba débil no lo consolidasteis, lo que era enfermo no lo sanasteis; lo que estaba fracturado no lo vendasteis; lo que estaba caído no lo levantasteis, y lo que se había extraviado no lo buscasteis. Y los gobernasteis *con austeridad y alarde de poder*. Por esto yo mismo,

(1) Num. XI-II, 12.

sobre la cabeza de los pastores, exigiré mi rebaño de la mano de ellos» (1).

16. Por otra parte, a la dificultad de que consigo trae el gobernar, hay que añadir la gran responsabilidad por el poderoso influjo que sobre los demás ejerce el ejemplo del Superior. Ya nos amonesta el Sabio que, según el que gobierna una ciudad, así son los que en ella habitan (2). Quizá los súbditos no copiarán en sí todas las buenas cualidades del Prelado; pero difícilmente dejarán de tomar uno solo de sus defectos. Un buen Superior es una gran bendición de Dios. Y si la Santa Escritura da como una señal de próxima destrucción de los pueblos, el que estos tengan por príncipes a niños (3), se puede tener también por seguro que no se pierde una casa religiosa, y menos una congregación sin que antes hayan sido gobernadas por Superiores ineptos.

Pero, además de esto, la responsabilidad que los Superiores tienen ante Dios, es terrible, San Pablo decía: «Obedeced a vuestros Superiores porque ellos han de dar cuenta de vuestras almas» (4). Y por el Sabio nos advierte también el Espíritu Santo que será durísimo el juicio que se hará a los Superiores (5). Por esto el Santo Rey David pedía tan encarecidamente a Dios que le perdonara por los pecados ajenos (6).

(1) Ezequiel, XXXIV-4 y sigs.

(2) Eccí. X-2.

(3) Isai. III-4.

(4) Hebre. XII-7.

(5) Sap. VI-6.

(6) Psalm. XVIII-14.

17. Quiero confirmar esto con un pasaje de la vida de Nuestra Santa Madre, pasaje que no puedo leer sin estremecerme. Nos habla la Santa de la muerte de un religioso que le había hecho muchos favores a ella; la misma Santa nos dice que era «persona de muchas virtudes y que la muerte que el Señor le dió, fué de tan grande edificación que a todos dejó espantados del conocimiento y lágrimas y humildad con que murió». Se trata, pues, de un religioso de grandes virtudes según la misma Santa, que mucho le había ayudado a ella, que tuvo tiempo para prepararse a bien morir, y que lo hizo con tal edificación, y que recibió todos los sacramentos y las gracias de la Iglesia y de la Orden y las oraciones de sus hermanos. De un religioso que así vivió y murió parece había derecho a creer que se iría derecho al cielo. Pues no pensaba así la Santa Madre. Cuando supo que había muerto su bienhechor, se turbó ella en gran manera, pues llegó a temer por la salvación de aquella alma: ¡Cómo! ¿Dudar nada menos que de la salvación de un religioso que vivió y murió como un Santo? ¿Y Santa Teresa es la que duda? Sí, porque aquel religioso había sido *veinte años Superior*. Escuchemos a la misma Santa Madre: «Como lo supe que era muerto, dióme mucha turbación, porque temí su salvación, que había sido veinte años prelado, cosa que yo temo mucho, cierto por parecerme cosa de mucho peligro tener cargo de almas» (1).

¿Qué Superior podrá leer esto sin estremecerse?

(1) *Vida*, Cap. XXXVIII.



Pero veamos lo que hizo la Santa por su antiguo Superior: «Con mucha fatiga me fuí a un oratorio, y dile todo el bien que había hecho en mi vida, que sería bien poco, y así lo dije al Señor que supliesen los méritos suyos lo que había menester aquella alma para salir del purgatorio» (1). Luego nos refiere cómo a los quince días después de haber muerto, le vió ella salir del purgatorio e irse al cielo con grande gloria.

18 Aquel religioso, Prelado de vida tan ejemplar y muerte tan edificante y feliz, no salió del purgatorio hasta que Santa Teresa ofreció por él todos los méritos de su larga y santísima vida, y pidió al Señor supliese con sus méritos infinitos lo que a ella le faltaba para el rescate de aquella alma. Y como la santa era tan sumisa y tan agradecida, hay derecho a creer que siempre habría orado mucho por su Prelado especialmente habiendo recibido de él especiales favores. Y así no es temerario suponer que aquel afortunado Superior debiera en buena parte su salvación a las oraciones de su Santa hija en Cristo. Y si ella temía tanto por la misma salvación de aquella alma, ¿qué seguridad podemos tener nosotros, cuyas virtudes quizá no merecerían de la Santa Madre tan cumplido elogio? Si aquel religioso, con tantas virtudes, tuvo que estar *quince días en el purgatorio* ¿cuántos no tendremos que estar nosotros, los que, (dejando al Señor el juicio de nuestras faltas y virtudes) quizá

(1) Ibid.

no tengamos una Santa Teresa que ofrezca a la Justicia Divina por nuestro rescate todos los méritos de su vida con los de Nuestro Señor Jesucristo?

El cargo de Superior contiene, pues, muchos peligros, impone grandes y continuos sacrificios, y trae consigo terrible responsabilidad. Y, por consiguiente, no se puede soportar sino por estricta obediencia. Porque sólo en este caso hay fundadas esperanzas, y hasta cierto derecho a especiales auxilios de la Providencia, pues entonces es Dios mismo quien por nuestros Superiores nos manda que mandemos a otros. Y en este caso tanto obedece el Superior mandando, como los súbditos obedeciendo. Tan sólo un necio se puede complacer en un cargo que el mundo llama honorífico, sino es recordando que, ejerciéndolo, se cumple también un mandato de obediencia.

El que haya algunas almas incapaces de comprender cuán costoso es el gobernar, es uno de los grandes sacrificios que los superiores tienen que ofrecer al Señor. Porque un sacrificio es más doloroso, cuando es menos comprendido por aquellos en cuyo favor se hace. Pero por lo mismo será también más agradable a Dios, si con elevado espíritu y puro corazón es aceptado.

Tengamos esto presente, y seguramente nos será más fácil guardar la Cautela que Nuestro Santo Padre nos manda que practiquemos en orden a nuestros Superiores, lo cual vamos a examinar ahora.

## CAPITULO XII

## CONTINUACION

## OBLIGACIONES DE LOS SÚBDITOS

1. EL SUPERIOR ES EL MENSAJERO DE DIOS.—2. EL FIN PROFESIONAL DE LAS PERSONAS RELIGIOSAS. POCAS VECES HAY FRANCA REBELDÍA.—3. UNA REBELDÍA DISIMULADA. CUÁN PELIGROSA ES. DOCTRINA DE SANTO TOMÁS.—4. PECADO MORTAL POR DESPRECIO, O POR IMPOSIBILITAR EL FIN DE LA VIDA RELIGIOSA. LAS FRECUENTES FALTAS CONTRA LA OBEDIENCIA CONDUCEN AL DESPRECIO DE LA MISMA.—5. UNA PROFUNDA ENFERMEDAD DEL ESPÍRITU HUMANO. EL ESTADO RELIGIOSO TIENDE A SU CURACIÓN RADICAL.—6. LO MÁS ESENCIAL DEL ESTADO RELIGIOSO.—7. ESPÍRITUS ENFERMOS, Y ALMAS ENIGMÁTICAS EN LAS CASAS RELIGIOSAS.—8. ESTÁN EN GRANDÍSIMO PELIGRO DE PECADO MORTAL.—9. ATENUANTES, SÍ, PERO POBRÍSIMA DISCULPA. LAMENTABLE ESTADO DE CONCIENCIA.—10. AMONESTACIONES DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO. SI NUESTRA OBEDIENCIA NO ES MAYOR...

1. Ya sabemos por las Cautelas precedentes que contra las astucias del enemigo del género humano, y contra nuestras propias debilidades, el

medio más eficaz es una ciega y pronta obediencia a la voluntad de Dios en cuanto nos es manifestada por la ley que profesamos, o por la voluntad de nuestros Superiores, que deben gobernarnos según el espíritu de esa misma ley. El Superior no es más que un servidor de la ley, y también de sus súbditos, en cuanto por razón de su oficio está obligado a manifestarles cuál sea la voluntad de Dios en orden a la propia santificación de los mismos.

El Superior es no más que un mensajero de Dios para cada uno de sus súbditos. Y quien recibe una orden por mensaje, no pára, al ejecutarla, atención en la persona que lo trae, sino en aquella en cuyo nombre viene. Del mismo modo los religiosos no debemos fijarnos en la persona del Superior, sino únicamente en lo que nos manda, porque para nosotros, mientras no se salga del espíritu de la ley, su voluntad es la de Dios en cuyo nombre el Superior nos manda. Y aquí está todo el secreto de la santificación religiosa. Y así decía Nuestro Santo Padre con los demás firmantes de la célebre carta sobre la vida regular: «Más agrada a Dios Nuestro Señor lo que el religioso hace por obediencia, aunque sea menos, que no lo que hace por otras virtudes sin obediencia, aunque sean mayores».

2. Pero este hermoso ideal de perfección es difícil alcanzarlo. Y bien empleada está la vida de un hombre por rica que sea en otros dones de naturaleza o de gracia, si al fin llega a esta perfecta

obediencia. Los religiosos hemos escogido como nuestro fin profesional esta perfecta obediencia, juntamente con las otras dos virtudes evangélicas que son pobreza y castidad. Y por consiguiente nuestra conciencia y también nuestro honor nos exigen que caminemos siempre hacia adelante hasta conseguir esta perfecta sumisión de voluntad. Más, pensando que nunca dejamos de caminar, podemos tener serios tropiezos en este camino, o quedarnos detenidos y aún volvernos atrás.

No hay necesidad que nos detengamos en estudiar lo que es claramente pecado grave contra esta virtud. No necesito, pues, estudiar mucho aquí aquella rebeldía franca contra los preceptos formales de la obediencia; pues esta rarísimas veces puede encontrarse en las personas consagradas a Dios. Únicamente en casos de mucha gravedad y trascendencia se puede poner precepto formal de obediencia. Y ningún instituto religioso tiene muchas cosas ordenadas bajo precepto formal. Y así las personas religiosas en muy pocos casos se ven mandadas en esta forma por la ley, ni por el Superior. Y por consiguiente, una rebeldía franca contra un precepto formal de obediencia, acontece rarísimas veces en una casa religiosa.

3. Pero hay otra rebeldía mucho más peligrosa, porque es más difícil de ser conocida. No es una rebeldía franca contra algún precepto de obediencia formalmente intimado. Es más bien *una antipatia interior y consentida contra el espíritu mismo, o virtud de obediencia*. No se denuncia a

sí misma por su externa y casi siempre violenta oposición a la autoridad, o a la ley en cosas graves, como sucede en la primera. Esta es más sutil y por lo mismo, más dificultosa de conocer. Su campo es también mucho más amplio, pues se puede extender a todos los puntos de ley, y a todos y cada uno de los actos de la autoridad. Y por lo mismo, es mucho más peligrosa que la primera, pues ella puede hacer que una cosa leve en sí misma, nos sea causa de graves pecados.

En esta materia tan delicada, y tan importante al mismo tiempo, no quiero discurrir por cuenta propia; prefiero extractar la doctrina del Angélico Santo Tomás de Aquino. Así uniré la gran autoridad del Maestro a la importancia intrínseca de estas cuestiones.

El Angélico Doctor nos dice que *peca mortalmente todo el que, quebrantando un punto de la ley, desprecia la autoridad, o hace imposible la consecución del fin que el legislador intenta.* (1)

4. Así, pues, además de aquella rebeldía franca contra los preceptos de la obediencia formalmente intimados, la que ya hemos dicho que rarísimas veces acontece en la vida religiosa, se puede pecar mortalmente de otras dos maneras contra la obediencia que las personas religiosas han profesado. La primera, cuando en la transgresión hay desprecio de la ley o de la autoridad; y la segunda,

---

(1) II-II. Q. 147, a. 3 ad 3um.

cuando, a causa de esa transgresión, se hace imposible el fin que el legislador intenta.

El fin que el Supremo legislador se propuso al fundar el estado religioso, como el mismo Santo nos dice, no es otro que la perfección de la caridad, esto es, de un perfecto amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. (1) Y como el desprecio se opone a este fin es siempre pecado mortal. (2)

Pero, ¿cómo podremos saber si en una falta de obediencia hay o no desprecio? Muchísimo nos interesa tener sobre esto ideas bien claras, puesto que una falta, que en sí sería insignificante, hecha con desprecio, es siempre pecado mortal.

También nos explica esto el Angélico Doctor con su claridad acostumbrada. Según el Santo, hay desprecio de la autoridad o de la ley, cuando uno desobedece, no por ligereza, o inadvertencia; no porque su espíritu esté turbado por alguna pasión actual de ira o de afecto desordenado, sino únicamente porque *a su voluntad le repugna la sumisión*. (3)

La frecuencia de transgresiones contra la obediencia no supone necesariamente el desprecio de la autoridad o de la ley; y así no hay derecho a pensar que esté en pecado mortal quien muchas veces falta a la obediencia. Pero, como las frecuentes faltas contra una virtud predisponen y con-

(1) II-II. Q. 186, a. 7 ad lum.

(2) II-II. Q. 186, a. 9.

(3) II-II. Q. 186, a. 9 ad 3um.

ducen al desprecio de la misma, hay mucho peligro, como nos advierte el mismo Santo Doctor (1) de que insensiblemente venga al desprecio de la obediencia quien se acostumbra a faltar a ella.

5. Establecidas así las premisas, las consecuencias son fáciles de sacar, y cada uno se las debe aplicar a sí mismo.

Hay personas tan indefinidas, y cuyo estado de conciencia es tan raro, que para ellas el más poderoso estímulo para una acción es que esté *prohibida*; y la mayor dificultad para ejecutarla la encuentran en el hecho de que está *mandada*. Este es el mejor indicio para conocer hasta qué punto el virus de la primitiva rebeldía quedó infiltrado en nuestra propia naturaleza. La voluntad rechaza la sujeción, no porque vea algún otro bien mejor en hacer lo contrario de lo que se le ha ordenado, sino porque le repugna la sujeción misma. Hasta en los niños mal educados se puede observar este signo de enfermedad.

A curar radicalmente esta enfermedad tiende el estado religioso con el voto de obediencia; por eso lo fundó Nuestro Señor Jesucristo. Cualquiera otra persona obedecerá por necesidad, por atención, porque le parece razonable lo que le han ordenado. Pero las personas religiosas no tenemos derecho siquiera a decir que obedecemos porque nos parece razonable lo que se nos ha ordenado. Debemos obedecer *porque esta es nuestra profesión*, pues

---

(1) Ibid.



hicimos a Dios el sacrificio de nuestra propia voluntad. Y quiere el Señor que nuestra vida sea un continuo sacrificio y una constante reacción contra aquella enfermedad del espíritu humano. Es esta una dolencia primitiva y tan profunda que hace que el hombre esté inclinado siempre, no a abrazar lo mejor, sino lo que más le agrada.

6. «No hay mérito en obedecer porque nos parezca razonable lo que nos mandan» (1) decía una alma delicadísima. «Por el voto de obediencia, nos dice Santo Tomás, el hombre contrae con Dios la necesidad de hacer lo que no le agrada. Y así las cosas que hace son siempre más agradables a Dios, aunque en sí mismas sean de menos valor, porque el hombre no puede ofrecer a Dios cosa más grande que sujetar por su amor su voluntad a la voluntad de otro.» (2)

Aquí está lo más esencial del estado religioso, y el por qué tanto se recomienda esa sencilla obediencia, como de niños, que se llama virtud evangélica, porque está tan recomendada en el Santo Evangelio y de la que es un perfectísimo modelo toda la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Esto es lo que más agrada a Dios, porque esto no se consigue sin gran depuración de espíritu, ni sin gran perfección de caridad. Las diferentes prácticas de la vida religiosa tienen valor en cuanto a esta perfección se ordenan. Conseguir esta perfecta doc-

(1) *Sor Teresita.*

(2) II-II. Q. 186, a. V ad 5um.

lidad de voluntad y de espíritu a la voluntad de Dios es uno de los principales fines del estado religioso.

7. Quizá no sería difícil encontrar en las casas religiosas personas en las que no esté muy curada aún esa enfermedad del espíritu humano. Se podría decir que varios años de vida religiosa han endurecido su voluntad en vez de ablandarla. Ciertamente que no tienen apego a nada que en sí sea o parezca pecaminoso. Pero tienen gran tenacidad de juicio para sus caprichos.

Se encuentran a veces almas que son un gran enigma para sí y para quienes las han de dirigir y gobernar. Ellas no tienen la conciencia de ser malas, y por nada del mundo serían capaces de quebrantar un precepto formal de obediencia. Pero tienen particular gusto en algunas pequeñas transgresiones de la ley que les son ya habituales. Hasta quizá encuentren un secreto placer en ver mortificada y contrariada a la persona que representa la autoridad, sólo porque les repugna obedecer y *no quieren que se metan con ellas*. Tal vez sepan que con su modo de proceder causan muchas amarguras a esa persona que debe gobernarlas; y también conocen que son motivo de serias perturbaciones y malestar en la Comunidad. No ignoran que con su modo de ser hacen muy difícil, sino imposible, ese espíritu de confianza, de armonía, de paz y docilidad que debe haber en las casas religiosas, de los súbditos entre sí y con sus Superiores, y de estos con sus súbditos. Este espíritu

es el fruto de la perfecta caridad y perfecta obediencia que son el fin que se propuso el Supremo Legislador de la vida religiosa. Pues si esas pobres almas, con su espíritu poco sumiso y poco mortificado, imposibilitan o hacen sumamente difícil en sí mismas, o en su comunidad la consecución de ese hermosísimo fin; ¿Como pueden tener tranquila su conciencia? ¿No habrá en el fondo de esas almas un sutil espíritu de rebeldía que les haga incurrir casi inconscientemente en el desprecio de la ley?

8. La costumbre que esas almas tienen de faltar fácilmente a la ley, o a la obediencia ¿no habrá ya creado en ellas cierto hábito de repugnancia a obedecer?. Y si Santo Tomás nos dice que pecan mortalmente, así los que desprecian la autoridad de la ley o del Superior, como los que imposibilitan por su culpa la consecución del fin del estado religioso, es evidente que estarían en grandísimo peligro de pecado mortal los que con gran facilidad y como por hábito o costumbre faltasen a la santa obediencia que toda persona religiosa debe a las leyes de su instituto y a su Superior.

Los Superiores, según dijimos en el capítulo precedente, están en mucho peligro de ofender a Dios gravemente. Pero los súbditos tampoco carecen de él. La única seguridad está en la humilde y sencilla sumisión según la ley profesada. Pero yo tampoco creo que sea frecuente el que se falte a la obediencia por desprecio a la autoridad o la ley. Esto es posible y aun fácil, pero no es ordinario que de esta

manera falten los mismos que con más o menos frecuencia quebranten las disposiciones de la obediencia.

Y la razón es esta. Es verdad que el principio remoto de todas nuestras faltas de sumisión es un fondo de orgullo que nos hace repulsiva la autoridad y dura obediencia. Pero en nuestras faltas en esta materia concurren casi siempre otras causas que atenúan la malicia del principio remoto de nuestras transgresiones.

9 Y una de estas causas que *atenúan* la malicia, y, por consiguiente, la importancia de nuestras desobediencias, está en las condiciones personales de los Superiores. Muchas veces los defectos que se cree ver en los que mandan irritan ese hondo y secreto orgullo de los súbditos, del cual no hay persona que no lleve más o menos en lo íntimo de su espíritu. La flaqueza humana en el que tiene que obedecer muchas veces creará encontrar en aquellos supuestos defectos de sus Superiores una razón que les dispensa de prestar a ciertas disposiciones que estos les den una sumisión pronta, sencilla y cordial. Y en este caso la desobediencia, no habiendo precepto formal, no será ordinariamente por desprecio a la autoridad, sino más bien por aversión a la persona en quien la autoridad reside.

«Yo sería obedientísimo si mis Superiores estuvieran a la altura de su misión. Jamás pondría reparo alguno a sus disposiciones, si pudiera tener la seguridad de que las dictó un gran espíritu de rectitud y de prudencia. Pero se me hace casi imposible

obedecer pronta y ciegamente a personas en quienes no puedo reconocer suficientes dotes de virtud y de talento para el cargo que desempeñan».

He aquí retratado el estado de conciencia de casi todos los transgresores más o menos habituales de la obediencia. Casi nunca creerán que su falta de pronta sumisión a las ordinarias disposiciones del Superior, sea por desprecio o repugnancia a la ley, o a la autoridad en si misma. No piensan que su voluntad rehuse ya el yugo de la obediencia, pues saben que esto sería despreciar la autoridad, o la ley, y por consiguiente constituiría un pecado mortal contra lo más fundamental de la vida religiosa. Ellos no creen rehusar el yugo de la obediencia. Si en algo faltan a las disposiciones del Superior, es porque las conceptúan poco acertadas, o porque los defectos que creen ver en su Superior, les hacen dificultosísima la sincera y sencilla obediencia que de ellos pide su profesión.

Esa atención de los súbditos a las condiciones personales de su Superior algunas veces les podrá librar de cometer falta grave en sus transgresiones, pues estas supuestas deficiencias en los Superiores harán que las faltas de los súbditos no sean propiamente por desprecio a la autoridad. Pero esto de ninguna manera sería una recomendación de la virtud de sus súbditos, pues denotaría en ellos un estado de conciencia muy lamentable. Su virtud religiosa sería una ruina completa. Harían difícilísimo, o casi imposible en sí mismos el fin principal de la vida religiosa.

10. Nuestro Divino Redentor instituyó el estado religioso para que los religiosos fuesen como la encarnación viviente de los *Consejos evangélicos*.

Y en estos Consejos, en su primer sermón a las muchedumbres decía el dulcísimo Maestro: «Os aseguro que si vuestra justicia no es más abundante que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (1). «Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa esperáis?, ¿pues no hacen esto mismo también los publicanos? Y si saludáis únicamente a vuestros hermanos ¿qué hacéis de más? ¿por ventura no lo hacen igualmente los paganos?. Sed, pues, perfectos, así como vuestro Padre Celestial es perfecto» (2). Pues no todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, si no el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en el cielo, este entrará en el reino de los cielos» (3).

A muy serias reflexiones se prestan estas palabras de Nuestro Señor Jesucristo para nosotros, que del intento de guardarlas fielmente hicimos nuestra principal profesión. Para esto Dios y la Iglesia enriquecieron y honraron a la vida religiosa con tantas gracias y distinciones. Tan sólo los que cumplen la voluntad de Dios se salvarán, nos dice Nuestro Señor Jesucristo.

Pero el espíritu de sumisión a esa divina voluntad ha de ser mayor en las personas religiosas que

(1) Math. V-20.

(2) Math. V-46. y sigs.

(3) Math. VII-21.

en la generalidad de los cristianos, y que en los mismos sacerdotes. Si obecemos sólo exteriormente, pero sin sumisión interior, no tenemos derecho a recompensa, pues Dios no quiere nuestras obras externas, sino nuestra voluntad. Hasta los degradados esclavos eran obedientísimos exteriormente, y en este sentido hasta el demonio obedece a Dios. Y si obedecemos y sujetamos nuestra voluntad sólo cuando nos agrada lo que nos mandan, o la persona que nos manda, tampoco merecemos recompensa alguna, pues cualquier persona, aun sin ser cristiana, hace esto mismo en semejantes casos. Si nuestra justicia o espíritu de sumisión no es mayor que el del resto de los fieles, mal andaremos en el gran día de cuentas.

Dice Nuestra Santa Madre: «Díjome una vez el Señor que no era obedecer sino estaba determinada a padecer» (1). De escaso valor es por tanto la obediencia que no nos impone sacrificios. El pretexto de faltar a la obediencia porque nos desagradan el Superior es pobrísima excusa. Contra los que así pretenden excusarse va directamente esta célebre Cautela de Nuestro Padre San Juan de la Cruz. Y les dice que quienes así regulan su obediencia por las condiciones del Prelado, están totalmente arruinados en la perfección. «Y será, nos dice, tu obediencia vana, o tanto más defectuosa, cuanto tú por la adversa condición del Prelado

---

(1) *Vida*, Cap. XXXVI.

más te agravas, o por la buena condición te alegras».

Muy duro es esto. Nos exponemos a perder todo el mérito de la obediencia, hasta cuando nos parezca que somos obedientísimos, puesto que los actos morales toman valor, no de su misma ejecución, sino de la intención y espíritu con que se hacen.

Es más duro si cabe lo que añade el Santo Padre: «Si en esto no te haces fuerza de manera que vengas a que no se te dé más que, sea Prelado uno que otro por lo que a tu particular sentimiento tocar, en ninguna manera podrás ser espiritual *ni guardar bien tus votos*».

Mucho se pide aquí a la flaqueza humana. En otro capítulo veremos cómo podremos dar cuanto en este punto nos pide nuestra santa profesión.



## CAPITULO XIII

### CONTINUACION

#### LOS SÚBDITOS EN ORDEN A LOS SUPERIORES

1. ATENDER A LAS CONDICIONES DEL SUPERIOR ES PERDER TODO EL MÉRITO DE LA OBEDIENCIA. «YA RECIBISTE TU RECOMPENSA».—2. SE INCURRE FÁCILMENTE EN JUICIOS Y PALABRAS DESFAVORABLES CONTRA LOS SUPERIORES.—3. LA MÁS DELICADA FLOR DE LA CARIDAD. EL FONDO DE ORGULLO HUMANO.—4. LA PRIMERA MURMURACIÓN EN EL MUNDO Y LA PRIMERA REBELDÍA Y LAS DEMÁS. SUS CONSECUENCIAS.—5. ESCÁNDALO EN LAS CASAS RELIGIOSAS.—6. PERO LOS SUPERIORES NO SON INFALIBLES. HAY QUE GUIARSE POR LA RAZÓN, SÍ, PERO ESTA MISMA RAZÓN NOS MANDA OBEDECER CON SENCILLA SUMISIÓN.—7. EL PUNTO DE VISTA DEL SUPERIOR. LAS IDEAS Y LA PRÁCTICA. LO MEJOR SUELE SER ENEMIGO DE LO BUENO. LOS HOMBRES SOMOS MUY COMPLICADOS.—8. LA TELA DE ARAÑA PARA MUCHAS ALMAS. VALE MUCHO UNA OBSERVACIÓN OPORTUNA.—9. EL ESPÍRITU DE CHISME Y EL ANGEL BUENO DEL SUPERIOR.—10. UNA OBSERVACIÓN NO ES UNA IMPOSICIÓN.—11. EL GENUINO ESPIRITU RELIGIOSO. NUESTRA

REGLA. RESUMEN. — 12. EL EJEMPLO DE LOS SANTOS. EL DE JESÚS.—13. JESÚS EN LA EUCA-  
RISTÍA PERFECTO MODELO DE OBEDIENCIA. «OBE-  
DECE, SUFRE Y CALLA».

1. Atendiendo a las condiciones del Superior para regular nuestras acciones, se corre el riesgo de hacer a la obediencia inútil para nuestro mérito personal. Ya hemos repetido este principio, tan sabido de todos los que algo han leído de ascética: a saber, que el Señor premia las acciones del hombre, no por lo que en sí mismas son, sino por la intención y espíritu con que se hacen.

Y así nos dice Nuestro Divino Redentor: «Mirad que no hagáis vuestras obras delante de los hombres para ser vistos por ellos, porque, sino, no tendríais recompensa ante vuestro Padre que está en los cielos... Cuando ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas. Pues ellos extenúan sus rostros para parecer a los hombres que ayunan. Os aseguro que ya recibieron su recompensa. Mas tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu cara para que no vean los hombres tu ayuno, sino tu Padre que está en lo secreto. Y tu Padre que ve lo secreto te recompensará» (1). «Y el que os recibe a vosotros, a mí me recibe. Y el que recibe a un Profeta en nombre de Profeta, recibirá el premio como de Profeta. Y el que recibe a un justo en nombre de justo, de justo recibirá la recompensa» (2). «Y el que os diere a be-

(1) Math. VI-1 y sigs. 17 y sigs.

(2) Math. X-40 y sigs.

ber un vaso de agua en mi nombre, en atención a que sois de Cristo os aseguro que no quedará sin recompensa» (1).

Por lo tanto, quien obedeciere sólo por las agradables condiciones que viera en el Superior, hará su obediencia inútil para sí; la trocará de divina que es, en humana, como dice Nuestro Santo Padre. Su única recompensa sería el gusto que ya encontró en haber complacido a un hombre. Y, al presentarse al fin para recibir el pago de una vida laboriosa, se le diría también: «Ya recibiste tu galardón. Obedeciste a tu Superior por sus buenas cualidades como hombre, y no te cuidaste de obedecer a Dios en él. Tu recompensa debía ser, pues, de parte del hombre y no de parte de Dios; y aquella ya la recibiste».

2. Es ya mucho mal el perder el mérito de la obediencia cuando nos fijamos en las buenas cualidades del Superior para regular por ellas nuestro espíritu de sumisión. Pero sería mucho peor, si encontrásemos en él condiciones que nos desagradasen. Y es inevitable que las encontremos si poco o mucho nos queremos fijar en el modo de ser suyo. Porque es muy difícil que un hombre aparezca perfecto a otro hombre, y mucho menos a los que tiene más cerca de sí.

En este caso vendrán naturalmente los juicios desfavorables contra el Superior, con todos los inconvenientes de los juicios sobre el prójimo que ya anotamos en el estudio de la tercera Cautela contra

---

(1) Marc. IX-40.

el mundo. Pero aquí las consecuencias son mucho más serias, por ser el juicio desfavorable contra quien, para nosotros, representa a Dios mismo. Y sobre todo, son peligrosas en este caso las faltas de la lengua, que como dijimos entonces, se siguen naturalmente de los juicios desfavorables acerca de una persona. Es imposible que poco o mucho no se hable, y que no se hable algo mal, de un Superior de quien se juzga, y con frecuencia, no bien. Y entonces se corre el peligro segurísimo de causar grandísimo daño en alguno, o en muchos de los que escuchan nuestra murmuración.

Y quiero hacer notar aquí un fenómeno, que por raro que parezca, y por muy bochornoso que nos sea el confesarlo, es demasiado común, y cada uno en sí mismo lo puede observar, porque difícilmente se encontrará una persona que voluntaria e involuntariamente no lo haya sentido en el fondo del alma.

Me refiero a aquel especial placer que solemos sentir en pensar un poco desfavorablemente, y aun tal vez en murmurar un poco, de aquellas personas que de alguna manera no sean superiores, ora porque estén investidos de autoridad para mandarnos, ora por que gocen de mejor posición social ya porque tengan mejores cualidades de virtud o talento; o simplemente, porque otros les otorguen mayor estimación que a nosotros. Es lo cierto que las deficiencias de las personas eminentes, bien ponderadas, y aun quizá, ridiculizadas esas deficiencias, constituyen las delicias de las almas vulgares. ¿Quién en este

punto no se ha confundido algunas veces con el vulgo? Es porque nuestro amor propio naturalmente se siente un poco humillado ante las personas que de algún modo nos llevan alguna ventaja. Y de aquí ese íntimo y secreto placer que siente el pobre corazón humano, cuando en esas personas puede poner de manifiesto alguno de los defectos que tienden a disminuir algo las buenas cualidades, o ventajas que esas personas poseen, y a nosotros nos lastiman.

Cuando a esas personas les tenemos verdadero cariño, sentimos sus defectos como propios, y aún quizá más; pero, cuando no, y especialmente si nuestro amor propio se siente un poco lastimado por alguna de las cualidades de esas personas, entonces los defectos de ellas, divulgados y ponderados, naturalmente nos dan gusto. Es triste esto; pero así es el pobre corazón humano; y reconocer sus defectos es el principio necesario para corregirlos.

En la vida religiosa no se está totalmente exento de este defecto. Si no se vigila mucho al propio corazón en sus movimientos de repugnancia al Superior, se puede incurrir en muy lamentables extravíos, casi sin advertirlo.

3. El fin de la vida religiosa ya hemos visto que es crear en las almas un gran espíritu de pronta y sencilla sumisión a la voluntad de Dios, en cuanto esta divina voluntad nos es manifestada por la ley o por el Superior. Pues esta virtud, que es la más delicada flor de la caridad, que hace que

Dios tenga sus especialísimas complacencias en el alma que la posee, puede ser destruída con una sola palabra de murmuración contra el Superior que nos hace conocer cuál sea en orden a nosotros y en cada caso aquella admirable voluntad divina. No hay veneno que, infiltrado en las entrañas, reaccione tan eficazmente como una palabra de murmuración, contra el Superior, lanzada sobre un alma que vivía tranquila y se sentía feliz en su espíritu de sumisión y confianza.

Así despierta con asombrosa rapidez aquel fondo de orgullo y secreta rebeldía, que ya dijimos llevamos todos en lo más íntimo de nuestro espíritu. Así tentó la serpiente a nuestra madre Eva. Felicísimos vivían nuestros primeros padres en su sencilla obediencia a Dios. Para perderlos el enemigo no hizo más que murmurar un poco de Dios; les hizo creer que el Señor les había impuesto aquel precepto porque *estaba celoso* de que llegaran a saber tanto como El en el bien y en el mal. Os lo ha prohibido, les dijo la astuta serpiente, porque, «bien sabe Dios, que en cualquier día que comiereis de ella—de la fruta prohibida—se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, conociendo, así lo bueno como lo malo» (1).

4. Así, por una calumniosa murmuración contra la voluntad de Dios, vino la primera y fatalísima desobediencia en el mundo. Y es seguro que casi todas las faltas que a la primera han seguido

---

(1) Génesis. III-5.

y seguirán hasta el fin del mundo, tuvieron y tendrán como causa próxima alguna murmuración interior o exterior contra la persona del Superior. Fuera de los casos de desprecio (que ya dijimos no son frecuentes entre las personas buenas) siempre que se desatiende a las disposiciones de la autoridad, es porque a la persona que la representa se la supone en aquel caso falta de rectitud, o de habilidad.

Y por lo tanto fijarse o hacer que otros se fijen en las condiciones desfavorables del Superior, es envenenar el espíritu, es hacer difícilísimo, sino imposible el fin principal de la vida religiosa. Es, en fin, incurrir en el pecado de escándalo, contra el que tan terrible se mostró Nuestro Señor Jesucristo. Dice que es imposible que en este mundo no haya escándalo. Pero añadió: «¡Hay del hombre por quien el escándalo viniera! Le sería más útil, que, antes que escandalizare al más pequeño de los que en mí creen, colgada una rueda de molino al cuello, fuese arrojado al mar» (1)

5. Los mismos estragos que en la sociedad causa el escándalo en orden a la moral, causará en el claustro en orden a la perfección religiosa. Sería terrible la responsabilidad de quien en este punto causara algún escándalo en las casas religiosas. El mayor bien, el fin de la vida religiosa, es un gran espíritu de sencilla sumisión, fundada en la caridad. Ser causa de que alguna o varias

(1) Luc. XVII-1, 2.

almas perdiesen este altísimo bien, sería ocasionarles un mal enorme y la gravedad de un pecado es tanto más grande cuanto mayor es el mal que ocasiona.

Y es cierto que no se librará de causar algún escándalo en materia de obediencia, quien acostumbre observar los defectos de sus Superiores. Por esto nos dice Nuestro Santo Padre que el fijarse en esto trae la total ruina de la perfección religiosa, y la imposibilidad de guardar bien los votos religiosos.

De todo esto se libra quien jamás se fija en quien es el que manda, sino en lo que se le ordena. Sabe que su Superior está en lugar de Dios y esto le basta, como en esta Cautela nos recomienda el Santo Padre.

6. Más, preveo una objeción a la que quiero atender como su importancia merece.

Todo estaría muy bien, se me podría objetar, si en vez de hombres, tuviera a ángeles por Superiores. Entonces podríamos ejecutar ciegamente sus mandatos, seguros de que jamás nos mandarían nada fuera de orden. Pero nuestros Superiores pueden equivocarse, y la virtud no puede obligarnos a obedecer, hasta cuando nos manden evidentes desatinos.

Veamos qué importancia tiene esta dificultad.

Nuestro Santo Padre que nos recomienda una obediencia ciega, no nos pide que abdicemos de nuestra razón, ni siquiera en el obedecer. He aquí un hermoso pasaje del Santo: «Entra en cuenta con



tu razón para hacer lo que ella te dice en el camino de Dios, y valdráte más para con tu Dios, que todas las obras que sin esta advertencia haces, y que todos los sabores espirituales que pretendes. Bienaventurado el que, dejado a parte su gusto e inclinación, mira las cosas en razón y justicia para hacerlas» (1).

Y en otra parte llama el Santo Padre a la recta razón TEMPLO DE DIOS. Pero quiero copiar aquí, al menos parte del pasaje en que el Santo Padre de manera tan extraña ensalza la razón. Habla de aquella célebre visión del Profeta Ezequiel, cuando le fueron manifestadas por Dios las grandes abominaciones que había en los tres aposentos o retretes del Templo. Para el Santo Padre este templo, así profanado, es el alma humana, y los tres aposentos, o retretes, son las tres potencias de la misma alma. Y así dice el Santo: «Las diferencias de sabandijas y animales inmundos que estaban pintados en el primer retrete del Templo, son los pensamientos y conceptos que el entendimiento hace de las cosas bajas de la tierra y de todas las criaturas, las cuales, tales cuales son se pintan en el alma, cuando ella con ellas embaraza su entendimiento, que *es el primer aposento del alma*»... Nos habla después el Santo de las abominaciones que vió el Profeta en el tercer aposento del templo, las cuales dice, «son las imaginaciones y fantasías de las criaturas, que guarda y revuelve en sí la tercera potencia del alma que es la

(1) Avisos, 40 y 41.

memoria. Las cuales se dice que están vueltas las espaldas contra el Templo, porque cuando ya según estas potencias abrazó el alma alguna cosa de la tierra acabada y perfectamente, bien se puede decir que tienes las espaldas contra el *Templo de Dios, que es la recta razón del alma*, la cual no admite en sí cosa de criatura contra Dios» (1).

Pero esta misma recta razón nos dice que hay que obedecer al Superior, siempre que no haya *evidencia* de que nos ha ordenado alguna grave injusticia. Si alguna vez mandara algo evidentemente grave contra la ley natural, contra la ley de Dios o de la Iglesia, está claro que no sería razonable obedecerle. Pero para esto es preciso que haya evidencia del error y de su gravedad en que está el Superior. El que nos *parezca* que las disposiciones que se nos han dado, no son bastante acertadas, o que de otro modo, estarían mejor, jamás nos puede dispensar de la obligación de aceptarlas sinceramente. Lo contrario haría imposible la vida religiosa, lo mismo que la social; la misma autoridad vendría a ser una figura ridícula. Vendríamos a parar al juicio particular de cada uno.

7. El Superior ha de mirar las cosas desde un punto de vista muy alto, pues debe atender al bien común y cuidar que se cumpla el espíritu de la ley. Para disponer de un modo antes que de otro, suele tener razones que muchos súbditos no conocen; y ha de atender a las circunstancias en las que estos quizá no pensaron.

(1) *Sub. del Monte Car. Lib. I, Cap. IX.*

Concebir una idea, exponerla, aficionarse a ella y hacer que también otros la comprendan y sientan, es facilísimo en una mesa de estudio, o en una simple tertulia. Pero encarnarla en la realidad, hacerla viable y útil ya no lo es tanto. No basta imponerse bien de lo que idealmente es bueno, y hasta perfecto y hermoso. Es preciso saber lo que *hic et nunc*, como decían los escolásticos, lo que en cada caso concreto, y atendidas todas las circunstancias, es más fácil y provechoso. Quien pretendiera hacer siempre lo que idealmente es más perfecto, es seguro que casi siempre se quedaría sin nada práctico. Por esto se ha dicho que lo mejor es enemigo de lo bueno. Y San Francisco de Sales escribió con mucho ingenio y cierta malicia encantadora, como de Santo: «Hay hombres que a fuerza de empeñarse en querer vivir como los ángeles, se olviden de conducirse como hombres».

Y los hombres solemos ser muy complicados. Quien nos ha de gobernar ha de tener en cuenta muchas circunstancias que no vemos los que no estamos en su lugar. Y por consiguiente, la misma razón, en esto como en todo, de acuerdo con la conciencia, nos aconseja, que para no perdernos en cavilaciones tan inútiles como peligrosas, aceptemos con sumisión cuantas disposiciones nos den, sean quienes fueren los Superiores que nos las den, siempre que no haya evidencia de que son contrarias a la ley de Dios o de la Iglesia.

8. Además, en la vida ordinaria de las personas religiosas, como de todas las demás, hay una

multitud de cosas, que en sí mismas son indiferentes, y pueden ser dispuestas y ordenadas de mil maneras, sin detrimento alguno del sólido espíritu religioso. Pues *esas menudencias de prosa diaria* son muchas veces la tela de araña en que se enredan algunas almas; y así pasan y hacen pasar a otros una vida muy trabajosa.

El talento del buen gobierno consiste en evitar el que los espíritus se envuelvan en esos grandes enredos de pequeñas menudencias. Pero es imposible que el Superior pueda preveer todas las ocasiones de disgusto entre sus súbditos, pues muchas veces no tendrán razón de ser, sino en la especialísima psicología, en la rara sensibilidad de esas personas disgustadas. Hay que suponer que ningún Superior tomará, así como principio de gobierno, un especial empeño en contrariar a quienes dentro del espíritu de la ley puede tener contentos. A algún particular será conveniente alguna vez contrariarle para ejercicio de su virtud y santificación personal. Pero sería el mayor desatino tomar como principio de gobierno el espíritu de mortificar. Cualquier Superior, por prudente que sea, se puede encontrar, pues, que algunas de sus disposiciones, que facilísimamente puede modificar, no fueron recibidas por alguno o por algunos con espíritu de benevolencia. Y todo por olvido no más de alguna circunstancia que, podrá ser insignificante en sí misma, pero que lastima la susceptibilidad de algunos corazones.

En este caso una obediencia ciega, con decidido

esfuerzo en cohibir los movimientos contrarios del corazón, es seguramente lo más perfecto. Pero una observación oportuna al Superior por la misma persona interesada, o por otra, hecha con espíritu de respeto y de benevolencia, en muchas ocasiones es más agradable a Dios y de más utilidad a una casa religiosa, que una obediencia costosa. También el hacer esto debidamente cuesta sacrificio, y supone mucha caridad.

9. El espíritu de ir a contar a los Superiores lo que en la casa sucede, es ruin y detestable. Pero los Superiores no son ángeles; a veces mortifican sin saberlo, y sobre todo, sin saber el porqué. Quedarse con ese resentimiento, aunque pequeño, y sobre todo, pasarlo de unos corazones a otros, y de unas lenguas a otras lenguas, es ruin y, además peligrosísimo. Cada uno que lo sienta, debe procurar ahogarlo completamente con actos muy sinceros de obediencia y de amor de Dios.

Grandísimo bien hace una persona que en estas circunstancias se acerca al Superior para hacerle una observación oportuna, prudente y amable, cuidando de no herir ninguna susceptibilidad.

Para todo Superior, religioso o secular, una persona así es como un *angel bueno* que Dios ha puesto a su lado. Pero esos ángeles buenos no abundan en la tierra tanto como parece había derecho a suponer. Una observación así puede suavizar muchísimas asperezas, y devolver la paz a muchas almas, y evitar grandísimos males.

10. Pero téngase en cuenta que una *observación*

no es una *amonestación*, y mucho menos una *imposición*; quien la hace en esta forma tiene derecho a que sea agradecida, como seguramente lo será siempre que de esta manera sea hecha. Pero no debe pretender que sea tomada en cuenta para cambiar nada. Esa observación es tan sólo un nuevo elemento de juicio; y el Superior quizá tenga otras razones para no tomarla en cuenta, sino para agradecerla.

Prentender lo contrario sería querer imponer su propio criterio; sería suplantar por el propio el juicio del Superior. Y esto siempre ha sido ruinoso para cualquier autoridad.

Hay que recordar siempre que el Superior puede tener muchas razones que nosotros desconocemos para sostener su punto de vista. Si le fuera lícito decir todas las razones que tiene para obrar como lo hace casi siempre, quedarían convencidos hasta los más descontentadizos. Sabiendo, pues, que el Superior ya tiene los informes que le podíamos dar, no tiene ya uno que preocuparse sino de seguir el camino que se le ha señalado.

11. Fuera, pues, del caso inverosímil en que se nos mandara algo evidentemente pecaminoso, o de las ocasiones en que prudentemente juzgamos que una observación prudente sería útil, no debemos pensar siquiera, si es conveniente o no lo que nos mandan, y debemos rechazar inmediatamente toda insinuación que el enemigo nos sugiere sobre las condiciones de habilidad, o rectitud de la persona que Dios nos ha puesto en su lugar.

Este es el genuino espíritu religioso. Este es el espíritu y también la letra de nuestra Regla, cuando nos manda *que en vez del Prelado, miremos al mismo Cristo, que nos lo ha puesto en su lugar... no sea que por el desprecio vengáis a caer en el juicio, sino que por la obediencia tengáis la recompensa de la vida eterna.*

Y esto mismo es lo que el Santo Padre nos dice en esta Cautela: «Mirando así al Prelado es mucha la ganancia y aprovechamiento; y sin esto grande la pérdida y el daño».

Ampliamente hemos explicado ya estos daños, aunque muchísimo más se podría decir. Resumiendo repetimos que, cuantas veces pongamos atención en las condiciones del Prelado para regular nuestra obediencia, nos acercamos a nuestro mayor enemigo, el demonio, que nos puede dañar a su placer, perdemos el mérito de nuestra obediencia, nos ponemos en peligro cierto de grandísimo daño para nosotros y para otros, y nos apartamos de los terminantes mandatos de nuestra regla y de nuestros Santos Padres y de su Espíritu.

12. Y como estímulo nos debe servir el ejemplo de los Santos, pues jamás hubo uno que no fuera obediente. Y sobre todo, nos debe estimular el Santo de los Santos, Nuestro Divino Redentor cuya vida acá en la tierra fué un perfectísimo modelo de obediencia. El mismo nos dice que su misión en el mundo es hacer la voluntad de su Padre Celestial (1).

(1) Luc. II-49.

Pero no solamente obedeció a su Padre Celestial, sino también a las criaturas. El que con su mano sostiene el mundo y de quien dependen todas las criaturas, porque por El fueron todas hechas (1), quiso, en cuanto hombre depender en todo de una delicadísima Virgen, y de un pobre artesano; y de cuanto hizo en su adorable adolescencia y juventud, el Santo Evangelio no nos dice más que estas palabras que son prodigiosas, teniendo en cuenta que fueron aplicadas al Hijo de Dios: "*Les estaba sujeto*" (2).

Si, el Hijo de Dios estaba sujeto a Maria y a José. Pasó diez y ocho años obedeciéndoles. Y cuando se entregó a sus verdugos y a la muerte, protestó que lo hacía para cumplir la voluntad de su Padre Celestial. No se haga mi voluntad sino la tuya, decía a su Eterno Padre el dulcísimo Salvador, al aceptar su pasión y muerte en el Huerto de los olivos (3).

13. Pero el ejemplo más admirable de obediencia no está en la vida mortal del Salvador, sino en su vida Eucarística. Los religiosos por la Santa Misa o por la comunión ponemos todos los días nuestro corazón en contacto con el Corazón del Salvador. No es una imagen de Jesús lo que tenemos constantemente en el sagrario de nuestros altares y en nuestro pecho, después de la santa comunión. Es El personalmente, el mismo que en Judea acariciaba a los niños, curaba a los enfermos y

(1) Joann. I-3.

(2) Luc. II-51.

(3) Matt. XXVI-39.



resucitaba muertos y estaba sujeto a María y José; el mismo que dijo a todos: «El que quiere venir en pos de mí que tome su cruz cada día y que me siga» (1). A El mismo por nuestra profesión religiosa prometimos seguir. Nuestra principal cruz de cada día es la continua obediencia. Jesús nos dijo: «Os he dado ejemplo para que así como yo hice, así vosotros hagáis» (2). Y Jesús obedeció siempre. Quizá nuestra flaqueza podría haber replicado, que, aunque era Hijo de Dios, podía tener algún placer en obedecer a María, pues aunque pura criatura ella, era Purísima e Inmaculada. Y también a San José, porque su corazón era en todo conforme con el corazón de Dios. Pero aquí en el Sagrario obedece a todos los sacerdotes, absolutamente a todos, a buenos y a malos, a los dignos y a los indignos.

Creo que cualquier tentación que una alma religiosa pueda tener contra la obediencia se curaría radicalmente con pocos minutos de sincera oración ante el Santísimo Sacramento. Si alguna vez la obediencia se nos hace difícil por la especial condición del Superior, vayamos a arrodillarnos ante el Sagrario, y desde el fondo del Tabernáculo Jesús dirá a nuestra alma:

«Hijo mío, no te quejes, no te turbes. Aprende de mí esta vida de rendimiento absoluto, de silencio y de abnegación. ¿Te desagradan, pobre hijo mío, el carácter, o las maneras de tu Superior? ¿Pues

(1) Luc. IX-23.

(2) Joann. XIII-15.

piensas tú que a mí me son agradables todos los que a esta vida eucarística me traen? ¿Qué sería del mundo, si yo no obedeciese más que a los Sacerdotes santos?. Y qué pocas almas podrían gozar de mí, si yo no me dejase llevar sino a los corazones totalmente puros. Tampoco, tú, alma religiosa, que has prometido seguirme, y que tantas veces me has dicho que me quieres, ¿sabrás hacer por mí un poquito de lo muchísimo que yo hago aquí por tí y por todos los hombres? Levántate, espíritu pusilánime; no arrastres *esa cruz tuya*, que se ha de convertir en tu gran corona. Como yo hago aquí, en esta vida eucarística por tí, así hazlo tú también por amor de Mí. Y a ejemplo mío; *obedece, sufre y calla*, pues ves que yo por tí obedezco a los hombres, los sufro y callo.

Aquí, en el sagrario, está ciertamente el más perfecto ideal de la vida religiosa. La vida real y eucarística de Nuestro Divino Salvador aquí es vida de perfecta obediencia, de oscuridad, silencio y sacrificio. Dichosa el alma que con frecuencia, y muy especialmente en las horas de crisis, viene a esta augusta cátedra a tomar lecciones de fortaleza! Con la gracia de Dios y la perseverancia, asemejará su obediencia a la obediencia de Nuestro Señor Jesucristo. Entonces suavizará todas las asperezas de la vida religiosa, y se librárá de todas las astucias del enemigo, como nos dice el Santo Padre, y en los ejercicios de la vida más ordinaria y sencilla merecerá alfísima gloria para el cielo.

## CAPITULO XIV

## SEXTA CAUTELA Y TERCERA CONTRA EL DEMONIO

## LA HUMILDAD

1. TEXTO DEL SANTO.—2. LO MÁS SABIDO SUELE SER LO PEOR COMPRENDIDO. ASÍ ACONTECE CON LA HUMILDAD. FALSO CONCEPTO DE ELLA. BUEN HOMBRE PERO MAL EDUCADOR.—3. PARA SAN JUAN DE LA CRUZ LA HUMILDAD ES HIJA DEL AMOR Y DE LA LUZ; PARA SANTA TERESA LO ES DE LA VERDAD. NOTABLE PASAJE DEL SANTO.—4. EL AMOR NUNCA DICE «BASTA».—5. AL ALMA INSTRUÍDA Y PURA TODAS SUS OBRAS LE PARECEN INDIGNAS DE UN «TAN ALTO SEÑOR». ES ESTO EL FUNDAMENTO DE LA VERDADERA HUMILDAD.—6. TEXTOS DE SANTA TERESA. LA HUMILDAD ES LA VERDAD. PIEZA POR DONDE ENTRA MUCHO SOL... NO HAY VERDADERA HUMILDAD SIN MUCHA LUZ.—7. NO TODO ES MALO EN EL HOMBRE. LA HUMILDAD NO DESCONOCE LAS PROPIAS PERFECCIONES. OTRO PASAJE DE LA SANTA MADRE. LA HUMILDAD TOMA AL HOMBRE TAL COMO ES.—8. EL SANTO PADRE Y LA SANTA MADRE DE PERFECTO ACUERDO. SON LOS GRANDES MAESTROS DE LA HUMILDAD.—9. HAY QUE ENTENDER BIEN

A LA SANTA. EL ERROR ES DISFRAZ DE LA VERDAD ¿QUE ES ANDAR EN VERDAD? SABER ADMINISTRAR LOS DONES DE DIOS.—10. EL AMOR PROPIO EXAGERA NUESTRAS BUENAS CUALIDADES Y AMINORA LOS DEFECTOS. CADA PERFECCIÓN ENCIERRA UNA RESPONSABILIDAD.—11. TODO PARA BIEN DE TODOS. NADA PARA LASTIMAR A NADIE.—12. LA VANIDAD SUPONE ALGÚN DEFECTO EN EL ESPÍRITU O EN EL CORAZÓN.—13. A LOS VANIDOSOS EL SEÑOR LES NIEGA MULTITUD DE DONES POR SU PROPIO BIEN.

1. «La tercera *Cautela* derechamente contra el demonio, es, que de corazón procures siempre humillarte, en el pensamiento, en la palabra y en la obra, holgándote del bien de los otros como del de tí mismo, y queriendo que los antepongan a tí en todas las cosas, y esto de verdadero corazón. Y de esta manera vencerás el mal en el bien, y echarás lejos al demonio, y traerás alegría de corazón; y esto procura ejercitar más en los que menos te caen en gracia. Y sábetete que, si así no lo ejercitas, no llegarás a la verdadera caridad, ni aprovecharás en ella. Y seas siempre más amigo de ser enseñado de todos, que de querer enseñar al que es menos que todos».

2. A primera vista parece que esta *Cautela* no necesita que se le dedique un capítulo especial para comentarla, puesto que bien claro es su texto; y la materia de que se trata es una virtud perfectamente conocida, no sólo por las personas religiosas,

sino también por todo el que haya leído algunas páginas en cualquier libro religioso. Además se ha escrito tanto y tan bien sobre la humildad y sobre el vicio a ella opuesto, que sería pretensión ridícula pensar que sobre esto se pueda escribir algo que no esté ya dicho y escrito por los grandes maestros. No obstante, estimo muy conveniente insistir en el tema de esta Cautela, no para aclararla, que no lo necesita, no para escribir algo que no esté ya muchas veces escrito y por todos sabido, sino para hacer cuanto pueda para que, siquiera alguno, fije su atención en lo que ya todos saben; porque muchas veces lo más sabido es lo menos comprendido, y por consiguiente lo peor atendido.

Y esto es lo que sucede con la *humildad*. En nuestros libros de ascética y de piedad quizá no hay otra palabra tan llevada y traída como esta. Pero no creo que sea temerario afirmar que no hay otra tan mal comprendida por la mayor parte de las personas que la pronuncian. Para muchísimas personas piadosas, y aun para muchas que tienen el cargo de educadoras, la humildad no es más que un esfuerzo constante para que nuestros pensamientos y nuestras palabras estén en desacuerdo con la realidad en todo aquello en que la realidad nos pueda ser favorable... Si hemos realizado una obra, aunque nos haya salido bien, hemos de pensar y decir que la hicimos muy mal. Aunque tengamos algunas buenas cualidades de virtud o talento, (no hay nadie que no tenga algunas), hemos de pensar y decir que no tenemos talento ni

virtudes. Y, como el hablar bajamente de sí mismo, es más fácil que sentirlo, nos hemos quedado con el uso muy frecuente de la palabra *humildad*, olvidando su genuino significado. De aquí que esta palabra, que debe expresar aquella virtud tan querida de Nuestro Señor Jesucristo y patrimonio de todas las almas grandes, ha venido a ser para muchos como sinónimo de esa raquítica gazmoñería, que tanto repugna a los espíritus rectos y sinceros.

Y como ellos entienden la humildad, creen que la deben imponer y exigir de los demás. Un amigo mío, muy buen hombre, pero mal educador, censuraba dura, y hasta injustamente, el trabajo literario de un subordinado suyo, el cual trabajo estaba, al parecer del público, bastante bien hecho. Decía mi buen amigo, muy satisfecho después de mortificar así a su alumno, creyendo haber cumplido un deber de conciencia: «A los jóvenes hay que tratarlos así para que se conserven en espíritu de humildad».

Sé que algunos pasajes de las vidas de los Santos, tomados aisladamente, pueden favorecer así este pobrísimo y erróneo concepto de la humildad, como este desastroso método de inculcarla. Pero es segurísimo que ni la genuina humildad tiene nada que ver con esa gazmoñería de espíritus apocados, ni los Santos la entendieron jamás así.

Cierto que no la entendieron de esta manera los dos grandes Doctores del Carmelo San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús.

3. Para el Santo Padre la humildad es *la hija*

*primogénita del amor y de la luz.* Para la Santa Madré lo es de la verdad. Y no hay que decir que en este punto, como en todo, es idéntico el fondo doctrinal de ambos Santos. Quiero copiar enteros los dos pasajes principales en que estos Santos maestros nos explican el origen y naturaleza de la humildad.

El Santo nos dice del alma que ya llegó al tercer grado del amor a Dios: «En este grado las obras grandes por el Amado tiene por pequeñas, las muchas por pocas, el largo tiempo en que le sirve por corto, por el encendido amor en que ya va ardiendo... Tiene el alma aquí, por el grande amor que tiene a Dios, grandes lástimas y penas de lo poco que hace por Dios; y si le fuese lícito deshacerse mil veces por él, estaría consolada. Por eso se tiene por inútil en todo cuanto hace, y le parece vive en balde. Y de aquí le nace otro efecto, y es que se tiene por más mala averiguadamente para consigo que todas las otras almas. Lo uno, porque le va el amor enseñando lo que merece Dios; y lo otro porque como las obras que aquí hace por Dios son muchas y las conoce por faltas e imperfecciones, de todas saca confusión y pena, conociendo tan baja manera de obrar para un tan alto Señor. En este tercer grado, muy lejos va el alma de tener vanagloria o presunción, y de condenar a los otros. Estos solícitos efectos causa en el alma, con otros muchos a este talle, este tercer grado de amor». (1)

(1) *Noche oscura del espíritu*, Cap. XIX.

De este hermosísimo pasaje del místico Doctor, y casi con sus mismas palabras, podemos formular estos dos principios: 1.º A causa del «encendido amor en que el alma va ardiendo» se tiene por inútil en todo cuanto hace. 2.º Como «el amor le va enseñando lo que merece Dios» reconoce todas sus obras como muy indignas «para un tan alto Señor».

4. A toda alma que ha sido ya tocada por alguna llama de amor a lo divino, le parece poco cuanto por Dios hace, y así se considera siempre con Dios muy en deuda. Y esto es un efecto muy natural del amor perfecto. Pues, ¿qué verdadero amante se ha sentido nunca satisfecho, mientras no ha dado su vida misma por el objeto amado?

«Nadie puede, no ya amar, pero ni siquiera entender lo que es el amor si no es capaz de comprender que es una dicha y un placer para el amante morir por aquello que ama». Esto lo ha dicho un filósofo cristiano; y esto lo entiende toda persona que esté dotada de noble corazón, y capaz de altos pensamientos. Como todo el mundo conoce este refrán, tan vulgar y tan profundo que «el amor nunca dice basta». Y menos lo dirá cuando a Dios se dirige, puesto que Dios es el objeto adecuado del corazón.

5. Y está también claro que, cuanto más el alma ama a Dios, mejor le conoce; y que cuanto más le conozca, mejor entenderá lo que aquella santidad infinita y aquel eterno poder, y aquella bondad inmensa y aquella misericordia inagotable



merecen de parte de sus criaturas. Y volviendo luego el alma su mirada sobre sí misma y sobre sus obras, se encontrará a sí y a sus obras, muy pobres. Y aún aquellas obras que a otros parecerán muy buenas y en sí mismas quizá lo sean, a ella, que las mira, no según son en sí, sino en relación a Dios, le parecerán muy deficientes y muy indignas de «un tan alto Señor».

Y de aquí, de este perfecto amor y de este claro conocimiento de lo que es Dios y de lo que es ella y de lo poco que sus obras valen, le nace el sentirse como anonadada ante Dios, y el no tener alta estima de sus actos, ni de sí misma. Esta alma vive descontenta de sí porque ve que no puede hacer por Dios, su Amado, lo que el amor le exige o demanda. Y no puede estar satisfecha de sus obras, por inuchas y grandes que sean, porque sabe muy bien lo poco que valen, atendido lo que Dios merece y ella le debe.

Estos nobles y delicados sentimientos es lo que constituye para el alma la verdadera y genuina humildad. Entender bien esto y sentirlo, estar plenamente convencido de esto, y sentir y vivir de acuerdo con este convencimiento, es ser verdaderamente humilde de corazón y de espíritu, es entender la humildad. Esto es *vivir* vida de humildad.

Lo que no sea con esta inteligencia, cuando de humildad se trata, es usar una palabra sin entenderla, es mistificarla y exponerla al ridículo, engañándose uno a sí mismo y engañando también a los demás.

Así, pues, la humildad, según Nuestro Padre San Juan de la Cruz es hija del amor, de ese amor a Dios que, comenzando a tener ya alguna perfección, no puede contentarse con lo poco que el hombre es capaz de hacer por Dios. Es hija de la luz; de esa luz que nos permite entrever algo de lo que Dios es y de lo que nosotros somos; algo del todo que Dios merece, de lo muchísimo que le debemos y de lo poquísimo que por él hacemos.

6. No es diferente de esta doctrina la de la Santa Madre Teresa de Jesús. Sobre la humildad piensa lo mismo que su discípulo y maestro a la vez. Su doctrina no es quizá tan profunda, tan metódica, pues la Santa la expone a su modo, con ese estilo tan propio suyo, tan personal, tan sencillo y tan encantador.

Copiemos sus mismas palabras: «Una vez estaba yo considerando porqué razón era Nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante, a mi parecer sin considerarlo, sino de presto, esto: que es porque Dios es suma verdad; y *la humildad es andar en verdad*; que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entienda, agrada más a la suma Verdad, porque anda con ella». (1).

Antes de comentar este hermosísimo pasaje de la Santa, quiero copiar otro no tan conocido como

(1) *Castillo interior*. Moradas VI, Cap. X.

este, pero no menos hermoso. Ambos textos se completan. Hablando del alma que ha llegado ya a cierto grado de oración, dice la Santa Madre: «Vese claro indignísima; porque pieza donde entra mucho sol no hay telaraña escondida; ve su miseria. Va tan fuera la vanagloria que no le parece la podría tener, porque ya es por vista de ojos lo poco o ninguna cosa que puede... «De sí ve que merece el infierno y la castigan con gloria». (1)

Nada de timideces ni gazmoñerías en la ascética de Santa Teresa de Jesús; la Santa quiere que la humildad tenga por fundamento la verdad, bien entendida.

Según la gran Santa para que un alma sea realmente humilde necesita ante todo que éntre en ella la luz, mucha luz; cuanto más mejor. Que se conozcan bien esas íntimas y misteriosas reconditeces de nuestro espíritu; que se desenvuelvan bien y se pongan a la vista de la propia conciencia todos los repliegues del corazón; y seguro que encontraremos muchos motivos para sentirnos muy humillados ante Dios y ante nosotros mismos.

Llenos de mil defectos estamos todos. Esto todos lo sabemos, todos lo decimos. Pero como solemos repetirlo por pura rutina, nuestras ideas no suelen ser muy claras, ni muy fijas en este punto. Y por lo mismo esta convicción nuestra en orden a las propias debilidades interviene muy poco en la información de nuestra conciencia prác-

(1) *Vida*, Cap. XIX.

tica, y ejerce poquísimas influencias en la dirección de nuestra vida ordinaria.

Pero es muy cierto que, cuanto más clara sea nuestra inteligencia y más fija y penetrante nuestra mirada hacia lo interior de nuestra alma, mayores y más variadas serán las deficiencias o defectos que veremos en nosotros; pues los tenemos; y para descubrirlos no hay sino hacer que éntre la luz y mirar. Porque, según esta bellísima frase de la Santa, «pieza donde entra mucho sol no hay telaraña escondida». Y muy seguros podemos estar que cuanto más ahondemos en el conocimiento propio y con mayores auxilios de fé y de especiales gracias, nos podamos ayudar, más grandes y más variados serán también los defectos que encontraremos; y, por consiguiente, serán más sólidas las razones en que fundaremos nuestra humildad.

7. Pero no todo lo que hay en el hombre es malo. Examinándonos, pues, detenidamente, encontraremos en nosotros algunas buenas cualidades, de naturaleza o de gracia. Y la verdadera humildad no nos manda que los ignoremos, o desconozcamos. También en este punto es admirable la doctrina de la Santa Madre. «Y no se cure, nos dice, de unas humildades que hay, de que pienso tratar, que les parece humildad no entender que el Señor les va dando dones. Entendamos bien, bien, como ello es, que nos los da Dios sin ningún merecimiento nuestro, y agradezcámoslo a su Majestad. Porque sino conocemos que recibimos, no desper-

haremos a amar. Y es cosa muy cierta, que mientras más vemos estamos ricos sobre conocer que somos pobres, más aprovechamiento nos viene, y aun más verdadera humildad... Es cosa muy claro que amamos más a una persona, cuando mucho se nos acuerda las buenas obras que nos hace... he aquí una joya que acordándonos que es dada y ya la poseemos. Forzado convida a amar, que es todo el bien de la oración fundada en humildad... Es menester sacar fuerzas de nuevo para servir y procurar no ser ingrato, porque con esta condición las da el Señor; que, sino usamos bien del tesoro y del gran estado en que nos pone, nos los tornará a tomar, y quedarnos hemos muy más pobres, y dará su Majestad las joyas a quien luzca y aproveche con ellas a sí y a los otros». (1)

Según esta admirable doctrina, la verdadera humildad no desconoce nada de cuanto hay en el hombre, sea bueno o sea malo. Lo toma tal como es. No nos pide más que luz, mucha luz para conocernos, y luego gran sinceridad para estimarnos según lo que somos. Cuanto mayor sea nuestro conocimiento, más sólida, profunda y sincera será nuestra humildad. Nuestra vista auxiliada por finísimos instrumentos ópticos, descubrirá muchos microbios en un vaso de agua que parecía muy clara y limpia; y en un punto del cielo que parece vacío y solitario, verá miles de astros de admirable magnitud y hermosura.

---

(1) *Vida*, Cap. X.

Pues así acontece también con nuestro corazón y con nuestro espíritu; tenemos muchos y muy grandes defectos, pero nunca carecemos de algunas buenas cualidades. Y la humildad que nos manda estudiar y reconocer nuestras deficiencias, no nos prohíbe conocer y apreciar en su justo valor nuestras buenas condiciones.

La humildad en orden a todas nuestras *buenas condiciones*, de cualquier orden que sean, físicas o morales, de naturaleza o de gracia, no nos exige que las ignoremos, ni siquiera que tratemos de amorarlas; lo que la genuina humildad nos demanda es que las entendamos bien, que las sepamos apreciar en su justo valor, que reconozcamos al verdadero Autor de quien proceden y las obligaciones que nos imponen; y, finalmente, que recordemos siempre que, cualesquiera que sean nuestras perfecciones o bienes, los llevamos en un vaso de barro tan frágil que se puede quebrar al menor descuido (1). Y que andamos por caminos muy peligrosos en los que a cada momento los ladrones nos pueden despojar de cuanto bueno tengamos (2). Todo lo cual expresó la Santa Madre con estas palabras que parecen tan sencillas y tienen tan alta significación: «La humildad es andar en verdad».

8. Es evidente, pues, que la Santa Doctora de Avila considera a la humildad como hija legítima de la verdad, así como el Santo Solitario de Duruelo

---

(1) II ad Corint. IV-7.

(2) Matt. VI-9.

tiene a la humildad como hija genuina del amor. Pero el Santo en el fondo viene a decir exactamente lo mismo que la Santa Madre. Porque ese amor, cuyo primer fruto es una humildad profunda en el alma, ya nos dijo el mismo Santo que es un amor a Dios que, comenzando a ser ya perfecto, ilustra la inteligencia del hombre y depura el corazón para que puedan ser bien entendidas y mejor sentidas aquellas verdades que nos dicen lo que es Dios y lo que somos nosotros, lo que por nosotros ha hecho Dios y lo que nosotros le debemos. Y por consiguiente, ambos Santos convienen en considerar a la humildad como un efecto que naturalmente ha de producir sobre el espíritu y sobre el corazón del hombre el conocimiento algo perfecto de Dios, del hombre y de las relaciones mutuas entre Dios y nosotros.

No sé que nadie haya aventajado, ni siquiera igualado a nuestros dos Santos Padres en escribir sobre la humildad algo tan profundo y tan exacto, y al mismo tiempo tan hermoso y apropiado para hacer amable a todo espíritu recto esta virtud tan querida de nuestro Señor Jesucristo, y de los Santos, y tan mal parada por quienes de ella hablan sin poseerla ni siquiera comprenderla.

*La humildad es andar con verdad.* Aquí está contenido cuanto sobre la humildad se puede decir; no hay sino ahondar en esta admirable definición.

9. Pero es preciso entender bien este principio, porque una mala inteligencia de él podría ser muy perjudicial a muchas almas. No hay nada tan funes-

to como una excelente definición mal comprendida, o una gran verdad, entendida tan sólo en parte. Ningún error es peligroso por lo que tiene de falsedad, sino por lo que aun conserva de verdad. El error puro no existe, y si fuera posible, no sería temible, si así se presentara, pues toda inteligencia lo rechazaría. Todo error es un disfraz de alguna verdad; y no es aceptado sino en cuanto consigue que con esa verdad se le confunda. Y está claro que será tanto más temible el error cuanto más importante sea la verdad en la que consiga envolverse.

Que la *humildad es la verdad* es un pensamiento hermosísimo y muy verdadero. Con él se desvanecen esas falsas humildades de gentes indoctas; esas timideces de espíritus apocados, y todas esas gazmoñerías de corazones poco sinceros.

Pero este excelente principio de la gran Doctora de Avila no crean que puedan tomarlo como lema suyo los espíritus ligeros para satisfacer sus ansias de ostentación y vanidad. No; ciertamente que no pueden aducir en su favor la autoridad de Santa Teresa esas personas, tan vanas, tan vacías de virtudes, y aun de simple buen sentido, que se desviven para que las demás las admiran y quieran, y se ocupen de ellas por alguna buena cualidad que Dios les concedió. Nada hay tan contrario al espíritu sencillo y recto de la Santa Madre como esta fatua presunción, tan común hasta en personas que parecen serias y muy religiosas. Y no es menos opuesto al espíritu de Nuestro Santo Padre pues, hablando de los que se complacen en ver alabados de otros



algunas de sus perfecciones, dice que siempre hay peligro de caer en engaño y vanidad; porque dice el Santo: «aunque algunas veces digan verdad alabando gracias y hermosura, todavía por maravilla deje de ir allí envuelto algún daño, o haciendo caer al otro en vana complacencia y gozo, y llevando allí sus aficiones e intenciones imperfectas» (1).

Si uno realmente posee algunas buenas cualidades, la humildad no le exige que las desconozca, ni menos que las niegue. Seguramente que Santo Tomás de Aquino sapientísimo y humildísimo como era, no diría nunca, ni pensaría que en Teología y Filosofía supiera él menos, por ejemplo, que el cocinero de su convento. Lo que Dios y los hombres piden es que, lo que cada uno tenga de bueno, lo sepa administrar debidamente para su propio provecho y el de sus prójimos. Y así, para no perjudicarnos a nosotros mismos con lo mismo que el Señor bondadosamente nos concedió para nuestro provecho, cuando se trata de nuestras buenas cualidades hay que tener presentes estos principios:

1.º Que el amor propio naturalmente abulta y exagera nuestras perfecciones, mientras que atenúa nuestros defectos, sobre todo cuando nos pone estos y aquellos en parangón con los defectos y perfecciones de los demás. Quién no es sumamente cauto, tratándose de sus propios defectos y virtudes, o buenas cualidades, con suma facilidad se engaña a

(1) *Sub. del Monte Carm.*, Lib. III, Cap. XXI.

sí mismo. Entender esto; sentirlo y practicarlo, es «andar en verdad», esto es ser humilde.

2.º Que cualesquiera que sean las buenas cualidades que poseemos, ora físicas ora morales, materiales o espirituales, de naturaleza o de gracia, no las tenemos como propiedad nuestra, sino como recibidas *en comisión* de parte de Dios, a quien al fin hemos de rendirle cuenta detallada de todo, de lo poco, lo mismo que de lo mucho. Ya sabemos que Dios no quiere nada ocioso en la creación, y que fué condenado a la ignominia y a los tormentos aquel siervo que devolvió intacto todo lo que había recibido, pues, como nada había negociado, fué justamente condenado (1). Y por consiguiente, *cada don es una responsabilidad*. Los prudentes y avisados se esfuerzan en ver cómo lo podrán negociar, a fin de poder rendir buena cuenta. Mientras que los necios se engalanan y enfatúan, exhibiéndolo y buscando por ello alabanzas de los hombres. Entender esto bien, y ordenar la conducta en todo de acuerdo con esta inteligencia es «andar en verdad» es ser realmente humilde.

11. 3.º Dios quiere que en el mundo moral haya no menos armonía ni menos dependencia de las almas entre sí, que aquella que admiramos en el mundo físico, en el que todo está en armónica relación de dependencia. Y porque todo entra en este concierto universal no aborrece Dios ninguna de sus criaturas (2); y, por lo mismo, a los hombres nos manda

(1) Matt. XXV-24 y sigs.

(2) Sap. XI-25.

que nos amemos como hijos de un mismo Padre, y que comencemos cada uno por hacer con todos los demás lo mismo que quisiéramos que ellos hicieran por nosotros. (1).

Y, por consiguiente, cuantos dones nos concede su Providencia, de cualquier orden que sean, quiere que los empleemos en ayudar con los mismos a nuestros hermanos que de ellos carecen, pues son también suyos. «Que nadie pretenda ser glorificado en los hombres», exclama el Apóstol y porque es vuestro todo; Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la muerte y la vida, lo presente y lo futuro, todo es vuestro» (2). Porque, si Dios graciosamente ha puesto a nuestra disposición algunos bienes físicos o morales, es para que los hagamos útiles a nosotros y a los demás. «Dad de balde lo que de balde recibisteis» (3), nos dice Nuestro Divino Redentor. Y San Pablo añade, «Yo lo soporto todo por los elegidos» (4).

Y, por consiguiente, ninguna ventaja o perfección que en nosotros podamos reconocer, sea grande o pequeña, de cualquier orden que sea, jamás nos puede autorizar para lastimar en lo más mínimo a quienes de esa perfección se sienten privados. Y ciertamente los lastimaríamos, si ante ellos nos quisiéramos levantar, poco o mucho, para hacer alguna ostentación de nuestras cualidades. Y, por con-

(1) Matt. VII-12.

(2) I ad Cor. III-21 y sigs.

(3) Matt. X-8.

(4) II ad Tim. II-10.

siguiente, cada uno de los dones que hemos recibido, sean de naturaleza o de gracia suponen otras tantas responsabilidades ante la Providencia, que nada hace ni otorga para que esté ocioso; y también significa que tenemos otros tantos títulos de obligación para conducirnos mejor con todos, con Dios, con nuestros prójimos y también con nosotros mismos. Que por esto decía Nuestro Señor Jesucristo: «Cuando hayáis hecho lo que está mandado, decid: Somos siervos sin provecho, porque no hicimos sino lo que teníamos obligación de hacer» (1). Entender esto perfectamente, y obrar siempre de conformidad, así en la vida pública como en la privada, es «andar en verdad». Y esto, y sólo esto, es realmente ser humilde.

12. Así hay que entender la humildad según el espíritu de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz; nada de encogimiento, ni de vanidad; nada de fingimientos repulsivos, ni de ostentaciones ridículas quieren nuestros Santos Padres. Sinceridad siempre y en todo, y mucha luz en el espíritu, y mucho calor en el corazón, es lo que ellos siempre practicaron, y ahora nos enseñan, para que sobre esa luz y sobre ese calor se asiente la genuina humildad en el alma de sus hijos devotos.

Y, por consiguiente, según esta doctrina de los grandes maestros del Carmelo, la vanidad y el orgullo suponen siempre algún defecto en el corazón o en el espíritu. Porque, cuando hay algo de

---

(1) Luc. XVII-10.

sólido amor de Dios y del prójimo en el corazón, y bastante luz en la inteligencia, y mucha rectitud en el espíritu, el hombre, en vez de complacerse en sí mismo, contemplando lo poco bueno que pueda tener y deseando que otros también lo contemplen y admiren, se afana en ver lo que podrá hacer que sea útil para la gloria de Dios, o provecho del prójimo; y se esfuerza en trabajar para corregir sus defectos que bien conoce, y en cómo mejorará sus virtudes.

13. Muy digno de ser meditado es este pasaje de la Santa Madre: «Todo este edificio, como he dicho, es su cimiento humildad; y si no hay esta muy de veras, *aun por vuestro bien*, no querrá el Señor subirle muy alto, porque no se dé todo en el suelo. Así que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procura ser la menor de todas, y esclava suya, mirando cómo, o por donde las podéis hacer placer y servir; pues lo que hiciéredes en este caso, hacéis más por vos que por ellas, poniendo piedras tan firmes, que no se os caya el castillo» (1).

Según esta admirable doctrina de la Santa, es un particular beneficio de la Divina Bondad el no conceder multitud de dones a quienes no tienen un cimiento bastante sólido de humildad para soportarlos. Esas almas malograrían los dones de Dios, y se harían daño a sí mismas. Ah ¡cuántas bendiciones de toda suerte retiene en las Divinas manos

---

(1) *Moradas*, Morada VII.

nuestro espíritu de orgullo o vanidad! Dios nos las quisiera otorgar, pero, no siendo bastante humildes nosotros, no las sabríamos administrar, y así no nos servirían sino para mayor responsabilidad.

La Santa Madre en el Camino de Perfección, que es su obra verdaderamente ascética, dice que toda la perfección religiosa consiste en solas tres cosas que ella encarecidamente recomienda: «La una es amor unas con otras; otra, desasimiento de todo lo criado; la otra, verdadera humildad, que aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza todas». (1)

El Santo Padre nos dice que estos sentimientos y este espíritu del alma humilde son los más directamente opuestos al espíritu del diablo.

Y esto lo estudiaremos en el próximo capítulo.

---

(1) *Camino de Perfec., Cap. IV.*

## CAPITULO XV

## CONTINUACIÓN

## HUMILDAD Y ORGULLO

1. CÓMO LA HUMILDAD ES DIRECTAMENTE CONTRA EL ESPÍRITU DIABÓLICO.—2. CUÁNTO AMA DIOS A LOS HUMILDES.—3. LA HUMILDAD ES EL FUNDAMENTO DE LA GRANDEZA. ENSEÑANZAS DEL DIVINO MAESTRO SOBRE LA HUMILDAD.—4. TODA LA VIDA Y DOCTRINA DE JESÚS, FUÉ UN HIMNO A LA HUMILDAD.—5. DIOS SE COMPLACE EN HUMILLAR A LOS SOBERBIOS. Y LOS RECHAZA.—6. LOS SOBERBIOS QUIEREN APROPIARSE LA GLORIA QUE SÓLO A DIOS ES DEBIDA.—7. LA SOBERBIA ES EL PECADO CAPITAL MÁS PROFUNDAMENTE ARRAIGADO. ES LA DESVIACIÓN DE UNA ÁSPIRACIÓN SANTA.—8. EL AMOR PROPIO NO ES MALO EN SÍ MISMO, SINO EN LA MANERA Y EN LOS MEDIOS. EL CAMINO SEGURO DE LA GRANDEZA.—9. TEXTOS DEL SANTO PADRE.—10. EL ORGULLO ES EL PADRE DE LA ENVIDIA. DESTROZOS DE LA ENVIDIA EN LAS ALMAS.—11. EL ESPÍRITU MALÍGNO LA FOMENTA. ENFERMEDAD MUY GENERAL.

1. El Santo Padre nos dice que esta Cautela, en que nos recomienda la humildad, es «derechamente contra el demonio». Las dos últimas prece-

dentes también son contra el maligno espíritu, pero la humildad parece que va contra él de una manera más directa.

Y esto por varias razones. Primeramente la humildad, como hemos dicho en el capítulo pasado, es inseparable de la verdad; y el demonio, como nos advierte Nuestro Divino Salvador, es el enemigo acérrimo de la verdad; siempre que habla, miente, porque es embustero y padre de la mentira. (1) Además, la verdad supone cierta desestimación justa de uno mismo y alguna perfección en el amor de Dios, de tal manera que la humildad es más perfecta, cuanto más profundo sea el desprecio de sí mismo, y mayor el amor de Dios. Y por esto nos dice el mismo Santo Padre: «Y cuando viniere a quedar resuelto en nada, que será en la suma humildad, quedará hecha la unión espiritual entre el alma y Dios» (2).

Pero los demonios no pueden amar a Dios, ni a nadie, pues, como dice Santo Tomás, ni siquiera entre sí son capaces de amarse (3). Y, por último los humildes, olvidándose de sí mismos, se alegran de la gloria de Dios y del bien de todos; y con todas veras anhelan así extender el bien del prójimo como acrecentar la gloria divina.

Por esto nos dice también la Santa Madre: «Por amor de Dios os pido que vuestro trato sea siempre ordenado a algún bien de quien habláre-

(1) Joann. VIII-44.

(2) *Sub. M. Carmelo*, Lib. II, Cap. VI.

(3) I pars. Q. 109, a. II ad 2um.



des, pues vuestra oración ha de ser para provecho de las almas. Y pues esto habéis siempre de pedir al, Señor, mal parecería, hermanas, no lo procurar de todas maneras. Si queréis ser buen deudo, esta es la verdadera amistad; si buena amiga, entended que no lo podéis ser, sino por este camino. Ande la verdad en vuestros corazones, como ha de andar por la meditación, y veréis claro el amor que somos obligadas a tener a los prójimos» (1).

Más a esto se opone directamente el espíritu de Satanás, el cual, como enseña el Ángel de las escuelas, no tiene, ni puede tener propiamente más que dos pecados; que son soberbia y envidia, los cuales se oponen directamente a los dos efectos que la humildad causa en el alma; que son desestimación propia, y complacencia en la gloria de Dios y en el bienestar del prójimo. «Los ángeles malos pecaron en cuanto apetecieron una excelencia singular, y esta singularidad de excelencia se eclipsa cuando aparece la excelencia de otros; y, por consiguiente, al pecado de soberbia en los ángeles prevaricadores se siguió el mal de la envidia por la que se duelen del bienestar del hombre, y también de la excelencia divina» (2).

Así, pues, la humildad se opone directamente al espíritu diabólico en cuanto al principio en que se funda y en los efectos que en el alma produce.

Y seguramente por esto mismo la Sagrada Es-

---

(1) *Camino de Perfec.*, Cap. XX.

(2) S. Tom. I pars, Q. 63, a. 2.

critura nos recomienda tanto la humildad y nos presenta como tan detestable lo soberbia.

2. Los humildes en la Sagrada Escritura son siempre los más queridos de Dios. «El Señor excelso sobre todas las gentes y su gloria está sobre los cielos y mira las cosas humildes así en el cielo como en la tierra» (1). «El Excelso y el Sublime que habita en la eternidad, está con el que es de espíritu humilde y contrito» (2), nos dice Isaías. Y por el mismo Profeta nos dice también el Señor: «Tengo por asiento los cielos y la tierra por peana de mis pies... ¿a quién miraré sino al pobrecito y al que es de espíritu atribulado?» (3) Y David asegura que el Señor jamás desprecia a los corazones humildes y afligidos (4), y que a estos se complace en mostrarles sus caminos (5). El mismo Dios nos dice que hablaba con su siervo Moisés de corazón a corazón y que se dejaba ver de él claramente sin enigmas ni figuras; pero, pocas líneas antes nos advierte la Escritura que «Moisés era el más humilde de cuantos hombres moraban sobre la tierra» (6).

3. Según el Sabio, la humildad es el fundamento necesario para toda grandeza sólida y duradera. Por esto nos aconseja: «Cuanto seas más grande, humíllate en todo y hallarás gracia delante

- 
- (1) Psalm. CXII-4, 6.  
 (2) Isai. LVII-15.  
 (3) Isai. LXVII-1, 2.  
 (4) Psalm. L-17.  
 (5) Psalm. XXIV-9.  
 (6) Núm. XII-13 y sgs.

de Dios, porque la grandeza de sólo Dios es, y los humildes la reconocen» (1). «Antes de ser ensalzado el corazón del hombre es preciso que sea humillado» (2). Y como en la gloria no son recibidos sino los espíritus humildes (3) es necesario que «a la gloria preceda siempre la humildad» (4). Y así, como los Apóstoles hubiesen preguntado a Jesús, quién sería mayor en el reino de los cielos, el Divino Redentor tomó a un niño, lo puso en medio de ellos, y les dijo: «Os aseguro que si no os volviereis e hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Y así os digo que aquel que se humillare como este niño, aquel será el más grande en el reino de los cielos» (5). «Y todo el que se ensalzare será humillado, y todo el que se humillare será ensalzado» (6).

Ah!; cuántas veces hemos oído estas enseñanzas del Salvador, y no obstante, cuánto nos cuesta tomarlas como normas de toda nuestra vida! Podríanse centuplicar los textos, pues toda la Santa Escritura está llena de encomios a la humildad y a la mansedumbre; quiero añadir nada más que este tan hermoso y consolador: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis el descanso para vuestras almas» (7).

(1) *Ecci*, III-20, 21.

(2) *Prov.* XVIII-12.

(3) *Proverb.* XXIX-23.

(4) *Prov.* XV-33.

(5) *Matt.* XVIII-4.

(6) *Matt.* XXIII-12.

(7) *Matt.* XI-29.

Sabía el Salvador cuánto nos costaría asimilarnos esta encantadora virtud; por esto nos la recomienda con tanta insistencia. Sabía El que somos excesivamente celosos de nuestra dignidad y honor, que cualquier cosa nos lastima e irrita, y nos parece que hemos de cuidar mucho de que nadie se nos adelante un paso. Para curarnos de esta excesiva susceptibilidad por nosotros mismos, nos dice el dulcísimo Maestro: «No ha de ser más el discípulo que el Maestro, ni el criado más que su señor» (1). «Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy» (2). Pues aprended y tomad de mí, no mi sabiduría infinita, no el poder de sujetar los demonios, resucitar los muertos e imperar a los elementos, sino la humildad y la mansedumbre de mi corazón. Yo mismo «os he dado primero el ejemplo para que como yo lo hice, así lo hagáis vosotros» (3). Y felices y «bienaventurados seréis si esto entendéis bien y lo practicáis» (4).

4. Esto decía el Divino Maestro en su último sermón en su despedida del mundo. Así acaba su predicación como la había comenzado tres años antes. En el Monte de las Bienaventuranzas, había iniciado su predicación al género humano con aquella doctrina tan nueva, tan extraña y tan sublime, llamando bienaventurados a los pacíficos, a

(1) Matt. X-24.

(2) Joann. XIII-13.

(3) Joann. XIII-15.

(4) Joann. XIII-17.

los limpios y mansos de corazón (1). Y del mundo se despide, proclamando también bienaventurados a quienes sean capaces de comprender y practicar sus enseñanzas de humildad y mansedumbre. De mansedumbre y de humildad fué un continuado himno toda la doctrina de Jesús; y un perfectísimo modelo de estas virtudes fué toda su vida en su paso por el mundo. Tanto como eso fué necesario para que algunas almas escogidas supieran asimilarse este espíritu de humildad y mansedumbre, que es el espíritu de Jesús, y que tanto contrasta con el espíritu del mundo.

5. Y está claro que cuanto agrada a Dios la humildad tanto le ha de ofender la soberbia. La Santa Escritura se complace en hacer resaltar el orgullo de algunos personajes para ponerlo en contraste con el abatimiento y humillación que pronto sigue a su altivez y soberbia.

Del rey Antíoco, perfecto modelo de orgullo, dice: «Y así, aquel que, lleno de sobrehumana soberbia, creía poder imperar a las olas del mar, y pesar en una balanza las altas montañas, ahora yace abatido hasta la tierra» (2).

Sennaquerib era otro ejemplo acabado de orgullo, que amenazaba destruir al pueblo escogido y decía: «Subí a las cumbres del Líbano, corté sus cedros altísimos y sus abetos escogidos, y llegué hasta la espesura de su Carmelo». Mas el Señor le mandó muy pronto este mensaje por el Profeta

(1) Matt. III-4 y sigs.

(2) II Macab. IX-8.

Isaías: «Hasta mis oídos ha llegado tu soberbia; y así pondré argolla a tus narices, y candado a tus labios, y te haré volver por donde has venido» (1).

Y envió el Señor a su ángel, que en una noche destrozó totalmente el poderosísimo ejército de los asirios (2).

«Te engañaron tu arrogancia y la soberbia de tu corazón», (3) dice el Señor por otro de los Profetas. «Pero aunque te elevares como las águilas y entre las estrellas pusieres tu nido, de allí te haré bajar yo, dice el Señor» (4).

Dios Nuestro Señor no soporta a los soberbios; los rechaza (5) y aparta de Sí, como nosotros apartamos de la vista los objetos que nos causan repugnancia. Y no es extraño que tanto le repugnen al Señor las almas tocadas del vicio de soberbia, u orgullo. Como infinita bondad que es, comunica sus perfecciones, su gloria y su dicha a sus criaturas. Pero, si tiene sus adorables complacencias en hacer participantes de su felicidad a los hombres y a los ángeles, no puede *ceder* a nadie su gloria, ni permitir que se la discutan o arrebaten. «Yo soy el Señor, y este es mi nombre, y no cederé a otro mi gloria» (6). Porque dejaría de ser Dios, si su gloria le fuera quitada por alguna criatura.

(1) IV Reg. XIX-23 y sigs.

(2) Ibid. 35.

(3) Jerem. LIX-16.

(4) Abd. 4.

(5) Jacob. IV-6.

(6) Isai. XLII-8.

6. Pero el pecado de soberbia precisamente consiste en que la criatura quiera apropiarse la gloria que a solo Dios es debida. «El principio de la soberbia del hombre es apartarse de Dios» (1), nos dice el Sabio. He aquí porque el Señor desprecia a las almas soberbias y se complace en humillarlas; y en cambio tiene sus delicias en estar con los humildes, y los ensalza y bendice.

Por esto la Providencia Divina, justa y sabiamente, permite siempre, y aun muchas veces ya en esta vida, que a los hinchazones del espíritu y altanerías del corazón, sucedan las más amargas decepciones y los más humillantes desprecios.

Pero a la más sincera humildad sigue la gloria más legítima y la estimación más sincera.

«De donde hay soberbia cerca está la contumelia» (2), dice el Sabio; y David añade: «Ví al impío ensalzado y elevado como los cedros del Líbano; y pasé, y ya no le ví. Le busqué, y no se encontró ni el lugar de su morada» (3). Porque Dios como advierte Isaias quiere borrar de la tierra hasta la memoria de los soberbios (4).

7. La soberbia es el primero de los pecados capitales, el que más profundamente inficionó la naturaleza humana, el que más funestos resultados ha producido en las almas.

Porque la soberbia, en último resultado, no es

(1) Ecli. X-14.

(2) Prov. XI-2.

(3) Psalm. XXXVI-35, 36.

(4) Isai. X-21.

más que una *desviación*, introducida en ese deseo innato que tiene todo hombre de ser estimado y elevado.

Y esto ciertamente, en sí mismo no es malo. ¿Pues qué? ¿No es Dios mismo quien creó al hombre para que fuera rey? ¿No dijo Él mismo a nuestros primeros padres «llenad la tierra y subyugadla, y dominad los peces del mar y las aves del cielo»? (1). ¿Y no fué el Creador mismo, quien puso en el fondo de nuestro espíritu esas ansias de grandeza que jamás se acallan, y esas aspiraciones a lo grande y a lo alto que nunca se mitigan?

La soberbia es el amor propio en *cuanto desordenadamente busca la propia excelencia*.

Pero el amor propio no es malo en su origen, ni en su término. No lo es en su origen, pues Dios mismo lo puso en el fondo de nuestro espíritu; ni lo es por su fin, porque, si el amor propio busca para sí la excelencia, Dios ciertamente no nos ha creado para la ignominia, sino para la gloria. Somos bastante audaces, decía San Pablo, y tenemos la voluntad firme de separarnos de lo corpóreo para llegar a estar presentes a Dios (2). Y Nuestro Divino Redentor había dicho antes, como demandando a su Eterno Padre el premio de la Pasión que por su amor y el de los hombres aceptaba: «Padre, yo quiero que allí donde yo esté, estén también conmigo los que tú me diste» (3).

(1) Génesis. 1-28.

(2) II ad Corint. V-8.

(3) Joann. XVIII-24.



8. El mal del amor propio no está en que el hombre se ame a sí mismo, y busque su propia excelencia, sino que está en los modos y en los medios. He aquí un texto hermoso y profundo de Santo Tomás de Aquino: «Nada tiene afecto sino a aquello que de alguna manera conviene a su naturaleza. Y, amando las cosas que convienen al espíritu, nadie peca sino en cuanto en este amor quebranta alguna regla impuesta por el Superior. Y en esto consiste el pecado de soberbia, en no quererse sujetar al Superior en aquello en que le debe estar sujeto» (1).

Nuestros primeros Padres no pecaron por querer ser como dioses, pues a imagen y semejanza de Dios habían sido creados, sino porque antes de tiempo quisieron gozar las prerrogativas de semi-dioses. Y así quebrantaron la obediencia que Dios les había impuesto, para que de *alguna manera* ganaran y merecieran su bienaventuranza.

Y nosotros, cuando cometemos pecados de soberbia, no es ciertamente porque estimemos nuestra excelencia, sino porque la buscamos donde no está, o pretendemos conseguirla por medios que no son adecuados, ni puestos por Dios, para alcanzarla. Nuestra excelencia está solo en Dios. Quien quiera gloriarse que se gloríe en el Señor. (2). Pero nunca en los hombres (3), dice el Apóstol.

Y el camino para llegar a esa altísima excelen-

(1) S. Tomás. I pars. Q. LXIII, a. 2.

(2) I ad Corint. I-31.

(3) I ad Cor. III-2.

cia, el único camino, es el fiel cumplimiento de la ley, y el espíritu de humildad y mansedumbre. «Si quieres entrar en la vida guarda los mandamientos» (1). Y «os aseguro que, sino os volvierais como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (2).

Esta es la palabra clara y terminante de quien no se engaña, ni engaña; y sería inútil que, tergiversándolas, pretendiéramos engañarnos a nosotros mismos.

9. Esta es también la doctrina de Nuestro Santo Padre. «Para enamorarse Dios del alma, dice, no pone los ojos en su grandeza, más en la grandeza de su desprecio y humildad» (3).

De manera que, cuanto más uno mismo se abaja, reconociéndose por nada delante del Señor, más nos levanta, y viceversa. El Omnipotente se complace en abatir a los que injustamente se quieren ensalzar. Realmente el hombre no tiene de qué envanecerse en cuanto a la gloria que sólo a Dios es debida, porque si algo bueno tiene, del mismo Dios lo ha recibido. Y así dice San Pablo: «¿Qué tienes que no lo hayas recibido? y si lo recibiste, ¿porqué te glorias?» (4).

Y Nuestro Santo Padre nos dice también: «Si gloriarte quieres y no quieres parecer necio y loco, aparta de ti las cosas que no son tuyas, y de lo

(1) Matt. XIX-17.

(2) Matt. XVIII-3.

(3) Aviso 326.

(4) I ad Corint. IV-7.

que queda habrás gloria... Más por cierto, si las cosas que no son tuyas apartas, en nada serás tornado; pues de nada debes gloriarte, sino quierés caer en vanidad» (1).

10. Y una de las cosas que hace más terrible y antipático el orgullo es que necesariamente trae consigo la envidia. Porque es natural que quien anda muy ansioso de su propia excelencia y gloria, sienta pesar al ver que otros poseen y gozan lo que él más ardientemente desea y no lo puede alcanzar.

La envidia es disgusto y tristeza a causa del bienestar y felicidad del prójimo.

Es el más ruin y detestable de cuantos vicios, después del orgullo, pueden arraigarse en el espíritu humano.

Se opone directamente al más noble y hermoso de los sentimientos del hombre, que es la amistad, la cual consiste en una dulce complacencia del corazón en el bienestar de los demás.

El ruin sentimiento de la envidia causa destrozos en las pobres almas que le dan entrada.

Mata todos los sentimientos más nobles y más delicados; amarga todas las alegrías, aún las más puras y santas, y hace pesada, y a veces hasta insoportable, la vida, a muchas almas que podrían vivir en la dulce paz y contento de los hijos de Dios.

Hija del orgullo y hermana gemela de la celoti-

(1) Aviso 327.

pia, la envidia quiere ser ella sola ensalzada; aborrece y se hace aborrecible.

El orgullo quisiera el honor y el contento sólo para sí; y en cambio encuentra casi siempre el tedio y la humillación. Por esto halla extraño placer en rebajar el honor de los demás, y en destrozar la paz y la dicha en las almas que viven felices.

Y así, el orgullo y la envidia participan algunas cualidades del espíritu diabólico, que es de donde originariamente proceden: y ese mismo espíritu es el que los fomenta y nutre.

11. El demonio, como perdió su gloria, se entristece de que otros la tengan; y se goza cuando puede conseguir que algunos la pierdan. Y como él no puede amar, tiene extraño placer en impedir que otros se amen. Como la serpiente inyecta su veneno a quienes se le acercan, así el espíritu maligno infiltró la envidia en el espíritu del hombre.

Quien no se cuide con mucha vigilancia sobre sí mismo, y sobre todo, con mucha oración y con la gracia de Dios, llevará moralmente una vida misérrima, y encontrará torturas hasta en las cosas más inocentes y santas.

La Sagrada Escritura dice que la envidia es como podredumbre en los huesos: *Putredo ossium invidia* (1). Porque, como la podre o postema, mientras no se la saque, está siempre destruyendo tejidos vitales y atormentando al paciente, así la

(1) Prov. XIV-30.

envidia atormenta y desgasta el corazón y el espíritu mientras esté alojada en el alma.

Y es tan ruin este vicio que puede prender en toda clase de personas; y es seguro que no se verán del todo libres de él, aun los que quieren ser mejores en virtud y en educación. Y en cierto modo en estas aun más, pues se puede disimular mejor en ellas. Como la culebra tiene especial placer en deslizarse entre hermosas flores, así la envidia comienza a anidar ya en los corazones inocentes de los niños; y seguramente no dejará totalmente en paz ni a las personas que quieren caminar y caminan por las sendas del honor y de la virtud.

Más esto lo veremos mejor en el próximo capítulo al estudiar los efectos del orgullo en el alma.

envidia atormenta y desgracia el corazón y el cuerpo  
 mien tras está alojada en el alma. Y están ruin este vicio que puede prender en  
 toda clase de personas; y es seguro que no se ve  
 tan del todo libre de él, aun los que pulcra son  
 mejores en virtud y en educación. Y en cierto modo  
 de en estas aun más, pues se puede disminuir más  
 por en ellas. Como la culpa tiene especial lugar  
 en deslizar entre hermosas flores, así la envidia  
 comienza a andar ya en los corazones inocentes  
 de los niños; y seguramente no dejará totalmente  
 en paz ni a las personas que pulcra caminan y  
 caminan por las sendas del honor y de la virtud.

Más esto lo vemos mejor en el próximo caso.  
 Solo al estudiar los efectos del orgullo en el alma

valor alabado y estimado por todos se ve cómo  
 y cómo se eleva con orgullo y cómo se

es elevado al orgullo y cómo se eleva al orgullo

## CAPITULO XVI

## CONTINUACIÓN.

## AMOR PROPIO. VANIDAD. ORGULLO.

1. LA SOBERBIA.—2. EL AMOR PROPIO AUXILIAR DE LA VIRTUD.—3. TODOS HIJOS DE DIOS. LAS NADAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ. ES PRECISO EDUCAR AL AMOR PROPIO, NO DESTRUIRLO.—4. ES NECESARIO UN POCO DE TALENTO PARA CONOCER AL AMOR PROPIO. LA VANIDAD ES EL PRIMER FRUTO DEL AMOR PROPIO DESORDENADO. LOS VANIDOSOS Y LOS EBRIOS.—5. SOBRE LAS RUINAS DE LA VANIDAD SE LEVANTA AMENAZADOR EL ORGULLO. ES EL VICIO DIABÓLICO. LAS DERRÓTAS Y CONTRARIIDADES LE AVIVAN.—6. LA VANIDAD Y EL ORGULLO DEBEN SER CURADOS DESDE ADENTRO.—7. EL VANIDOSO INOFENSIVO, CASI INOCENTE. PRONTO DE VANO SE HACE ORGULLOSO. Y EL ORGULLOSO COMO EL EBRIO, JAMÁS SE SATISFACE.—8. CUAN GENERAL ES EL VICIO DEL ORGULLO. SUS VARIADÍSIMAS MANIFESTACIONES.—9. NO BASTA EL TALENTO PARA LIBRARSE DEL ORGULLO. HOMBRES QUE PIENSAN BIEN, MIENTRAS NO SE TOQUE SU AMOR PROPIO.—10. HAY QUE DEJARLE PORQUE ES ASÍ.—11. NO SUELEN CONOCER ESTE MAL LOS MISMOS QUE LO SUFREN. PASAJE DEL

SANTO.—12. CÓMO SE CURA EL AMOR PROPIO.—  
 13. HUMILDAD Y CARIDAD. HAY DERECHO A PEDIR  
 MUCHO A LAS PERSONAS RELIGIOSAS.—14. EL  
 FUNDAMENTO DE LA VIDA RELIGIOSA. DEBE SER  
 DE VERDADERO CORAZÓN. VENCER EL MAL EN EL  
 BIEN.—15. CUANTO VALE UN ACTO DE HUMILDAD.  
 ECHAR LEJOS AL DEMONIO. ALEGRÍA DE CORAZÓN.

1. Los efectos de la soberbia sobre el alma, son muchos y muy deplorables. No creo que puedan ser expresados de una manera más enérgica y profunda de lo que lo hace la Santa Escritura por uno de los Profetas: «Como es engañado por el vino el bebedor, así lo será el varón por la soberbia» (1).

Un poco de vino no es perjudicial al hombre; y así dice el Sabio: «El vino no fué creado al principio para embriagar, sino para alegría; y, bebido con moderación, es regocijo del espíritu y del corazón, salud del cuerpo y del alma» (2). Es sano, pues tonifica los nervios, aviva la fantasía, y es poderoso excitante de todas las fuerzas vitales. Pero, tomado más de lo debido, aunque sin llegar a notable exceso, ya pone al hombre demasiado contento, y le hace ser incorrecto. Y, si el exceso es notable, pronto se ofusca o se pierde totalmente el juicio, y aparece la repugnante embriaguez en sus múltiples gradaciones.

(1) Habac. II.

(2) Ecli. XXXI-35 y sigs.



Pues exactamente lo mismo acontece con la soberbia. No es más que una desviación del amor propio en cuanto el hombre indebidamente busca, o se complace, en la propia excelencia.

El amor propio en sí mismo tampoco es malo; Dios no ha creado ningún ser para que se aborrezca a sí propio. El instinto de conservación y la propia estima los puso Dios en el fondo de nuestra alma.

2. El amor propio, bien entendido, y bien gobernado, es gran auxiliar de la virtud, y sostén necesario de la moralidad pública y privada. Sin anhelos de excelencia y de gloria, el hombre viviría atontado como los más brutos animales; no tendría aspiración alguna, sino de placer. La esperanza y el honor y la gloria para él serían palabras sin sentido.

Y sin el sentimiento del honor y de la propia estimación, ninguna acción nos parecería deshonorosa, ningún vicio juzgaríamos como degredante, y tendríamos como cosa ridícula ese suavísimo sentimiento del pudor, que Dios mismo puso en nuestra alma, como fiel servidor de las más delicadas virtudes.

Oh! no, Dios no ha creado al hombre para que absolutamente se desprecie a sí mismo, y se crea un ser abyecto. El mismo Dios dice: «Todos vosotros sois dioses e hijos del Excelso» (1).

3. Y si somos hijos de Dios excelso, como tales nos hemos de sentir y gobernar. Nadie ha

---

(1) Psal. LXXXI-6.

tenido estimación tan grande de sí mismo como los Santos, y esto con la más profunda humildad. Es porque ellos entendieron muy bien lo que significan estas prodigiosas palabras, dirigidas por los hombres a Dios: «Padre nuestro que estás en los cielos». (1)

Más la casa de nuestro Padre está aún muy lejos, y muy alta; y nosotros con nuestro personal esfuerzo, y ayudados de la gracia, hemos de ir caminando hacia ella. Pero, mal podríamos esforzarnos en el cumplimiento del deber con la esperanza de llegar hasta la vista de Dios, hasta la compañía de Dios en la eternidad, sino pudiéramos acariciar en orden a nosotros mismos más que sentimientos de absoluta abyección y desprecio.

Cuando los Santos tanto nos recomiendan la humillación, no pretenden ciertamente que el hombre renuncie en *absoluto* a todo sentimiento de honor y de grandeza; porque esto sería envilecimiento de espíritu. Y la humildad verdadera, lejos de envilecer, honra y ensalza.

Los Santos saben muy bien que la humildad sincera es el único medio eficaz para el verdadero honor y gloria; y esto no tan sólo en la otra vida, sino también en esta. Por esto el Santo Padre, después de aquellas célebres *nadas*, escritas en la senda de su místico monte, pone estos lemas, ca-

(1) Matth. VI-9.

da uno de los cuales vale por un tratado de abnegación y de gozo, de humildad y de gloria:

Cuando con propio amor no lo quise,

Dióseme todo sin ir tras ello.

Después que me he puesto en nada,

Hallo que nada me falta.

Tanto más algo serás

Cuanto menos ser quisieres.

Así, pues, el amor propio no debe ser totalmente ahogado, sino bien entendido, y recta y eficazmente gobernado.

Y precisamente aquí está la dificultad. Empeñarse en destruirlo es una aberración, puesto que es ir contra la naturaleza misma. Pretender formar así el corazón es matarlo; es falsificar el concepto de la virtud; y es tornarla odiosa, como toda falsedad, y hacerla impracticable como todo lo que está en pugna con la naturaleza.

4. Más para entender esto y aplicarlo en todas las circunstancias de la vida ordinaria se requiere al menos cierto talento natural y gran energía de carácter. Por esto mismo Santa Teresa de Jesús, mi Santa Madre, tenía tanto miedo a las personas que no tienen ningún talento, y a las que teniendo alguno, no lo habían cultivado más que a medias. Las personas bobas y medio letradas, como ella dice, fueron las que más la hicieron sufrir.

Quien sea incapaz de entender bien el amor propio y no lo sepa ver en los múltiples repliegues

del corazón y del espíritu, en que tan sagazmente se envuelve, jamás lo sabrá dirigir y gobernar; y quien de su amor propio pierda algo el dominio, pronto caerá en lastimosos extravíos.

Y primeramente es seguro caerá en la vanidad. El vanidoso es como el que ha bebido demasiado, pero sin llegar a notable exceso, porque la vanidad no es más que una ligera desviación del amor propio.

Es grandísima la semejanza entre el vanidoso y el que ha bebido tan sólo un poco demasiado. Los vanidosos y los medio bebidos suelen ser personas tan alegres como inofensivas; casi se puede afirmar que son buenas, pues hasta suelen estar dispuestas a prodigar favores a quienes de ellas necesitan. No desprecian a nadie, ni tienen mala voluntad a nadie. Están contentas de sí mismas, y experimentan satisfacciones íntimas y goces como de niños en contar sus habilidades y sus éxitos. Hasta se resignan fácilmente a que haya otras personas que se sientan también felices, con tal que las reconozcan a ellas sus *admirables* cualidades, acrecentándoles así su dicha.

Por esto los vanidosos inspiran compasión y lástima, más bien que indignación o desprecio.

Y, cuántas personas vemos que afean sus buenas cualidades con su deplorable vanidad! O, digámoslo mejor, ¿quién se puede creer libre de esas debilidades que parecen tan pueriles, y no obstante, son tan humanas? ¡Cuánto más valdríamos, si siempre y en todas circunstancias supiéramos re-

frenar el deseo de que otros se ocupen de nosotros más de lo justo y antes de tiempo!

Como también valdríamos mucho más seguramente, si perdiésemos un poco el miedo que solemos tener a que se ocupen de nosotros. Así el deseo excesivo de que nos alaben, como el miedo de que nos censuren sin motivo, son hijos de la vanidad y del orgullo.

5. Pero no es la vanidad la más terrible aberración del amor propio. El que su vanidad no reprime, pronto caerá en el orgullo o soberbia, como el que, *en beber un poco demasiado*, muchas veces reincida, muy pronto llegará a la embriaguez.

La vanidad es la madre y la nodriza del orgullo, como éste es la última evolución del amor propio.

Y es segurísimo que la vanidad degenerará en orgullo o soberbia, sino hay grandísimo cuidado y discreción en su tratamiento. Las contrariedades y decepciones pueden matar la vanidad, pero si no se sanan el corazón y el espíritu, que es donde radica el mal, sobre las ruinas de la vanidad, se levantará altanero y amenazador el orgullo. Y así el segundo estado de ese hombre será incomparablemente peor que el primero.

El vanidoso se resigna y hasta se contenta con que otros sean también felices, con tal que le ayuden con sus lisonjas a acrecentar sus propias satisfacciones. Pero el orgulloso tan solo de sí se ocupa, sólo en sí mismo piensa; quisiera que todo girara alrededor de sí; a todos los demás desdeña,

y si por ellos se interesa, es en cuanto los puede hacer servir a su propia glorificación.

La más alta expresión de la embriaguez del orgullo la dió el demonio, cuando mostrando al mismo Hijo de Dios todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, les dijo: «Todo esto te daré, si prostrándote me adorares» (1).

El vicio del orgullo, como radica en el espíritu, tanto más se arraiga cuanto desde afuera más se le contraría. Del diablo, primer principio del orgullo, dice Santo Tomás, que no puede arrepentirse. Y así las humillantes derrotas que sufre el maligno espíritu, no sirven sino para acrecentar su orgullo. Y los sufrimientos lejos de ablandarle, le hacen más obstinado.

6. Algo semejante acontece también con los hombres. La vanidad es la primera, y menos ofensiva manifestación del amor propio ya desordenado. Jamás se ha curado radicalmente a fuerza de ser contrariada.

No es buena la humillación que no procede de a propia conciencia; que no sea el resultado del mejor conocimiento de la verdad y del reconocimiento de nuestra propia flaqueza. La humillación, que nos viene tan sólo de afuera, no remedia nada y lo empeora todo.

Algunas veces podrá ser conveniente y hasta necesaria para contener a los espíritus altaneros, lo para que entren en reflexión algunas almas lige-

(1) Matth. IV-9.

ras. Pero sería de pésimos resultados, tomada como sistema de educación.

El amor propio está dentro en el espíritu, y adentro hay que aplicarle el remedio, cuando se le quiere dirigir y enderezar. «Limpia primero lo que está dentro del vaso y del plato para que sea limpio lo de fuera» (1), dice Nuestro Señor Jesucristo en el Santo Evangelio.

7. Así también las contrariedades, las humillaciones, sino atraen al hombre hacia dentro, no sirven sino para empeorarlo.

El envidioso, mientras no pasa de aquí, es como un niño mimado; casi se puede decir que es sincero y sencillo; no hay en él gran virtud ni mucha malicia. Va con el corazón en la mano, pero no para entregarlo a gran sacrificio por nadie, sino para que se lo vean, se lo alaben y acaricien.

Pero esto es un poco difícil conseguirlo por mucho tiempo en este mundo. Y así el vanidoso, en vez de atenciones, muchas veces recibe desaires; en vez de alabanzas, le dan censuras quizá tan desapiadadas como injustas; y en lugar de las soñadas satisfacciones de estimar y querer, y de sentirse querido y estimado, se encuentra con desengaños que lo lastiman en sus más delicados sentimientos.

Entonces, si no se recoge dentro de sí; si no llama ante su conciencia a su corazón y a su espíritu para dar a sus pensamientos y afectos más

(1) Matth. XXIII-26.

acertadas direcciones, se revolverá contra los que le lastiman. De vano se irá volviendo orgulloso; y, si con la inofensiva vanidad, no consiguió ver satisfechas sus ansias de estimación y afecto, mucho menos lo conseguirá a medida que el repulsivo orgullo vaya suplantando en su espíritu y en su corazón a la vanidad. Y cuanto mayores sean las contrariedades, más lastimado se sentirá, y más grande desdén y aversión tendrá a los que le contraríen; y por estos será correspondido con más cordial antipatía.

Así, cuando al amor propio no se le adereza en su principio, pronto se convierte en vanidad y de vanidad pasa a orgullo en los hombres, lo mismo que en los ángeles caídos. Sino es contrariado, más que desde afuera, no se extingue con los contratiempos.

Es terrible esta sentencia de la Sagrada Escritura: «La soberbia de los que te aborrecen sube siempre» (1). Es como en los ebrios que cuanto más beben, más sed tienen de beber, y más se atontan y degradan. Por esto el Profeta Habacuc, después de comparar al soberbio con el bebedor de vino, dice de él: «Jamás será honorificado: dilató como el infierno sus deseos; él mismo es como la muerte, y no se ve satisfecho» (2).

8. Debería bastarnos esta terrible descripción que del hombre soberbio nos hace el Espíritu Santo para que amásemos la humildad y detestásemos

(1) Psalm. LXXIII-23.

(2) Habacuc. II-5.



la soberbia. Y a pesar de su repugnancia es el vicio más extendido en la humanidad. Ningún otro está tan infiltrado en los últimos repliegues de nuestro ser. Tratándose de este vicio podemos preguntar con el Sabio: «¿Quién podrá decir, mi corazón está limpio y libre estoy de este pecado?» (1).

Pero no reviste la misma forma en todas las personas, ni está en el mismo grado de intensidad en todos. Nada hay tan variado en el orden moral como las manifestaciones del orgullo. Desde aquellas primeras y casi inadvertidas complacencias en sí mismas, que sorprenden a las personas consagradas a Dios, aun en sus mejores obras de piedad y devoción, hasta aquel perfecto orgullo que hace ya ostentación de su desprecio a todos y de su tenacidad en el mal, hay en verdad casi infinitas gradaciones. Y así las manifestaciones del orgullo son también incontables y variadísimas. Del talento y aún de la virtud, quiere hacer sus más eficaces auxiliares, y eso que tan enemigo es de la una como del otro.

9. Porque este vicio se encuentra, y a veces profundamente arraigado, hasta en personas cuyo talento y buen sentido y rectitud de juicio, son indiscutibles.

Es muy frecuente en cualquier ambiente social, en el claustro como en la vida secular, encontrarse con personas que discurren bien, y ven muy claro

---

(1) Prov. XX-9.

en todo, excepto en aquellos asuntos en que se interpone su amor propio. Entonces suelen discurrir de la manera más lastimosa. Su inteligencia sufre extraños extravíos. Es inútil discurrir con ellas en esos asuntos en que interviene su amor propio, porque entonces ya no discurren, sino que sienten, o mejor, respiran por aquellas heridas con que sienten lastimado su amor propio. Su mismo talento, en otros asuntos tan claro, les servirá de motivo para atacar más eficazmente a los que no pueden pensar como ellos. Y hasta quizá se creerán con derecho para despreciarlos, considerándolos como ignorantes, pues no aciertan a ver lo que ellos, a través de su orgullo, creen ver tan claro.

10. A hombres así se les encuentra en todas partes. Y hasta parece que todos, de común acuerdo hemos convenido ya en que, los hombres, cuando están o estamos en esas condiciones, somos irremediables, y en estos puntos también intratables.

Solemos decir, cuando nos encontramos con alguno de ellos: «*Hay que dejarle porque es así*».

Y esto quiere decir: «Es preciso ceder, no porque ahí, en ese su punto de vista, estén la verdad o la justicia, sino porque ahí está su amor propio, porque en eso, él es así».

Y aun quizá los interesados sentirán o sentiremos complacencia con semejante tratamiento. Tal vez nos guste que nos dejen con nuestro tema, no porque les creamos convencidos de que estamos en lo verdadero o en lo justo, sino porque nos gus-

ta que sepan los demás que nosotros no cedemos; que entiendan bien que *somos así*.

Pero pregunto yo: ¿Puede haber realmente cosa más deshonrosa y humillante para un hombre que el ser tratado de ese modo? No es en verdad otro el tratamiento que se da a los ebrios y a los locos. Con estos tampoco se discute; porque se sabe que son incapaces de comprender la verdad. Porque *son así*, también se les deja con su tema.

El nobilísimo espíritu humano no debe admitir imposición sino de la verdad, y de la justicia. Por lo mismo debe aceptarlas de donde quiera que le vengan y respetarlas donde quiera que estén. Y por la misma razón debe estar también dispuesto, a dejar cualquier cosa, desde el momento que comprenda que es falsa o injusta.

Pero el orgulloso abdicó de su razón en aquellas cosas que no acierta a ver sino a través de su amor propio. La verdad y la justicia para el orgulloso nada significan. Su egoísmo lo es todo. Por esto se dice que el orgullo es la embriaguez del espíritu. Repitamos con el Espíritu Santo: «Como el bebedor es engañado por el vino, así lo es el varón por la soberbia».

11. El mayor peligro de este vicio está en que generalmente el que lo sufre no lo conoce. Es como la fisis que suele ser conocida de todos los circunstantes, menos del mismo paciente. Muchas personas quedarían asustadas si pudieran convenirse de que gran parte de sus acciones son inspiradas e impulsadas por un secreto orgullo que se

oculta en lo más íntimo de su espíritu. Este vicio no perdona estado ni condición.

Nuestro Padre San Juan de la Cruz, nos advierte que hasta las personas que han comenzado a ser favorecidas con particulares dones sobrenaturales pueden incurrir facilísimamente en este feísimo vicio, y nos da sapientísimas reglas para conocer cuando se sufre esta enfermedad tan peligrosa. «La cual pueden ver ellas bien claramente con el disgusto que les nace y desvío con quien no les alaba su espíritu, ni les estima aquellas cosas que tienen; y la pena que les dá cuando piensan o les dicen que otros tienen aquellas mismas cosas o mejores. Todo lo cual nace de secreta estimación y soberbia; y ellos no acaban de entender que por ventura están metidos en ella hasta los ojos. Que piensan que basta cierta manera de conocimiento de su miseria, estando juntamente con esto llenos de oculta estimación y satisfacción de sí mismos... Los cuales aunque formalmente no lo digan como este (el fariseo) lo tienen habitualmente en el espíritu. Y aun algunos llegan a ser tan soberbios que son peores que el demonio» (1).

Para huir este peligroso mal, a los ojos de Dios tan aborrecible, nos dice el mismo Santo: «Es menester advertir que todas las visiones, revelaciones y sentimientos del cielo, y cuanto ellos quieren pensar, *no vale tanto* como el menor acto de humildad, la cual tiene los efectos de la caridad,

---

(1) *Sub. del Monte Carm.*, Lib. III, cap. VIII.

que no estima sus cosas ni las procura; ni piensa mal sino de sí, y ningún bien piensa sino de los demás» (1).

12. Así, pues, el mal del orgullo, o de la vanidad, o de la envidia, o de la celotipia no son más que diversos grados, o diferentes manifestaciones del amor propio, mal entendido, o no recta y eficazmente gobernado. Casi todas las almas sufren más o menos de estas flaquezas. Para curarlas no es buen sistema contrariarlas, violentarlas, humillarlas desde afuera, pues así tan solo se consigue irritarlas y hacer que su estado empeore. Su curación debe ser de *adentro* por medio de la gracia divina que se consigue por la oración humilde y perseverante, y por medio de la luz o de la verdad interior que debe informar nuestra conciencia. En esa conciencia, así formada, está el verdadero carácter de cada hombre.

Con la verdad, bien conocida y meditada, conoceremos lo que somos nosotros, y lo que es Dios; cuán grande sea nuestra miseria y cuán altos nuestros destinos en las miras de la Providencia; cómo embellece la humildad a las almas y las hace amables a Dios y a los hombres; y cómo las afea y las tortura el orgullo, cuando de ellas se apodera, pues ya sabemos que las hace odiosas a Dios, insoportables a sí mismas y aborrecibles a los hombres.

Pero en la adquisición de esta sólida y encan-

(1) *Sub. del Monte Carm. ut supra.*

tadora humildad, y en la extirpación del repugnante vicio del orgullo que hemos ya descrito, hay que unir nuestro esfuerzo personal con la acción de la gracia divina. El esfuerzo personal ha de consistir en que cada uno, con mucha paz y con grande energía contraríe siempre, no en los demás, sino en sí mismo, todo movimiento de vanidad y de orgullo, practicando siempre la virtud contraria que es la humildad.

A fuerza de repetir mucho unos mismos actos, se adquiere el hábito de hacerlos. Y muchos actos repetidos de humildad, con la ayuda de la gracia engendran en el alma esta hermosa y encantadora virtud.

Este ejercicio nos recomienda el Santo Padre en esta tercera Cautela contra el demonio. Esta es nos dice «que de corazón procures siempre humillarte, en el pensamiento, en la palabra y en la obra, holgándote del bien de los otros, como del de tí mismo, y queriendo que los antepongan a tí en todas las cosas, y esto de verdadero corazón».

Mucho nos pide el Santo en estas pocas líneas. No permite que lisonjeemos nuestro amor propio de pensamiento, de palabra, ni de obra para que así nunca nos engriemos a nosotros mismos.

13. Y quiere que unamos la caridad a la humildad, pues exige que nos alegremos del bien de nuestros hermanos, como del propio nuestro. Esto es practicar el verdadero amor como lo enseña el Santo Evangelio. Pero el Santo aun no se contenta con esto.

Quiere que lleguemos hasta desear que nuestros hermanos sean *antepuestos a nosotros en todo*. Y esto en verdad ya es mucho. Amar a todos, no desear mal a ninguno y querer que gocen todos de lo que nosotros gozamos, es muy noble, y nos parece natural, y hasta relativamente fácil. Aun nos conformamos con que nos prefieran a algunos y en determinadas condiciones y circunstancias. Pero el Santo quiere que *deseemos* ser *pospuestos a todos y en todas las cosas*, y aun añade: «Y esto procura ejercitarlo más en los que menos te caen en gracia».

Realmente se pide mucho a la frágil naturaleza humana. Pero seguramente tenía y tiene derecho a hablar así quien a religiosos se dirigía. Nos suponía bien informados de lo que es el estado religioso, y de lo que para este estado la humildad significa, pues en sus obras nos explicó ya todo esto. Como San Pablo nos puede decir: «Pues yo hablo a los que saben la ley» (1), la ley del Evangelio y del Instituto religioso que han profesado.

Estas Cautelas son para personas que hemos hecho del culto a Dios y de nuestra propia santificación, nuestra ocupación profesional. Y no podemos ignorar que a Dios hay que adorarle *en espíritu y en verdad* (2). Si esto no fuera, nuestra profesión y nuestra vida serían una farsa indigna. Y no serían aceptables a Dios nuestro espíritu, ni nuestras obras, que del espíritu con que se hacen

(1) Ad Rom. VIII-1

(2) Joann. IV-24.

toman su valor, sino fuéramos ante todo humildes, pues las almas soberbias, a Dios le provocan e indignan y El las rechaza.

14. La humildad, así entendida, es el fundamento necesario de la vida religiosa, y sin este fundamento no hay nada sólido ni verdadero en este género de vida. Por esto la Santa Madre decía también a sus monjas: «Cada una mire en sí, lo que tiene de humildad y verá lo que está aprovechada» (1). Y el Santo, al recomendarnos tan enérgicamente estos ejercicios, necesarios para adquirir esta virtud y destruir el orgullo, nos dice dos veces, al principio y al fin de estas líneas que todo esto «ha de ser de *corazón*, de *verdadero corazón*».

Y con esto quiso hacernos comprender, que no se trata aquí de meros formalismos, de disposiciones disciplinares, con las que se cumple con algunos actos externos, sino que quiere que esto lo hagamos como que ha de ser la expresión completa de nuestra convicción, con claro conocimiento de lo que es la humildad en sí y de lo que en la vida religiosa significa. Todo esto expresó el Santo Padre al decirnos que estos actos de humildad los hagamos «de corazón» y «de verdadero corazón».

En la doctrina de N. S. P. y de la Santa Madre, se ve siempre este hermoso espíritu de sinceridad y de verdad. Mucho nos piden, pero no permiten que hagamos nada por rutina, nada por espíritu de

---

(1) Cam. de Perfec. Cap. XIII.



gazmoñería. Todo con pleno conocimiento de lo que se hace, todo «de verdadero corazón».

El Santo nos dice que practicando fielmente estos consejos venceremos «el mal en el bien». Esto es lo que San Pablo aconseja también a los Romanos (1). No ser nunca vencidos por el mal, sino ahogar en la abundancia del bien al mismo mal, este es el privilegio de las almas humildes. Las altivas rocas oponen tenaz resistencia a las olas del mar; las destrozan, pero las olas vuelven una y otra vez, un siglo tras otro siglo y al fin, las rocas son socavadas y vencidas. Pero las humildes arenas de las playas no oponen más que su mansedumbre al furor de las más agitadas olas; pero en esos lechos de fina y limpia arena, las olas más embravecidas se amansan y deshacen.

Así son también los espíritus humildes. Con la abundancia de su bondad ahogan y destruyen la vehemencia del mal. Cuando un pobre corazón agitado por el orgullo, tropieza con otro que sufre del mismo mal, mutuamente se lastiman, y empeoran su situación. Los dos quedan vencidos, cada uno por el mal o poca virtud del otro. El único que gana es el espíritu maligno, que mucho se complace en los choques entre almas que no están muy adelantadas en humildad y mansedumbre.

15. En cambio, nada confunde tanto al demonio como un acto de sincera humildad, arrancado de un corazón a quien él quiso tentar. Ya nos

(1) Roman, XII-21.

ha dicho el Santo Padre que un acto de verdadera humildad vale más que cualesquiera otras obras que pudiéramos hacer por Dios. Tiene más mérito un sencillo acto de pura humildad, que hacer grandes milagros, porque en el milagro todo es de la omnipotencia de Dios, mientras en la humildad hemos de poner mucho de nuestra parte.

Por cada acto de sincera humildad por Dios acrecentamos grandemente nuestra futura gloria en el cielo, y honramos al Señor con ese sencillo culto del corazón y del espíritu que tanto le agradan. Y como el demonio lo que más aborrece es la gloria de Dios y la felicidad del hombre, deja muy pronto en paz a las almas que, a cada sugestión del maligno espíritu, corresponden con esos actos de humildad con los que tanto se honra a Dios y se aumenta nuestra futura gloria en el cielo. Y también recibimos especiales gracias, pues es seguro que a cada acto de sincera humildad, corresponde el Señor con algún auxilio o gracia especial para futuras victorias.

Por esto dice el Santo que practicando estos consejos de humildad «echarás lejos al demonio, y traerás alegría de corazón». Pues, lejos el demonio, y bendecidos con especiales gracias, no podremos carecer de ciertos goces íntimos del alma. Esto denota para los corazones puros la proximidad a que ya están del Señor.

Y añade el Santo como remate de estas tres famosas Cautelas contra el demonio: «Y sábetes que

si así no lo ejercitas, no llegarás a la verdadera caridad, ni aprovecharás en ella». Esto es consecuencia de todo lo dicho, pues, la humildad no es completa, no es verdadera, sino se acompaña de la caridad, ni ésta puede subsistir, sino tiene por base y sosten a la humildad.



si así no lo ejercitas. No llegas a la verdadera  
caridad, ni aprovecharás en ellas. Esto es cons-  
cuencia de todo lo dicho, pues, la humildad no es  
completa, no es verdadera, sino se acompaña de  
la caridad, ni ésta puede subsistir, sino tiene por  
base y sostén a la humildad.

**CAPITULO XVII****SÉPTIMA CAUTELA: PRIMERA CONTRA LA CARNE****NUESTROS PRÓJIMOS OPERARIOS DE NUESTRA PROPIA  
SANTIFICACIÓN**

1. TEXTO DEL SANTO.—2. LA NATURALEZA OPONE REPUGNANCIAS A LA VIRTUD.—3. DIOS HIZO AL HOMBRE SOCIABLE. EL PRIMER HOMBRE SOLO EN EL PARAÍSO.—4. EL HOMBRE HA HECHO DIFÍCIL LA SOCIEDAD. LA EDUCACIÓN LA FACILITA.—5. LA BUENA EDUCACIÓN COMPAÑERA Y AUXILIAR DE LA VIRTUD. NOTABLE OBSERVACIÓN.—6. LA CARIDAD CRISTIANA Y LA EDUCACIÓN.—7. PUNTO DE VISTA DE SAN JUAN DE LA CRUZ.—8. SE COMPRENDE LA RARA PSICOLOGÍA DE LOS SANTOS.—9. LA DIVINA PROVIDENCIA TODO LO VE Y ORDENA AL BIEN DE SUS ESCOGIDOS.—10. VER LA PROVIDENCIA EN TODO. EJEMPLO DE DAVID. CUÁN COSTOSO ES.—11. ES LA PROVIDENCIA QUIÉN JUNTA A LOS CORAZONES QUE NATURALMENTE NO SE AVIENEN.—12. LOS MEJORES BIENHECHORES.—13. LA VOZ DEL EGOÍSMO.—14. LOS MOMENTOS MÁS OPORTUNOS. CONTEMPLANDO LAS AFECTACIONES DEL PROPIO CORAZÓN.—15. NADIE DEBE ALEGRARSE DEL SUFRIMIENTO AJENO.—16. SIN

VERDUGOS NO HABRÍA MÁRTIRES, VERDUGOS DEL ESPÍRITU Y DEL CORAZÓN. EL OFICIO DE ÁNGEL BUENO.—17. AMOR A LOS QUE NOS MORTIFICAN. TESTIMONIO DE SANTA TERESA. ID. DE SAN JUAN DE LA CRUZ.—18. CÓMO SE ELEVA LO PEQUEÑO Y HERMOSEA LO REPULSIVO.—19. MARTIRIO PROLONGADO, PERO FÁCIL.

1. «De otras tres Cautelas ha de usar el que quiere vencer a sí mismo y a su sensualidad, su tercer enemigo.

»La primera Cautela sea entender que no has venido al convento sino a que todos te labren y ejerciten; y así para librarte de las imperfecciones y turbaciones, que se pueden ofrecer acerca de las condiciones y tratos de los religiosos, y sacar provecho de todo acaecimiento, conviene que pienses que todos son oficiales (como a la verdad lo son), los que están en el convento para ejercitarte: que unos te han de labrar de palabra, otros de obra, otros de pensamiento contra tí; y que en todo esto has de estar sujeto como la imagen lo está al que la labra y al que la pinta, y al que la dora. Y si esto no guardas, no sabes vencer tu sensualidad y sentimiento, ni sabrás haberte bien en el convento con los religiosos, ni alcanzarás la santa paz, ni te librarás de muchos tropiezos y males».

2. El tercer enemigo del hombre es el hombre mismo en cuanto en su misma naturaleza encuentra obstáculos para la virtud. Estos inconvenientes

proceden unas veces de la parte menos noble, a la que comunmente llamamos sensualidad; y otras del corazón y del espíritu, pues todos, el espíritu, el corazón y la carne suelen oponer grandes repugnancias a todos los ejercicios necesarios a nuestra santificación. Nuestro Santo Padre con la palabra *carne*, contra la cual nos dá estas tres Cautelas últimas, expresa nuestra misma naturaleza en cuanto nos opone dificultades en el ejercicio de la virtud.

Sobre las molestias y luchas que el hombre tiene que soportar contra sus pasiones que le dificultan el cumplimiento del deber, ya escribimos muy ampliamente en otra parte (1), y no es preciso repetirlo aquí. Limitándonos ahora al espíritu de estas últimas Cautelas, estudiaremos únicamente el modo de vencer y enderezar estas repugnancias de la naturaleza. Y primera y principalmente en orden a aquellas personas con quienes hemos de vivir.

3. Dios hizo al hombre sociable; la compañía nos es natural a todos. Nos dió inteligencia para que nos entendiésemos, corazón para que nos amásemos, y este admirable don de la palabra, sin la cual las almas vivirían muy solitarias en medio del universo.

El hombre, en los primeros días del mundo, puesto en aquel espléndido paraíso de delicias que Dios había creado sólo para él, no se sentía contento. Nos dice la Santa Escritura, que terminada

---

(1) Desde mi Celda, especialmente las cinco primeras cartas.

la creación de todos los animales de la tierra y de las aves del cielo, el Señor presentó a Adán aquella hermosísima y variadísima fauna, para que la contemplara e impusiera nombre adecuado a todos aquellos seres, recién salidos de la mano del Creador (1).

Era aquello para el primer hombre un acto de espléndida realeza y de magnífico dominio, como después no había de ver otro.

Y no obstante el primer padre del género humano no estaba contento. No le satisfacían ni la bóveda del cielo que era el techo de su casa interina que Dios le otorgaba, ni los astros que le enviaban su clarísima luz, ni las aves de vistosísimo plumaje que le recreaban con sus primeras melodías, ni las bestias que humildes le rendían vasallaje, ni los árboles y plantas del Paraíso que le recreaban el paladar, el olfato y la vista con sus frutos y flores. Y no estaba contento porque estaba solo. Sí; sólo se sentía en medio de criaturas tan bellas con todos los encantos de los primeros días de la creación. Todas le servían como a su rey, pero de ninguna se sentía acompañado, porque entre ellas a ninguna veía semejante a sí. Necesitaba la compañía de alguna otra criatura que le entendiera, y, entendiéndole, le amara, y a quien él a su vez pudiera entender y amar.

Sin compenetración de las almas, los hombres están muy solos, aunque por los cuerpos estén

---

(1) Genesis, II-19 y sigs.



muy juntos. Para el primer hombre no había alma semejante a la suya con quien comunicarse. Por esto se sentía solo entre tantos seres como le acompañaban y servían. Y porque se sentía solo, no estaba satisfecho, ni contento. Porque Dios creó al hombre sociable; y así cada hombre necesita la compañía de sus semejantes.

4. Pero, si Dios creó al hombre sociable, nosotros con nuestros múltiples defectos hicimos muy difícil la sociedad humana.

Más como el trato social es necesario, y los defectos humanos que lo dificultan, son muchos y nada fáciles de extirpar, fué preciso una semejanza de virtud; o mejor, un *modus vivendi*, si es lícito este modismo, para que el trato humano fuera posible, y aun agradable, a pesar de los grandes defectos de los hombres.

A esta fórmula de virtud se la llama *educación social*. La educación, tal como ordinariamente se la entiende en el trato humano, no extirpa radicalmente en el individuo ningún vicio, ni crea ninguna virtud. Pero impone a cada uno *el deber de ocultar sus propios defectos, en cuanto estos pueden ser molestos a los demás; y a todos impone la obligación de disimular en los otros los defectos que estos no consiguen del todo ocultar.*

Por esto se ha dicho que la buena educación es un hermoso manto que suele encubrir grandes debilidades, y aún muy repugnantes miserias. Y así están más necesitadas de ella los que tienen mayores debilidades y más grandes miserias que ocultar.

No quiero decir por esto que en nombre de la virtud se deben desatender las formas y maneras que los hombres inventaron para hacer agradable el trato social. No digo esto, sino que estimo que la virtud puede y debe aprovecharse de esas buenas formas de la buena educación, porque todo es menester para que los hombres nos soportemos y aún consigamos querernos y estimarnos un poco mutuamente.

5. Ciertamente que si todos fuéramos perfectos de corazón y de espíritu, no tendríamos necesidad de ningún formalismo para sernos mutuamente agradables. La más absoluta sinceridad sería la única norma en el trato social. Entonces nuestros corazones serían como las flores, que abriéndose a plena luz, a nadie ofenden, y a todos recrean y atraen con sus matices y perfumes.

Pero desgraciadamente no somos tan perfectos. Y así, por atención a nuestras propias debilidades, y por el respeto que debemos a las flaquezas ajenas, todos necesitamos ayudarnos de las buenas formas sociales, y ellas hacen más agradables a nuestros prójimos nuestros buenos sentimientos.

La buena educación, aun tal como el mundo la entiende, es excelente compañera de la virtud, pues mutuamente se ayudan y realzan. El olvido de este principio muchas veces despoja a la virtud de sus mejores encantos, y la priva de sus mejores fuerzas, y la torna estéril y hace ineficaz su acción en los demás. Mientras que esta misma educación

oculta muchas miserias de las personas viciosas, haciendo no pocas veces más peligroso el mal, por lo mismo que con las buenas formas, mejor disimula sus deformidades. La buena educación está bien en todas partes, y aun es necesaria, así a las personas buenas para dar mejor realce a sus virtudes, como a las que no lo son para disimular de algún modo las repugnancias de sus grandes debilidades.

De labios de un venerable Obispo escuché una vez este juicio, que quiero consignar aquí, pues creo que él solo vale por un libro. Hablando de las personas pertenecientes a cierta clase social, decía: «Ordinariamente son buenas; tienen muchas virtudes y buenas cualidades, y ninguno de los grandes vicios; pero con mucha frecuencia se les nota alguna falta de educación. En cambio las personas de mundo suelen tener muchos de los grandes vicios y ninguna gran virtud; pero, como su educación es casi siempre muy fina, en su trato resultan muy agradables a pesar de sus grandes vicios, mientras las primeras suelen ser intratables, no obstante sus muchas virtudes».

Una gran virtud con una fina educación social formaría de una persona el modelo acabado en el trato humano.

6. La caridad cristiana, en orden a los defectos del prójimo, ya nos exige mucho más que la simple educación social, porque nos pide, no sólo que los *disimulemos* en nuestros semejantes, sino que hasta donde sea posible, los procuremos ignorar. Por esto

nos dice el Apóstol que la caridad nunca piensa mal (1). Pero, cuando le es imposible ignorarlo, tolera con grandeza de ánimo todas las debilidades humanas, pues nos dice el mismo Apóstol que «la caridad es paciente y benigna; que no tiene envidias, ni obra mal; no se ensorberce, ni es ambiciosa; no busca sus cosas, ni se irrita... Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (2).

Ciertamente que una persona con el corazón así henchido de caridad, sería incomparablemente mejor que otra, que sin esta virtud encantadora, poseyera las más delicadas formas sociales. Porque quien de tan hermosos sentimientos estuviera adornado, seguramente haría su trato agradable a toda persona formal.

7. Nuestro Padre San Juan de la Cruz se coloca en un punto de vista más alto todavía, pues quiere que, no sólo soportemos los defectos, o diferencias de carácter del prójimo, sino que las utilicemos para nuestra propia santificación. Y por consiguiente, quiere el Santo que las aceptemos y aun deseemos, como se acepta y desea lo que sabemos que es útil y necesario para conseguir un gran bien. En sus avisos contra la carne o desordenadas inclinaciones de la propia naturaleza, nos dice el Santo Padre que «la primera Cautela sea entender de que no has venido al convento sino a que todos te labren y ejerciten».

(1) I ad Corin. XIII-5.

(2) I ad Corin. XII-1 y sigs.

Así, pues, según la mente del Santo Padre, todas las personas con quienes hemos de tratar no son más que operarios que la Providencia nos envía para que nos desbasten de nuestro orgullo y egoísmo; y así nos habiliten para el cielo. Este punto de vista es incomparablemente más amplio y más hermoso que el de la educación social.

En el segundo de sus *Cuatro avisos a un religioso* el Santo expone con mayor amplitud esta doctrina, diciéndole a su afortunado discípulo: «Le conviene muy de veras poner en su corazón esta verdad y es que no ha venido a otra cosa al convento, sino para que le labren y ejerciten en la virtud, y que es como la piedra que la han de pulir y labrar antes que la asienten en el edificio. Y así ha de entender que todos los que están en el convento no son más que oficiales que Dios tiene allí puestos para que solamente le labren y pulan en mortificación».

«Y que unos le han de labrar con la palabra, diciéndole lo que no quisiera oír; otros con la obra, haciendo contra él lo que no quisiera sufrir; otros con la condición, siéndole molestos y pesados en sí y en su manera de proceder; otros con los pensamientos, sintiendo en ellos, o pensando en ellos, que no le estiman ni aman. Y todas estas mortificaciones y molestias debe sufrir con paciencia interior, callando por amor de Dios, entendiendo que no vino a la religión para otra cosa, sino para que lo labrasen y así fuese digno del cielo».

8. Admirable doctrina ciertamente. Magnífico y altísimo modo de contemplar a los hombres y a sus

pequeñeces. Así, con este elevado criterio, las mil diferencias humanas, especialmente entre las personas buenas, quedan explicadas.

Así se comprende lo que la Providencia pretende con esa multitud de pequeñeces de los que queremos ser los buenos servidores de Dios, y fieles ejecutores de los divinos designios, vinculados a nuestra vocación. Sin este alto y amplísimo criterio, muchísimas pequeñeces de la vida ordinaria no se entienden. Y porque no se entienden molestan y perturban. Pero, miradas así, desde este hermoso punto de vista, todo se comprende, todo se eleva y dignifica. Así se comprende bien como lo que a unos tanto nos repugna e irrita, a otros se les pudo hacer llevadero y hasta deseable.

Desde estas alturas se explica bien la rara psicología de los Santos y sus extrañas aficiones a quienes menos naturalmente les caían en gracia. Si la tosca piedra fuera capaz de entender, acariciaría la mano del artista, que tan sin piedad la desbasta, porque sabría que es para pulirla, y abrillantarla.

Si este modo de ver y de apreciar tuviéramos los hombres *muy puesto en el corazón*, como dice el Santo, secas y cerradas quedarían muy pronto casi todas las fuentes de perturbación y malestar, no sólo en los individuos, sino también en las casas religiosas, en la familia, y, en general, en el trato humano.

9. No podemos decir que esta doctrina sea nueva, ni original del Santo Doctor del Carmelo, pues es una consecuencia de la doctrina del Santo Evan-

gelo y de la enseñanza católica sobre la Divina Providencia.

Sabemos perfectamente que en todo el universo no hay ser alguno, por pequeño que sea, ni *manera de ser* tampoco, que pase inadvertido a la Divina Providencia. Dios ve a todos los seres en conjunto y a cada uno en particular. Y a cada uno de ellos, y a todas las modalidades de cada uno de ellos, les señala Dios su fin especial, su nota armónica en el concierto del universo. Y todos estos fines especiales concurren de mil maneras, y todas admirables, a la consecución de dos fines universales que son la gloria de Dios y la santificación y provecho de sus elegidos.

Y así Nuestro Divino Redentor, llamando la atención de sus discípulos sobre unos pajaritos que valían tan poco, que se vendían por un *as*, o seis céntimos el par, les decía: «¿Por ventura uno solo de ellos caerá en tierra sin consentimiento de vuestro Padre? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues, que más que muchos pájaros valéis vosotros» (1).

Y el Sabio había ya dicho: «A los que se hacen dignos la sabiduría divina los rodea, se les hace amablemente manifiesta, y con toda providencia los atiende» (2). Y por esto San Pablo decía tan lleno de contento: «La voluntad de Dios no es otra que vuestra santificación» (3). Y para este fin «todas las

(1) Matth. X-29 y sgs.

(2) Sap. VI-17.

(3) I ad Thesal. IV-3.

cosas son vuestras» (1), y «sabemos también nosotros que todas las cosas cooperan al bien de los que aman a Dios, de aquellos digo, que él ha llamado según su decreto para que sean Santos» (2).

Y a la santidad, tomada en su amplio sentido, somos llamados todos los cristianos, y especialmente todos los que por la profesión religiosa nos hemos consagrado a Dios de una manera tan especial.

Pero esto lo sabemos bien todos; está en el espíritu y la conciencia de cualquier cristiano medianamente instruido. Ninguna persona consagrada a Dios ignora que cuanto le puede acontecer lo permite la Providencia para que de ello se aproveche para su propia santificación. Como saber esto, lo sabemos bien desde el primer día de nuestra vocación religiosa. Es una verdad habitual en nuestro espíritu, y también muy frecuente a nuestra lengua. Pero es muy diferente en cuanto a *estar bien puesta de veras en el corazón*, como quiere Nuestro Santo Padre, para que regule nuestros sentimientos y conducta en todas las circunstancias de la vida práctica.

10. Ciertamente que esta verdad tenía bien puesta en su corazón el Santo Rey David, cuando, huyendo perseguido a muerte por su propio hijo Absalón, perdonó a Semei que le insultaba atrocemente, llamándole sanguinario y hombre de Belial. Y a tanto llegó el furor de aquel antiguo vasallo, que echaba piedras y tierra contra su abatido rey. Y a los que pidieron permiso a David para acabar con

(1) I ad Corin. III-22.

(2) Rom. VIII-28.



aquel hombre insolente, les contestó el Santo Rey: «Dejadle que me maldiga. El Señor es quien le mandó que maldijera a David, y ¿quién se atreverá a decirle, para qué haces esto?... «Quizá así se apiadará el Señor de mi aflicción, y tal vez me otorgue bien el Señor en vez de esta maldición de hoy» (1).

David, tras aquel hombre, cegado por el odio, supo ver a la Divina Providencia que, sino ordenaba directamente aquellos improperios, los permitía para dar al animoso rey ocasión de practicar actos heroicos de virtudes.

Pero realmente cuesta gran trabajo ver siempre y en todas circunstancias a la Divina Providencia tras las personas que nos rodean y molestan. Y no obstante, aquí está continuamente, previendo y permitiendo todos los movimientos del corazón humano, y ordenando las mil diferencias de carácter entre los hombres. Nada puede estar oculto a Dios. A El están siempre actualmente presentes así las acciones exteriores del hombre, como los movimientos más íntimos del corazón.

Y si el Salvador nos dice que hasta los cabellos de la cabeza de todos los hijos de Adán tiene Dios contados, con mayor razón debemos creer que no pasan desatendidos por la Divina Providencia los diferentes caracteres de sus Hijos. Sólo Dios tiene la medida de cada corazón. Y conoce perfectísimamente los choques o repulsiones que han de sufrir

(1) II Reg. XIII-7 y sigs.

algunas almas al encontrarse; y no obstante, El mismo permite, y aun ordena que estén juntas esas almas que naturalmente se rechazan.

11. Sí; ciertamente; Dios tiene no menor cuidado y providencia de cada alma en particular que del majestuoso movimiento de los cielos. Y aquella misma providencia sapientísima, que con tanta precisión ha señalado a cada astro su ruta en los espacios para que nunca se tropiece con otros, ha juntado esas almas que naturalmente no se avienen, para que, sufriendose y amándose, consiguen extraña hermosura moral. El mismo se complace en ver cómo esas almas mutuamente se santifican, soporándose con amor y paciencia.

Bien sabe el Señor que esa persona con quien tanto debo tratar, no es de mi modo de ser. Conformes en lo principal, porque esa persona y yo queremos servir a Dios, no podemos de manera alguna convenir en lo secundario, ni en los detalles. Su criterio es opuesto al mío: sus modales contrastan con los míos, mis sentimientos chocan con los suyos.

Pero la Divina Providencia conoce perfectísimamente todo esto, y no obstante esto, y quizá por esto mismo, ha permitido, y aun tal vez dispuesto, que esa persona y yo vivamos juntos, para que ella me dé mucho que sufrir y merecer, y yo a mi vez haga con ella otro tanto.

El que estas personas de tan diferente carácter y temperamento hayan de vivir juntas en la misma casa, y aun tal vez hayan de desempeñar el mismo

cargo, no es ciertamente una casualidad ni tampoco una mera disposición humana. Es la Providencia que lo ha permitido, y quizá también ordenado. El caso no existe, especialmente en el orden moral, y mucho menos en los asuntos de las personas religiosas.

12. Yo debo creer sinceramente que esas personas que tanto me molestan, quizá sin darse cuenta, y seguramente sin que tengan intención de ofenderme, son los instrumentos que la Providencia me envía para que me ayuden a santificarme.

Esas maneras que tanto contrastan con las mías y que crispan mis nervios, como si sobre ellos lanzasen una descarga eléctrica, me demuestran cuán lejos estoy de ese perfecto dominio de sí mismo, tan recomendado, y que parece hay derecho exigir a las personas consagradas a Dios.

Esas indiferencias, que se me figuran desdenes, y que tanto me lastiman e irritan, al menos interiormente, me prueban cuán lejos estoy aun de la admirable mansedumbre del Salvador.

Y esas palabras, que en la mente de quienes las dijeron, seguramente no fueron mal intencionadas, a lo sumo no pasarían de ser un poco imprudentes, pero que a mí me parecieron mordaces, y me tocaron al vivo de mi sensibilidad, y me perturbaron y me arrebataron la paz del alma, me demuestran con toda evidencia que, después de muchos años de vida religiosa, aun queda en lo interior de mi espíritu mucho orgullo, y una sensibilidad excesiva. Bastó agitar un poco el corazón para que en

seguida apareciera en la superficie lo que en el fondo todavía hay.

Las palabras, o las maneras de esas personas que conmigo no congenian han tenido la virtud de agitar mi espíritu y mi corazón, y así han puesto ante mi conciencia lo que todavía soy.

Por esto la amable Providencia las puso junto a mí, o delante de mí para que me hicieran el gran bien de enseñarme y demostrarme lo más difícil de aprender que es el conocimiento de mí mismo.

13. En estas cosas el amor propio lastimado, revuelve en mi fantasía la supuesta ofensa recibida, y así la agiganta y disfigura; me calienta la sangre y amarga el corazón y me impulsa a que me venga, tratando a esas personas como me parece que soy tratado por ellas. Me insinúa con diabólica insistencia que la única manera de corresponderle dignamente es *distanciarme*, y mirarlas siempre con *desprecio*.

La prudencia humana un poco más moderada, me aconseja procure apartarme cuanto pueda de esas personas, y que pida a mis superiores me dispensen de la molestia de tener que vivir con quienes no puedo congeniar. Más el Santo Padre en esta Cautela, y en todos sus escritos, y la misma caridad cristiana que conmigo mismo debo ejercitar antes que con otros, me dicen: «Aquí tienes un gran tesoro; no lo pierdas. Esas personas que, tal vez sin saberlo ellas, tanto te mortifican, te proporcionan bienes grandísimos. Agitando así tu corazón y tu espíritu, te ayudan a conocerte, como sin